El Manuscrito Voynich

http://beinecke.library.yale.edu/dl_crosscollex/

y poner Voynich en el buscador de manuscritos

«En este terrible volumen yace
el misterio de los misterios».

Sir Walter Scott

PDF generado por ang9 (2008)

Recopilación de ang9 (2008)

http://www.periodistadigital.com/secciones/ciencia/object.php?o=45069

http://www.elmundo.es/magazine/2005/282/1108743864.html

martes, 22 de febrero 2005

ENIGMA / El “Manuscrito Voynich”
Con este libro estafaron a un rey

Y a un sinnúmero de lingüistas, doctores, matemáticos… desde que fue escrito. Porque el enigmático manuscrito encontrado por el librero británico Voynich en 1912 no tiene significado, ni sus dibujos responden a nada real, ni su lenguaje es conocido. Su historia es fascinante, así como las hipótesis sobre quién lo creó: una dice que fueron dos eruditos granujas para engañar a un emperador; otra, que lo escribió el filósofo Roger Bacon; una tercera, que fue Leonardo da Vinci... El autor de un libro sobre este gran misterio cuenta para Magazine el resultado de sus estudios. ¿Es un pufo o vale la fortuna que pagaron por él los buscadores de joyas literarias?

Por Marcelo Dos Santos
El Mundo
22/02/05, 07.08 horas

En 1912, un librero británico de origen lituano descubrió en un monasterio jesuita de Roma un extraño libro: estaba cubierto de textos escritos en un código incomprensible y contenía cientos de ilustraciones de plantas, mujeres desnudas, diagramas astrológicos y mapas estelares. Entre sus páginas se hallaba una carta fechada en 1666, en latín, por medio de la cual el entonces rector de la Universidad de Praga rogaba a un científico jesuita muy famoso en aquellos tiempos que estudiase el libro e intentara descifrarlo.

La sorpresa de Wilfred Voynich (que así se llamaba el librero) fue mayúscula: de inmediato hizo a los jesuitas una oferta por el libro y se lo llevó a Londres. Tomó multitud de fotografías del manuscrito y se las enseñó a expertos criptógrafos, lingüistas, historiadores y medievalistas. Ninguno fue capaz de identificar los extraños caracteres.

Para mayor perplejidad, analizado el Manuscrito Voynich (así se lo conoce actualmente) por expertos botánicos, quedó claro que, excepto dos o tres, ninguna de las plantas allí retratadas corresponde a especies reales, y algo muy similar ocurre con los diagramas de estrellas y constelaciones: con pocas excepciones, son inexistentes.

El libro misterioso comenzó, entonces, a preocupar a los científicos. Sin título, sin firma, sin indicación de fecha de composición, pronto se convirtió en la obsesión de su propietario.

A la falta de un método para traducir sus textos, se agregaba la circunstancia de que el libro había desaparecido durante 246 años, es decir, entre la fecha de la carta que lo acompañaba y su descubrimiento por Voynich. La única pieza de información histórica con que contaba éste era la propia carta, bautizada por los estudiosos como La carta Marci.

Johannes Marcus Marci de Cronland, autor de la misma, solicita al docto científico alemán Athanasius Kircher, como se ha dicho, que le descifre el manuscrito. Por lo que parece, no obtuvo respuesta y falleció pocos meses después. Lo importante, sin embargo, es que en su carta establece el lugar de origen del manuscrito y arriesga (citando opiniones de terceros) una hipótesis sobre su autor.

Dice Marci que el manuscrito provenía de la biblioteca personal del Sacro Emperador Romano en Praga, Rodolfo II, y que lo había comprado por una fuerte suma (600 ducados, aproximadamente 40.000 euros actuales). Manifiesta también que uno de los expertos de la corte y profesor de los hijos del emperador decía a quien quisiera escucharlo que el manuscrito era obra del inglés Roger Bacon, el celebérrimo teólogo, filósofo, fraile franciscano y científico del siglo XIII.

A la luz de los conocimientos actuales, el extremo no es irracional, ya que Bacon, acorde con los conceptos de su tiempo, aseguraba que los conocimientos no debían ser del “dominio público”, sino que debían estar en poder de una elite ilustrada. Para ello, preconizaba que los científicos y eruditos debían escribir sus libros en código (él mismo lo hizo muchas veces) para que solamente pudiesen leerlos los hombres intelectualmente merecedores de ello.

Sin embargo, los códigos baconianos se conocen perfectamente, y todos ellos fueron fácilmente descifrados en el siglo XIX. Además, quedaba la extraña circunstancia de que Roger Bacon estaba muerto desde 1292, esto es, 374 años antes de la fecha de La carta Marci. ¿Dónde había estado, entonces, el libro durante todos esos siglos? ¿Y cómo había pasado de Londres a Praga y luego a Roma? Varias teorías bastante singulares han cobrado fuerza a raíz de la difusión del origen baconiano del Manuscrito Voynich. En una de las secciones de éste se ven varios dibujos de objetos que parecen células, espermatozoides, etcétera. En la parte que podríamos llamar “astronómica” se encuentran ilustraciones que parecen –con gran similitud– galaxias espirales. Sin embargo, la célula fue descubierta por Robert Hooke en 1663, mientras que los espermatozoides lo fueron por Anton van Leeuwenhoek, en 1683. La estructura espiral de las galaxias como la nuestra fue descubierta a comienzos del siglo XX, con el advenimiento de los grandes telescopios astronómicos (1917). ¿Qué significaba esto, suponiendo que Bacon hubiese sido el autor del manuscrito? Si las ilustraciones son lo que parecen, entonces Bacon inventó el microscopio e hizo el descubrimiento de Hooke 375 años antes que él, descubrió los espermatozoides siglos antes que Leeuwenhoek y las galaxias espirales 700 años antes que Hubble.

Sin embargo, ¿se puede probar que esto haya sido así? Lamentablemente, no hay prueba a favor ni en contra que afirme o descarte tal posibilidad.

La autoría del Manuscrito Voynich, siendo un tópico que aún hoy está en discusión por multitud de científicos, ha sido atribuida también a otros hombres: el más conocido de ellos, sin duda, es Leonardo da Vinci. La investigadora Edith Sherwood destaca la similitud entre la caligrafía del Voynich y documentos del sabio florentino. Abona su hipótesis utilizando como prueba uno de los diagramas astrológicos del manuscrito. En él se ve el símbolo del signo de Aries (el Carnero) rodeado de 15 mujeres desnudas. Bajo el dibujo del animal puede leerse “ob.....l”, lo cual Sherwood mira en un espejo y lee “Lionardo”. Ésta es la grafía que Leonardo utilizaba para su propio nombre. El parecido de esta palabra con la firma de da Vinci en sus demás manuscritos es innegable. La doctora Sherwood afirma que el gráfico de Aries es, en realidad, una carta natal de alguien que nació un 15 de abril (15 ninfas junto a Aries, el mes de abril). Casualmente, Da Vinci nació el 15 de abril de 1452. ¿Y el año? Sobre una de las cisternas del dibujo, en la que se ve a una mujer con un bebé, puede leerse la cifra “1452”, y en otra parte del mismo folio las palabras

italianas “sabatto notto” (tal vez “sábado por la noche”). La estudiosa ha encontrado una nota autógrafa del abuelo de Da Vinci donde el anciano dice: “Nació un nieto mío, hijo de mi hijo Ser Piero. Fue a las tres de la noche del sábado 15 de abril”.

A pesar de todo, la mayor parte de las sospechas acerca de la autoría del manuscrito han recaído sobre John Dee y Edward Kelley, ambos ingleses. John Dee fue consejero de la corte de la reina Isabel de Inglaterra, posiblemente espía suyo, y una verdadera autoridad científica en su tiempo. Dee fue matemático, astrónomo, alquimista, místico y vidente. Kelley dedicó su vida a la alquimia y a la búsqueda de la transmutación de los metales. Suyo es el tratado De Lapide Philosophorum, que trata acerca de la piedra filosofal. Antes de conocer a Dee, había sido notario en Londres y se había enriquecido falsificando en su beneficio escrituras ajenas. Fue capturado, preso y condenado a la amputación de las orejas. Kelley conoció a Dee, y pronto lo empujó a abandonar gran parte de sus estudios y a dedicarse, junto con él, a prácticas “espirituales” como “hablar con los ángeles” a través de una bola de cristal. Cada tanto, viajaban por Europa dando conferencias sobre la transformación del plomo en oro y asuntos similares. Ambos eran plebeyos y muy pobres, y, en la década de 1580, recalaron en la corte de Rodolfo II en Praga, el mismo emperador que se menciona en La carta Marci como propietario del Manuscrito Voynich.

¿Podrían estos dos hombres, uno de ellos dominado por el otro y este otro un falsificador convicto, haber pergeñado un engaño tal, y haber vendido el manuscrito al monarca? La respuesta a esta pregunta es sí. Se sabe que pudieron, y que Rodolfo poseía una biblioteca (la Kunstkammer) llena de volúmenes similares. Tal vez escribieron el libro con apuro (de ahí la poca calidad de las ilustraciones) y obtuvieron 600 ducados. Tuvieron la oportunidad, y lo que se discute hoy en la comunidad científica es si llegaron a tener los medios.

Rodolfo rogó a Kelley que le enseñara el secreto para transmutar el plomo en oro. Éste accedió, y el soberano lo hizo noble como contrapartida. Obviamente, el inglés no pudo ofrecerle la fórmula, por lo que fue encarcelado. Por su parte, Dee volvió a Inglaterra y murió espantosamente pobre, algo bastante inusual en un hombre que pudo haber obtenido 600 ducados por un manuscrito extraño.

Una de las circunstancias más extraordinarias alrededor del Manuscrito Voynich es, como se ha dicho, su desaparición entre 1666 y 1912. ¿Dónde estuvo durante todo ese tiempo? Todos los indicios apuntaban a la Compañía de Jesús. Marci era un conocido filojesuita, y Athanasius Kircher era un jesuita muy conocido. Voynich lo redescubrió en un monasterio jesuita casi dos siglos y medio más tarde. ¿Estuvo el libro en poder de la Compañía de Jesús durante ese periodo? Es muy posible. También es posible que la Compañía lo haya ocultado por temor a que el texto ilegible fuera herético, o para resguardarlo de los embargos y decomisos que la Orden sufrió bajo diversos papados. El periplo del libro en ese lapso puede rastrearse con mayor o menor precisión, pero falta aún mucha investigación para poder establecer su derrotero con certeza meridiana.

¿Y el texto? ¿Se podrá algún día descifrar su contenido? El libro imposible ha mantenido insomnes a los lingüistas desde que hizo su aparición en Praga. Y todos, renacentistas y contemporáneos, están de acuerdo en que sin establecer alguna teoría acerca de la naturaleza del texto en sí será imposible penetrar en sus secretos.

En la actualidad se consideran tres posibles explicaciones acerca del libro: la primera, como se indicó a propósito de Dee y Kelley, que no sea más que una estafa genial pergeñada por los dos truhanes para ganar los 600 ducados indicados en La carta Marci. La segunda hipótesis consiste en que el texto esté escrito en un código desconocido hasta el momento. Y la tercera hipótesis afirma

que se trata, lisa y llanamente, de un texto escrito en una lengua desconocida... ¿Podría tratarse de una teoría válida?

El problema estriba en que los textos del Voynich, aunque incomprensibles, pueden ser estudiados matemáticamente. La frecuencia de aparición de palabras de distinto número de letras, el alto nivel de redundancia o repeticiones, todo en él se comporta de un modo radicalmente diferente a cualquier lengua conocida. Esto hace pensar a los lingüistas que el manuscrito no contiene en verdad ningún mensaje, sino que es sólo una muy bien diseñada jerigonza. Pero también esto hay que probarlo. Científicos británicos están intentando reproducir las características estadísticas del Voynich utilizando la tecnología disponible en el Renacimiento. Ya se han logrado apabullantes avances en este campo, y sólo falta poder recrear las peculiaridades más avanzadas.

Si esto se logra en un futuro próximo, el libro imposible, que resistió durante siglos a los esfuerzos de los expertos y estudiosos, habrá rendido su último secreto, descubriendo ante los hombres su real naturaleza de mentira que consiguió ocultarse durante casi 500 años, aparentando ser un texto relevante. Pero aún en este caso, no se podría probar a ciencia cierta que entre sus 40.000 palabras sin sentido no se oculten algunos renglones plenos de significado. Hay quienes se resisten a creer que una pieza tan bella, que un artefacto tan perfecto del ingenio humano, que un tan delicado juego intelectual, no transmita en verdad ningún mensaje.

El Manuscrito Voynich pasó, tras la muerte de su propietario, a la viuda de éste, que lo guardó durante 30 años hasta su propia muerte, en 1961. Quedó luego en poder de sus albaceas. Wilfred había dejado establecido en su testamento que sólo podía ser vendido si el comprador era aprobado por un comité de cinco personas: entre ellas se contaban su secretaria Anne Nill, uno de los estudiosos que intentó traducirlo y, por supuesto, su esposa Lily Boole, hija del filósofo George Simon Boole. Ella ya estaba muerta, por lo que debieron fallar los cuatro restantes.

El elegido fue el librero y coleccionista Hans P. Kraus. Sumamente ansioso, Kraus lo puso a la venta a su vez por la suma de 120.000 dólares, superior aún a la que se pagaría hoy día por un manuscrito medieval o renacentista de firma conocida. Pero Kraus, cansado y aburrido, donó finalmente en 1969 el manuscrito a la Universidad norteamericana de Yale, donde se encuentra hoy expuesto en su Biblioteca Beinecke de Manuscritos y Libros Raros. Sus páginas han sido digitalizadas y cualquiera puede acceder a copias de alta definición en el sitio web de la biblioteca.

Ahora duerme su sueño sin sueños una de las obras más elaboradas de la inteligencia humana, el manuscrito que lleva ya casi medio milenio conturbando y confundiendo a todos aquellos que lo observan.

¿Podremos descifrarlo alguna vez? Es posible. Guardamos íntimamente esa esperanza, porque, como ha escrito Octavio Paz, quien ha visto una esperanza jamás se olvida de ella.

“El manuscrito Voynich” (Aguilar), de Marcelo Dos Santos, sale a la venta el próximo miércoles.

http://www.radiestesiacongini.com.ar/el%20manuscrito_voynich.htm

El Manuscrito Voynich: Un Manuscrito Indescifrado

Hace siglos que los eruditos tratan de descifrar los secretos de un antiguo libro, conocido como «manuscrito Voynich». Según creyeron algunos de los que lo han estudiado, anticipa muchos de los descubrimientos de la ciencia moderna.

Dos páginas de lo que ha sido descrito como «el manuscrito más misterioso del mundo». Desde 1912, año en que fue adquirido por el especialista en libros antiguos Wilfred M. Voynich , los expertos han utilizado, sin éxito, los métodos de la criptología moderna para tratar de revelar sus secretos.

A finales de 1912 un vendedor de libros antiguos de Nueva York llamado Wilfred M. Voynich volvió a su ciudad natal de una visita a Europa con un pequeño manuscrito, cuidadosamente empaquetado. Tenía gruesas tapas de pergamino, separadas, debido al uso, de las 204 hojas de pergamino delgado de que constaba el manuscrito; Voynich calculaba que, originalmente, tenía 28 páginas más, que se habían perdido. Su formato era de cuarto grande, ya que medía unos 15 por 22 cm y el texto, escrito en caracteres apretados y con tinta negra, iba ilustrado con más de 400 pequeños dibujos en rojo sangre, azul, amarillo, marrón y verde brillante.

Las ilustraciones mostraban curiosos arabescos y tubos que parecían intestinos, figuras femeninas desnudas, estrellas y constelaciones y cientos de plantas de extraño aspecto. El pergamino, la caligrafía y la historia conocida del manuscrito indicaban a Voynich que era de origen medieval, y la abundancia de especímenes vegetales sugería que podía tratarse de un herbario, un libro de texto mitad científico, mitad mágico, que describía las cualidades místicas y médicas de las plantas y su preparación. Pero esto era una simple conjetura, ya que estaba escrito en un lenguaje que Voynich no pudo identificar; aunque el texto podía ser descompuesto en «palabras», cuyas letras eran familiares a medias, no tenían sentido. Voynich sólo pudo suponer que estaban escritas en un idioma poco conocido, en un dialecto o en un código.

¿Magia negra?

Una de las intrincadas y extraordinariamente confusas páginas del manuscrito Voynich. La abundancia de dibujos vegetales sugiere que podría tratarse de un herbario, pero muchos de los especímenes de plantas y arbustos resultaron ser inventados.

Aunque Voynich no era criptólogo, tenía, indirectamente, algunas nociones de simbología. Su suegro había sido el profesor George Boole, el matemático inglés que fue uno de los primeros en usar símbolos matemáticos para expresar procesos lógicos: fue elegido miembro de la Royal Society por sus trabajos sobre la moderna lógica simbólica. Voynich también sabía que existían convincentes pruebas circunstanciales que sugerían que el autor de la extraña obra por él adquirida era Roger Bacon, monje franciscano del siglo XIII que había combinado sus estudios de filosofía, matemáticas y física experimental con la alquimia. Quizá Bacon había logrado inventar, 600 años antes que Boole, un sistema de

lógica simbólica, o quizá simplemente había elaborado un código para camuflar sus investigaciones en torno a la piedra filosofal y el elixir de la vida, eludiendo así la acusación de practicar la magia negra, acusación que en la Edad Media solía tener fatales consecuencias.

Mientras daba vueltas a todas esas posibilidades, Voynich se dirigió al mundo académico buscando una solución; hizo hacer docenas de copias del documento y se las envió a todos los especialistas que pudieran colaborar con él. Con cada copia, envió un resumen de lo que él sabía del manuscrito.

Lo había comprado, pagando una cantidad no revelada, a principios de 1912, tras haberlo hallado en la biblioteca del Colegio Mondragone de los jesuitas, en Frascati (Italia). Antes de llegar allí, el manuscrito había permanecido custodiado durante 250 años en el Collegium Romanum de los jesuitas; había sido depositado allí por un célebre erudito y criptólogo jesuita del siglo XVII, llamado Athanasius Kircher, quien había intentado, sin éxito, descifrarlo.

Según una carta fechada el 19 de agosto de 1666, Kircher había recibido el libro de manos de su antiguo alumno Joannes Marcus Marci, rector de la Universidad de Praga; el libro había formado parte de la biblioteca del Sacro Emperador Romano Rodolfo II, hasta su muerte en 1612. A todos los efectos, Rodolfo había cedido el gobierno de sus reinos de Hungría, Austria, Bohemia y Moravia a los jesuitas, prefiriendo dedicar su tiempo a patrocinar las ciencias y pseudociencias. Las que más le interesaban eran la botánica y la astronomía; creó un complejo jardín botánico y construyó un observatorio en Benatky, cerca de Praga, para el astrónomo danés exiliado Tycho Brahe. (El que era por entonces su ayudante, Johannes Kepler, bautizaría después sus Tablas rudolfinas en honor a su antiguo protector.)

Esta ilustración, que parece representar a un grupo de mujeres bañándose en tinta verde, es típica de los misteriosos dibujos del manuscrito. También podemos observar un ejemplo de la caligrafía del manuscrito.

Pero los intereses más personales de Rodolfo se orientaban hacia la alquimia, y empleó mucho tiempo y mucho dinero en la instalación de un laboratorio alquímico al que invitó a alquimistas de toda Europa. Uno de ellos, Johannes de Tepenecz, firmó su nombre en un margen del manuscrito Voynich, según se descubrió posteriormente. Otro alquimista más famoso era el inglés John Dee, quien entre 1584 y 1588 vivió en la corte de Rodolfo como agente secreto de la reina Isabel I. Es posible que fuera Dee quien trasladara el manuscrito a Praga.

Dee, que había sobrevivido al encarcelamiento en tiempos de la reina María Tudor, en 1555, acusado de brujería, se transformó en favorito de su media hermana Isabel. Los experimentos necrománticos que realizó con su ayudante Edward Kelley suenan a superchería, pero poseía un profundo conocimiento de la teoría y de la práctica alquímicas, así como de astrología, astronomía, matemáticas, geografía y navegación celeste (una de sus obsesiones era hallar el pasaje noroeste hacia la India); pero sobre todo era un espía de capa y espada. Intentó la creación de claves secretas y estudió las que ya existían, en beneficio de su jefe, lord Burghley.

Dee también admiraba mucho los trabajos de Roger Bacon, y coleccionó muchos de sus manuscritos. Tenía numerosos puntos en común con el monje franciscano; ambos se interesaban, por ejemplo, por las escrituras secretas. En cualquier caso, parece que fue el doctor Dee quien regaló a Rodolfo II el manuscrito de Voynich, diciéndole que era obra de Bacon. Sir Thomas Browne afirmaba que Arthur Dee, hijo del doctor Dee, le había hablado de un «libro que sólo contenía jeroglíficos, en cuyo libro su padre había ocupado mucho tiempo, pero no me dijo que lo hubiera descifrado».

Éstos son, entonces, los antecedentes del problema que Voynich planteó al mundo académico en 1912, problema que provocaría angustia en muchos círculos intelectuales de Europa y América, ya que, aunque los grupos de letras y «palabras» que allí aparecían daban la impresión de ser tan sencillos «como el nombre de un viejo amigo cuando lo tienes en la punta de la lengua» –como dijo un escritor– en realidad no lo eran.

PERSONAJES RELACIONADOS CON EL MANUSCRITO VOYNICH

Wilfred M. Voynich especialista en libros antiguos, adquirió en 1912 este manuscrito, donde los expertos han utilizado, sin éxito, los métodos de la criptología moderna para tratar de revelar sus secretos.

Roger Bacon (1214-1294), monje franciscano y alquimista, de quien se ha dicho que es el autor del manuscrito Voynich. Quizás había logrado inventar, un código para camuflar sus investigaciones en torno a la piedra filosofal y el elixir de la vida.

George Boole, matemático del siglo XIX , inventó un sistema de lógica simbólica que, según algunos expertos, podría ser similar al empleado en el manuscrito Voynich

Rodolfo II de Habsburgo fue el propietario del manuscrito hasta que murió en 1612. Posteriormente pasaría a manos de un ex rector de la Universidad de Praga, y este a su vez se lo entregaría a Athanasius Kircher.

Athanasius Kircher, un conocido estudioso jesuita, había intentado sin éxito descifrar los secretos del misterioso manuscrito Voynich durante el siglo XVII.

Edward Kelley, ocultista y alquimista fue el ayudante que realizó experiencias necrománticas junto con John Dee, quien tiempo más tarde se haría con la posesión del famoso manuscrito.

John Dee (1527-1608), matemático y astrólogo pasó cuatro años en la corte de Rodolfo II como agente secreto de Isabel I de Inglaterra. Dado su interés por lo oculto y lo misterioso, parece posible que fuera Dee quien llevara el manuscrito a la corte de Rodolfo.

El profesor William Romaine Newbold, especialista en filosofía e historia medieval, que en 1921 anunció que había logrado descifrar el código del manuscrito Voynich tras largos años de investigaciones

Los filólogos buscaron en vano trazas de un lenguaje conocido y después utilizaron todos los métodos que suelen emplearse para leer idiomas perdidos; en vano. Varios criptoanalistas –incluido un especialista de la Biblioteca Nacional de París que había trabajado con códigos alquímicos del siglo XV– lucharon y se rindieron. En 1917, el manuscrito llegó a atraer la atención de la sección de criptología de la División de Inteligencia Militar de los Estados Unidos, el MI-8.

El MI-8 estaba encabezado por un joven y brillante director, Herbert Osborne Yardley –quien se transformaría después en una leyenda en el mundo de los descifradores de códigos–, y por su brazo derecho, igualmente brillante, el capitán John M. Manly, doctor en filosofía, que antes de la guerra había sido director del departamento de Inglés en la Universidad de Chicago. En 1917 Manly trabajaba en el llamado criptograma Witzke, un código de 424 letras que descifró en tres días, revelando la identidad de Lothar Witzke, agente secreto alemán que operaba desde México. Pero después de trabajar mucho con el manuscrito de Voynich él también se dio por vencido –al igual que su jefe, Yardley–, y dijo que el texto era «el manuscrito más misterioso del mundo».

Aquí podemos apreciar otra página del manuscrito, representando lo que parecen ser dos mapas estelares.

Las ilustraciones del texto eran igualmente desconcertantes. Nada parecía tan sencillo como identificar las plantas desde el punto de vista botánico, y servirse luego de sus nombres para descifrar las leyendas; pero el problema era que la mayor parte de plantas y arbustos eran inventados, y los nombres de los que existían carecían de sentido desde el punto de vista criptográfico. Los astrónomos creyeron reconocer cuerpos celestes, como la estrella Aldebarán, la nebulosa de Andrómeda y el cúmulo estelar de las Híades, pero después volvieron a perderse en un torbellino de galaxias imaginarias. Especialistas en Bacon estudiaron el manuscrito, buscando coincidencias, mientras un profesor de anatomía de Harvard trataba de descifrar lo que le parecían diagramas fisiológicos; todo fue inútil.

Pero hubo un hombre para quien el manuscrito de Voynich se transformó en obsesión. El profesor William Romaine Newbold, especialista en filosofía e historia medieval de la Universidad de Pennsylvania. Lingüista y criptógrafo –como Manly–, comenzó a trabajar en el texto en 1919. Su sistema era muy complejo: comenzó por examinar el manuscrito con una lupa y descubrió que existía un texto secundario microscópico dentro de las letras; creyó que se trataba de una especie de taquigrafía. Utilizando técnicas de desciframiento logró reducir esto a una clave de 17 letras romanas y con esto realizó seis «traducciones» diferentes, cada una de las cuales conducía a la siguiente. Después hizo un «anagrama» del sexto texto, con el que llegó al «texto» final –la solución– en latín.

En abril de 1921 convocó una reunión de la Sociedad Filosófica Americana en Filadelfia y anunció sus conclusiones provisionales ante un público asombrado, al que finalmente logró convencer. En su opinión, la obra era de Roger Bacon, que la había puesto en clave para evitar que sus ideas se calificaran de «novedosas». Se sabía que Bacon había sido el inventor de la lupa y que había especulado con la posibilidad de construir telescopios y microscopios mucho antes de su invención. Según el profesor Newbold, el manuscrito Voynich demostraba que Bacon había construido un microscopio y lo había usado para estudiar y describir gametos, óvulos, espermatozoides y la vida orgánica en general. No sólo eso, sino que había construido un poderoso telescopio reflectante, con el que había estudiado sistemas estelares desconocidos en su tiempo.

El profesor Newbold era hombre de sólida reputación, y sus descubrimientos –aunque sensacionales– parecían posibles. Muy pocos de los académicos que se reunieron para escucharle sabían algo de criptología, pero sus «descubrimientos» parecían razonables. Un importante fisiólogo, por ejemplo, consideraba que un dibujo y su leyenda describían las células epiteliales y sus cilios (se trata de las células que recubren las trompas de Falopio y los bronquios y que favorecen el paso de las mucosidades y de los óvulos) ampliadas a 75 veces su tamaño. John Manly, que ya había colgado su uniforme de mayor y había vuelto a su cátedra de la Universidad de Chicago, prefirió no tomar partido, pero escribió en la revista Harper's una reseña bastante favorable a Newbold.

Durante cinco años, hasta su muerte en 1926, Newbold prosiguió su criptoanálisis del manuscrito, en colaboración con su amigo y colega Roland Grubb Kent; fue éste quien publicó los descubrimientos de Newbold en 1928, con el título de The cipher of Roger Bacon (La clave de Roger Bacon). Las reacciones de especialistas y curiosos no se hicieron esperar.

Por supuesto, John Manly seguía interesado por el asunto, y en cuanto se publicó el libro quiso conocer el método de trabajo de Newbold y comprobar sus resultados. Aunque admiraba a Newbold –a quien consideraba una autoridad– lo que halló no le gustó nada, y después de discutir su punto de vista con, entre otros, antiguos colegas del MI-8, publicó en 1931 un artículo en la revista Speculum: en él, mediante un análisis cuidadosamente razonado, despojaba de todo valor los trabajos del difunto profesor Newbold.

http://www.library.yale.edu/beinecke/

http://www.manuscritovoynich.blogspot.com/

http://www.voynich.com.ar/voynich.html

¿Qué significa en realidad el Manuscrito Voynich?

El Manuscrito Voynich es el libro más misterioso de la historia de la Humanidad. Escrito entre los siglos XV y XVI, se lo vio por última vez en 1666. Luego desapareció, para ser redescubierto recién en el siglo XX.

El libro está escrito en un código incomprensible que nunca ha podido ser descifrado. Sus folios de pergamino están cubiertos de cientos y cientos de ilustraciones de mujeres desnudas, plantas y constelaciones. Los vegetales que muestran no existen en la naturaleza, y la mayoría de los diagramas astronómicos son también desconocidos.

¿Qué significa en realidad el Manuscrito Voynich?
¿Por qué han fracasado los científicos, lingüistas y criptógrafos en penetrar su contenido?
Editorial Aguilar publicará el 23 de febrero de 2005, en España, el nuevo libro de Marcelo Dos Santos "El Manuscrito Voynich", donde el autor traza una historia completa del extraordinario volumen, de los increíbles avatares en que se vio envuelto y de los extraños personajes históricos -muchos de ellos célebres- que se involucraron con él. Muchos de los interrogantes acerca del manuscrito se explicarán allí, y muchos otros recibirán teorías que, si bien no explican todos los hechos, al menos representan los inicios de investigaciones que podrán llevar a buen término las preguntas hasta ahora sin respuesta.

El Manuscrito Voynich, el quebradero literario de cabeza más resistente de todos los tiempos, recibe en este libro un tratamiento serio, conciso, interesante y apto para todos los lectores curiosos e inteligentes.
Una historia que atrapará y deleitará incluso a los más exigentes.

Para conocer más sobre el Manuscrito Voynich, visite los enlaces de abajo para leer acerca del mismo, o reserve ya su ejemplar.

http://www.axxon.com.ar/not/146/c-1460067.htm

14/Ene/05

Voynich revisitado (o la feliz historia del nuevo libro de Marcelo Dos Santos)

Reseñar los logros de un colaborador de Axxón, siempre nos llena de orgullo. Pero la historia de El Manuscrito Voynich, de Marcelo Dos Santos, que saldrá publicado en España el 23 de febrero (editorial Aguilar), habla tanto de las notorias virtudes del autor como de la búsqueda de excelencia de Axxón. En este reportaje, Dos Santos —que colabora tanto de la página Web como de la revista— nos cuenta esa feliz historia.

(Axxón) En los próximos meses El Manuscrito Voynich, de Marcelo Dos Santos verá la luz en las librerías españolas. Se trata de un libro de divulgación sobre un tema que resulta a la vez apasionante y misterioso, habida cuenta de que, como explica el autor, "el Manuscrito Voynich es el último manuscrito medieval no descifrado que le queda a la Humanidad, y durante más de 500 años nadie ha sido capaz de extraerle sus secretos".

Marcelo Dos Santos nació en 1961, en Buenos Aires, hijo del poeta y folklorista Coco Dos Santos. Estudió Realización Cinematográfica en el Instituto Nacional de Cinematografía y fue guionista y diseñador de producción tanto en cine como en TV. Se desempeñó como crítico, conductor radial y periodista gráfico. Es también un profuso escritor con varios libros publicados y algunas novelas en el cajón, esperando la redención de algún editor. Pero lo que nos ocupa en este momento es su faz de divulgador científico, sólidamente construida sobre una curiosidad (y rigor) a toda prueba. De hecho, estudió Medicina e Informática, y para vivir se desempeña en este último campo, como atestigua la foto que acompaña esta nota.

"La idea del artículo sobre el Manuscrito Voynich surgió de un correo enviado a una lista por mi amiga Olga Appiani de Linares —recuerda Dos Santos—. Se trata de una excelente escritora argentina, a quien tuve el placer de publicar varios relatos en mi extinta revista literaria La Nueva Literatura Argentina (1). Olga mencionaba ciertos nuevos descubrimientos sobre el Manuscrito Voynich, y se extrañaba de no haber escuchado jamás nada de él. Yo sí había escuchado, porque cuando niño me agradaban los libros pseudocientíficos estilo von Däniken y similares, y esos autores solían especular con el origen extraterrestre del manuscrito. La noticia a que se refería Olga daba cuenta de los estudios y teorías (actuales) de un psicólogo inglés llamado Gordon Rugg. De inmediato me sentí atraído por el tema. Yo sabía que todos los intentos anteriores, desde 1666 hasta hoy, habían sido efectuados por lingüistas, medievalistas, filólogos y criptógrafos. ¿Qué hacía ahora un psicólogo metido en este asunto?"

Para Dos Santos, sentir curiosidad, ponerse a investigar y escribir el artículo fue un solo acto. "Y sí, descubrí que lo que hacía falta en esta investigación era precisamente un psicólogo, y de ser posible uno genial como el doctor Rugg", admite el autor. El artículo apareció en la sección Divulgación de Axxón 140, en julio de 2004 (<http://axxon.com.ar/rev/140/c-140Divulgacion.htm>) y tuvo un apreciable éxito entre los lectores, sobre todo en la lista de correos de la revista (2).

Para escribir el artículo, Dos Santos hizo un profundo trabajo de documentación. Esa rigurosidad.se vio reflejada en el artículo, y atrajo la atención de los editores. "La editorial Aguilar estaba buscando, justamente, un trabajo que enfocara los aspectos históricos tanto de la realidad como de los hipotéticos autores. En realidad, de los trabajos técnicos acerca del manuscrito sólo he profundizado en los de Rugg que es quien, en mi opinión, mejor explica cómo fue confeccionado el Voynich y por qué motivos. Así y todo, parte del misterio persiste".

Dos Santos asegura que "el libro es esencialmente histórico: no tenía demasiado sentido sobrecargarlo de cuestiones técnicas que, hasta el día de hoy, no han mostrado llevar a ninguna parte. Es mucho más interesante —de hecho, rayana en lo increíble— la historia del manuscrito en sí y de las personas extraordinarias que tuvieron que ver con él. Impresiona verdaderamente la tortuosa trayectoria que el libro siguió a través de los siglos, desde su primera aparición registrada en la biblioteca de un rey pasando por su desaparición y redescubrimiento en el siglo XX. He tratado de contarlo todo ordenadamente, hasta donde se sabe, porque toda la historia del manuscrito está teñida de un aura de misterio e imprecisión que parece hecha ex profeso para asimilarse con el misterio de su contenido".

Curiosamente, acota Dos Santos, muchas de las fuentes en que se basó para escribir el libro no se refieren al Manuscrito ni a Voynich —su redescubridor—, "sino a temas tan diversos como tecnología digital o biografías de espías anticomunistas. Todo está muy relacionado aunque no lo parezca".

El libro tendrá aproximadamente 225 páginas con profusas ilustraciones. De hecho, la editorial obtuvo una importante cantidad de escaneos del manuscrito en alta definición, que Dos Santos seleccionó para ilustrar el volumen. "Contiene una introducción, once capítulos, una conclusión, un apéndice y una bibliografía. Los primeros capítulos describen la figura de Voynich, redescubridor moderno del manuscrito, su historia, su lucha y su familia. Pasamos luego al hecho en sí: el hallazgo del manuscrito. La descripción de las increíbles características del documento en sí, sus ilustraciones, su escritura incomprensible, el período histórico en que se supone fue creado, todo se describe en un lenguaje simple y conciso. Después se analizan los estudios que se efectuaron sobre él, las teorías serias o alocadas que los investigadores elucubraron, hasta llegar al trabajo del doctor Rugg y sus colaboradores".

El autor asegura que el libro permitirá al lector sacar sus propias conclusiones —no necesariamente las mismas que las de Dos Santos—, "porque al leer el libro se encontrarán, por primera vez, en posesión de todos los elementos de juicio para hacerlo. Además, disfrutarán de una historia increíble, de un misterio fascinante y de interesantes momentos de imaginación. No olvidemos que incluso los criptógrafos del ejército norteamericano fracasaron en descifrar el Voynich".

Alejandro Alonso, para Axxón y Garrafex News

.

DIVULGACIÓN: 500 años después, su misterio persiste...

El Manuscrito Voynich

por Marcelo Dos Santos (especial para Axxón)
www.mcds.com.ar

"En ese temible volumen yace el misterio de los misterios".
Sir Walter Scott

Días pasados, en una lista de correos, mi querida amiga y autora de sabrosos relatos de ciencia ficción, fantasía y horror Olga Appiani de Linares comentó una noticia acerca del Manuscrito Voynich, un antiguo conocido de los ocultistas, nigromantes y creyentes en seudociencias. Le agradecí el comentario, expresándole que hacía muchos años que no escuchaba nuevas sobre el tal manuscrito, que jamás ha podido ser descifrado. Ella, a su vez, se sorprendió de que yo lo conociera.

Pocos días más tarde, una noticia en **Scientific American** llamó mi atención: un psicólogo norteamericano —que no un lingüista, y esto es lo que más me asombró— había estado trabajando sobre el libro, hallando interesantes descubrimientos sobre él que muy bien podrían aplicarse en otros campos.

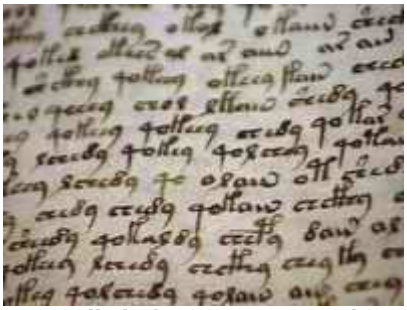

El Manuscrito Voynich

Pero comencemos por el principio.

El emperador estaba contento: su hijo había nacido. Maximiliano II y su esposa María, hija a su vez del emperador Carlos V, habían concebido y dado a luz a un pequeño que, andando el tiempo, estaba destinado a su vez a ocupar el serenísimo trono del Sacro Imperio Romano. Corría el mes de julio de 1552 en Viena.

De carácter cultivado y curioso, el niño evidenció desde siempre una personalidad similar a la de su tío, Felipe II de España. En aquel país peninsular el pequeño Rodolfo recibió una educación completa y de gran profundidad.

En 1572 Rodolfo fue coronado rey de Hungría, más tarde subió al trono de Bohemia, y en 1575 fue nombrado rey de Alemania. Por último, en 1576, a la muerte de su padre, fue coronado Emperador romano con el nombre de Rodolfo II.


Detallada foto que muestra la caligrafía del libro

El reinado de Rodolfo II es importante en la historia y en la ciencia por varios motivos, tanto encomiosos como negativos. Se lo recuerda, por ejemplo, como el soberano que no supo impedir las guerras religiosas y a quien se le fue de las manos el conflicto que culminaría conociéndose como Guerra de los Treinta Años.

Inversamente, la ciencia lo recuerda con respeto y agradecimiento, ya que fue este soberano quien ejerció el mecenazgo sobre Tycho Brahe y Johannes Kepler, y todos los historiadores de la ciencia están de acuerdo en que ninguno de ellos hubiese logrado lo que logró sin el apoyo político y económico de Rodolfo II.

Con una larga historia hereditaria de demencia y antecedentes de depresión y tendencia a la excentricidad, la salud del monarca fue decayendo sensiblemente hasta morir, casi loco y totalmente recluido en su palacio de Praga, en enero de

1612.

Durante toda su vida, Rodolfo II se interesó por la magia, la alquimia, la brujería y los objetos y libros extraños. Su mansión de Praga se convirtió en el centro de reunión no sólo de astrónomos y científicos serios como Tycho y Kepler, sino también de religiosos como Giordano Bruno (luego quemado por hereje), magos negros como John Dee y mistificadores, aventureros y falsarios como Edward Kelley.


El mago y ocultista John Dee

Rodolfo tenía una enorme habitación, la *Kunstkammer*, llena de libros y manuscritos de magia y alquimia, y abrazó la astrología como pasión y pasatiempo.

Se dice que la colección de textos que reunió sobre esos temas era soberbia, y aquí entra el Sacro Emperador en nuestra historia del Manuscrito Voynich.

El hombre por cuyo apellido iba a conocerse todo este asunto para la posteridad nació mucho después, el 31 de octubre de 1865 (algunos biógrafos dicen 1863) en Kaunas, Lituania, bajo el complicado nombre de Wilfryd Michal Habdank-Wojnicz. "Habdank" es el nombre de un clan heráldico polaco, ascendencia que nuestro héroe compartía, pero, dada la dificultad de la gente para pronunciarlo, pronto lo abandonó.


Wylfrid Voynich

Químico y farmacéutico, estudió en las Universidades de Varsovia y San Petersburgo, doctorándose en su especialidad por la Universidad de Moscú. Acosado por problemas políticos fue encarcelado, y en 1885 fue deportado a Siberia. Wilfryd soportó este suplicio durante cinco años, hasta fugar de su presidio en 1890. Wojnicz huyó a Alemania y se escondió en Hamburgo porque sabía que el largo brazo de la policía política del Zar era muy capaz de alcanzarlo también allí. "Sucio, hambriento y miserable", según sus propias palabras, el científico comprendió que si se quedaba en Hamburgo sería capturado nuevamente... o algo peor. De manera que vendió su abrigo y sus anteojos para, con la mísera suma que le dieron por ellos, comprar un pasaje de tercera clase en un barco de carga que transportaba fruta a Londres, un arenque ahumado y un pedazo de pan para acallar su hambre.

En Londres, Wojnicz se casó con una correligionaria irlandesa, que era nada menos que la quinta hija del matemático y filósofo George Boole (todos los que trabajamos en informática conocemos y hemos estudiado el Álgebra Booleana), Ethel, y ambos pasaron su tiempo escribiendo y enviando a Rusia literatura revolucionaria y traduciendo al inglés las obras de Marx y Engels.


Una página de gran belleza

Wojnicz (que a esta alturas había anglicanizado su nombre y ya firmaba "Voynich"), comenzó a interesarse por los libros, manuscritos y catálogos antiguos. En esta tarea prosperó, y pronto estableció un importante comercio de libros raros en Soho Square N° 1, Londres, a donde acudían todos los coleccionistas deseosos de adquirir un ejemplar largamente soñado.

En 1914, Voynich se mudó a Nueva York, donde continuó con su oficio de librero especializado en textos raros, y allí se quedó hasta su muerte, ocurrida en 1930 (o en 1931, según algunos biógrafos).

Una página del manuscrito

En 1912, Voynich viajó a Italia por segunda vez: ya había estado en ese país en 1898. En ese segundo viaje, totalmente dedicado a la adquisición de volúmenes antiguos para su negocio, recaló en la biblioteca del Colegio Jesuita de Villa Mondragone en Frascati, una población cercana a Roma.

Revisando un arcón que contenía los libros que los curas deseaban vender, le llamó la atención un volumen en cuarto escrito en unos extraños caracteres que Voynich no pudo identificar.

Pasando las hojas del manuscrito, observó que la mayoría de ellas estaban ilustradas con dibujos de diversas plantas, estrellas y figuras humanas, ninfas o mujeres desnudas.

Para colmo de las sorpresas, entre las páginas del libro Voynich halló una antigua carta en latín, fechada en 1666.

Los sacerdotes se mostraron de acuerdo en vender a Voynich el manuscrito y su carta, y éste los llevó a su negocio londinense. Confundido por los extraños símbolos que cubrían las páginas, Voynich fotografió cada una de ellas por el anverso y el reverso (son en total 246), y envió las copias a los más reputados lingüistas de su tiempo: ninguno de ellos fue capaz de identificar la lengua, como tampoco el juego de caracteres con el que el libro está escrito. Era sólo el comienzo de una de las historias más increíbles y uno de los enigmas más sorprendentes de la historia de la ciencia humana.

Página 43

El Manuscrito Voynich es bastante pequeño: sus páginas miden apenas 15 por 22 cm. Sus páginas son de vitela, una especie de pergamino hecho de cuero de cordero muy trabajado y fino, y todo el libro ha sido escrito por la misma mano. Contiene más de 40.000 palabras y la mayoría de las páginas incluye ilustraciones. Solamente 33 de sus páginas son sólo texto.

No tiene título, fecha ni indicación del autor. No está tampoco dividido en secciones ni capítulos pero, en base a la naturaleza de las ilustraciones, los expertos lo han dividido tentativamente en cinco partes, denominadas Herborística, Astronómica, Biológica, Farmacéutica y Recetario. Insistimos en que esta división puede ser totalmente errónea, por el hecho de que, desde el momento en que no se comprenden los textos, está basada exclusivamente en las ilustraciones. Muy bien la sección de astronomía pudiera tratar sobre historia de la hidráulica y la de herboristería contar una novela burlesca.

La sección herborística ocupa más o menos la mitad del manuscrito (unas 130 páginas). En cada página hay normalmente el dibujo de una planta, acompañada de una breve ¿descripción? de la misma. En algunos pocos casos se describen dos ejemplares en una misma página. Las ilustraciones, por supuesto, llevan casi un siglo sometidas al análisis de los botánicos y biólogos. La previsible pero no menos sorprendente conclusión es que la inmensa mayoría de ellas corresponde a plantas que no

La página 86 no contiene ilustraciones

existen ni han existido nunca, o, dicho en otras palabras, a especies que no pueden ser identificadas por ningún botánico del mundo.

Esta norma, por cierto, tiene unas pocas excepciones: por ejemplo, la hoja dibujada en la página 42 vuelta pertenece a *Rumex acetosa*, una hortaliza que se come como hoja verde en ensalada. Se trata de la conocida "acedera", de sabor ligeramente amargo (de allí su nombre latino). Junto al dibujo de la acedera puede verse, en la misma página, una imagen más pequeña de una hoja perteneciente a una especie del género *Oxalis* Linneo. Lo único que ambas plantas tienen en común es el gusto amargo debido a que ambas contienen ácido oxálico, que en grandes dosis es sumamente tóxico. ¿Por qué figuran en el libro? Misterio.

En la página 100 hay un dibujo de una planta que, dado el parecido, ha sido identificada por el botánico O´Neill como *Botrychium lunaria* Swartz. Su nombre común es "lunaria menor", y desde antiguo se la conoce como astringente y antidiarreica. También se la menciona en el **Dioscórides**, un célebre tratado de herboristería, como buena para la fertilidad de las vacas: "Así la pacen, se van derecho al toro".

En la sección "astronómica" encontramos dibujos de soles, de lunas y de estrellas, y algunas páginas muestran también símbolos astrológicos.

La sección biológica muestra enormes cantidades de dibujos de mujeres desnudas, casi todas bañándose en cisternas o piletas interconectadas por lo que parecen ser complejas instalaciones de plomería, con caños, sifones, derivaciones, etc. Una interpretación bastante lógica estima que estas conducciones de agua representan, en sentido figurado, a los vasos sanguíneos, el sistema cardiocirculatorio, el aparato digestivo y los órganos reproductivos.

La parte "farmacéutica" continúa con los dibujos de plantas y se ven numerosos frascos con etiquetas. Por último, la sección llamada Recetario consiste en breves párrafos, cada uno indicado con una estrella en el margen izquierdo, tal como nosotros destacamos párrafos con asteriscos (*) o viñetas (◆ ,● ,✦ , etc.).

Una página del "recetario" del manuscrito

Muy clara es la semejanza del Manuscrito Voynich con un manual medieval de alquimia o magia: a pesar de que el idioma y los caracteres son desconocidos, muchas de las ilustraciones están relacionadas con símbolos y encantamientos utilizados en textos alquímicos perfectamente estudiados. Un manuscrito bizantino del siglo IX contiene un dibujo de una ninfa en el interior de un círculo con signos del zodíaco que es prácticamente idéntico a una imagen del Voynich, incluyendo la postura de la figura femenina (a pesar de que el otro texto ha sido realizado con una técnica, unas herramientas y materiales completamente diferentes del Voynich).

La fecha de composición del manuscrito es también bastante fácil de

Extraordinario círculo astrológico. El animal del centro parece un *Smilodon*, el famoso Tigre Dientes de Sable, desconocido en tiempos del manuscrito

establecer. Ciertos aspectos de los caracteres definen a la caligrafía utilizada como "cursiva humanista", un estilo de escritura que estuvo en boga en Europa durante un par de décadas del siglo XV. Por añadidura, el estilo de los peinados que llevan las figuras femeninas es exactamente el de los que se utilizaron entre 1480 y 1520. No hay duda al respecto.

Pero aún no hemos hablado del significado de los textos, es decir, sabiendo bastante acerca del manuscrito, no hemos entrado aún en el campo más trascendente de su estudio: ¿qué significa?

Como hemos apuntado, al momento de ser redescubierto por Voynich en 1912, el extraño libro guardaba entre sus páginas una carta. Sin embargo, no es la primera que se escribió sobre el Manuscrito. Hubo otras tres, y, curiosamente, las cuatro estaban dirigidas al mismo hombre: Athanasius Kircher. Conservamos tres de ellas.

El destinatario de tanta preocupación nació en Ulster, Alemania, el 2 de mayo de 1601 (ó 1602), y toda la bibliografía referida a él lo reputa como el hombre más ilustrado de su tiempo.

Una esfera celeste con un sol y constelaciones desconocidas

Era hijo del filósofo Johannes Kircher, que además recibió un doctorado en teología por la Universidad de Mainz. Johannes hizo que sus seis hijos (tres varones y tres mujeres) ingresaran todos en diversas órdenes religiosas, porque la familia era demasiado pobre como para costearles los estudios.

Científico, matemático e inventor, Kircher desarrolló un **instrumento para medir el campo magnético terrestre** (considérese la época de la que hablamos), un eficiente **anemómetro**, y diversos tipos de relojes solares. Fue astrónomo, geógrafo, sismólogo y vulcanólogo, y lingüista experto en idiomas orientales. Tanto, que fue el primero en traducir el texto alquímico **La Tabla Esmeralda** del árabe al latín. Fue experto en antigüedades egipcias y reputado descifrador de jeroglíficos, disciplinas ambas sobre las que escribió varios libros.

A los 16 años, Athanasius ingresó en el seminario jesuita, y en 1628 fue ordenado sacerdote en de la Compañía de Jesús. Fue dentro de su orden que aprendió griego y hebreo a la perfección. Estudió luego, en otro colegio jesuita, humanidades, ciencias naturales y matemática, complementándolas con filosofía en Colonia. En

1623, en Koblenz, enseñó griego, mientras que alcanzó lo que hoy llamaríamos un posgrado en lenguas en Heiligenstadt. Al tiempo de ordenarse sacerdote, había recibido ya su doctorado en teología.


Athanasius Kircher

Fue el primer lingüista en comprender que el copto era una lengua derivada del egipcio antiguo, y fue comisionado por el Papa para traducir los textos de un obelisco egipcio que se llevó a Roma. Tras el éxito en esta tarea, el pontífice lo colmó de ricos presentes y atenciones como premio. Hallada la Piedra de Rosetta varios siglos más tarde, y traducida la lengua egipcia por Jean-Francois Champollion, sabemos hoy que la traducción de Kircher estaba completamente errada, pero en su tiempo, su reputación de lingüista y orientalista llegaba al punto de llamarlo universalmente "el hombre capaz de leer cualquier texto".

Kircher murió en 1680 en París, luego de haber pasado la mayor parte de su vida convertido en una especie de superestrella o celebridad científica internacional en numerosas ramas de la ciencia, pero especialmente en la lingüística y la filosofía.

Es a causa de ello que uno de los primeros propietarios del Manuscrito Voynich, Georg Baresch, pensó en Kircher como el único hombre capaz de interpretar sus extraños caracteres. Así, Baresch le escribió una carta en 1637, en la que le pedía estudiara el texto y tratara de hallar una solución al problema. Esta primera carta se ha perdido, y no parece que Kircher le haya dado mucha importancia, porque tampoco se halla una respuesta.

Aún esperanzado, Baresch volvió a escribir al erudito dos años más tarde. Esta segunda carta —que sí se conserva— reitera el pedido de que Kircher se ocupe del manuscrito, aprovechando el viaje de algunos religiosos amigos de Baresch desde Praga (donde estaba Baresch) hacia Roma (donde estaba Kircher). La carta está actualmente en los Archivos de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, en el armario APUG 557, folio 353.

La carta fue primeramente traducida al inglés por M.J. Gorman, del Museo e Instituto de Historia de la Ciencia de Florencia, Italia, así como al italiano por la profesora R. Mugellesi del Instituto de Filología Clásica de Pisa. Según René Zandbergen y su colaborador Mark Sullivan, la versión inglesa se corresponde exactamente con la italiana y la latina. La traducción castellana que aquí se expone me pertenece, así como los comentarios entre paréntesis.

Dice en su parte relevante: "En ocasión de la partida hacia Italia y Roma de cierto religioso, obtuve permiso de él para llevar a Usted esta carta, con la cual quisiera recordarle cierto escrito que le envié desde Praga a través del Reverendo Moretto, de la Compañía de Jesús. La razón de haberle enviado esos escritos es la siguiente: Después de la publicación del *Prodromus Copti* (un célebre libro de Kircher sobre la lengua egipcia), Su Reverencia se hizo famoso en todo el mundo, y en ese libro Usted solicitó ayuda para encontrar material adicional para otro libro que pensaba publicar", de lo que se desprende que Baresch parece creer que el libro está escrito en copto o en jeroglíficos egipcios.

Más adelante pone: "Por lo tanto he decidido repetirle este pedido. Moretto me ha dicho que llegó felizmente a Roma, de lo que me complazco, y más complacido estaré cuando el contenido del libro mencionado nos sea revelado gracias a Su Reverencia, de modo que las buenas gentes puedan compartir los buenos conocimientos que hay en él. De los dibujos de hierbas, de enorme número dentro

del Códex, de varias imágenes y estrellas y de otras cosas que aparentan ser secretos de la química, he conjeturado que todo él es de naturaleza médica".

Luego de rogar varias veces más a Kircher que libere los portentosos secretos científicos enterrados en los pliegos del manuscrito, Baresch se despide y firma: *"Pragae A[nn]o [Domini] 1639. 27 die Aprilis, quo olim Romam, in Universitate Sapientiae Romanae, Predicae Sapientiae operam daturus, apprili A[nn]o [Domini] 1605. V[estr]ae R[everen]dae Paternit[ate], Ad obsequia, P[er]oratissimus, M. Georgius Baresch"* ("En Praga, a los 27 días de abril de 1639, en el mismo día en que, en abril de 1605, comencé mis estudios en la Universidad de La Sabiduría de Roma").

La pertinacia de Baresch, al parecer, no tuvo éxito.

Hemos dicho que dentro del libro en sí, Voynich encontró una carta. La misma, por cierto, también está dirigida a Kircher y está fechada en 1666 (aunque algunos estudiosos leen la fecha como 1665).

Como sea, el autor de la misiva es Johannes Marcus Marci de Cronland, rector de la Universidad de Praga. Sabemos (porque se conserva) que Marci también había escrito una carta anterior a Kircher sobre el mismo asunto, cuyo original puede encontrarse asimismo en los Archivos Gregorianos, armario APUG 557, folio 127.

Tantas cartas al mismo hombre sobre el mismo tema nos llevan a conjeturar que Kircher era perfectamente consciente de que no podía ni podría descifrar el manuscrito y que, siendo una celebridad científica y lingüística mundialmente respetada, tenía vergüenza de responder a sus corresponsales diciéndoles que el asunto superaba su conocimiento. En consecuencia, hizo lo único que podía hacer sin sacrificar su orgullo: guardó silencio y jamás le contestó a nadie.

Johannes Marci de Cronland, autor de la carta hallada en el libro

Pero la segunda carta de Marci, la que Voynich encontró dentro del Manuscrito, es especial porque aporta, por primera vez, elementos internos de la historia del libro e, incluso, ensaya una hipótesis acerca del autor de la extraordinaria obra. El original se encuentra en la Biblioteca Beinecke, está escrito en un latín muy culto y ha sido traducido al inglés por John Tiltman. En esa versión he basado mi traducción castellana. La carta (conocida en los ambientes académicos como "Carta Marci") comienza con las palabras: *"Reuerende et Eximie Domine in Christo Pater. Librum hunc ab amico singulari mihi testamento relictum, mox eundem tibi amicissime Athanisi ubi primum possidere coepi, animo destinaui: siquidem persuasum habui a nullo nisi abs te legi posse"* ("Reverendo y distinguido Maestro, Padre en Cristo: este libro, que heredé de un íntimo amigo, estuvo destinado a ti desde que llegó a mis manos, mi muy querido Athanasius, porque estoy convencido de que nadie más que tú será capaz de leerlo").

Vana esperanza la de Marci, a juzgar por los resultados.

Marci continúa diciendo: "El propietario anterior de este libro (a quien, aunque Marci no nombra, nosotros ya conocemos: se trata de Georg Baresch) pidió una vez tu opinión por carta (error: la pidió dos veces, sin obtener respuesta), copiando y enviándote un extracto del libro, del cual pensaba que serías capaz de leer el resto, pero en ese momento no quiso enviarte el libro en sí".

Dos párrafos más abajo, Marci revela a Kircher algunos datos trascendentales. Dice

textualmente: *"Retulit mihi D. Doctor Raphael Ferdinandi tertij Regis tum Boemiae in lingua boemica instructor dictum librum fuisse Rudolphi Imperatoris, pro quo ipse latori qui librum attulisset 600 ducatos praesentarit, authorem uero ipsum putabat esse Rogerium Bacconem Anglum"*. Traduzco: "El profesor de lengua bohemia de Fernando III, entonces rey de Bohemia, el Señor Doctor Rafael, me ha contado que el antedicho libro perteneció al Emperador Rodolfo (se refiere a nuestro ya conocido Rodolfo II de Bohemia), que pagó por el libro a su poseedor la cantidad de 600 ducados. Él (no está muy claro si se refiere a Rodolfo, al desconocido que se lo vendió, al tal Rafael o a Baresch) creía que el autor era el inglés Roger Bacon".

Página 78 vuelta

Concluye despidiéndose: *"Reuerentiae Vestrae. Ad Obsequia. Joannes Marcus Marci a Cronland. Pragae 19 Augusti AD 1666 (¿1665?)".* "A las órdenes de Su Reverencia, Johannes Marcus Marci de Cronland. En Praga, a 19 de agosto del Año del Señor de 1666 (ó 1665, según otros)". Todos los comentarios entre paréntesis son míos.

La carta Marci es la pieza de información que enlaza, entonces, al Manuscrito Voynich con Rodolfo II, introduciendo además en el ya de por sí complicado asunto al sacerdote franciscano del siglo XIII, monje, matemático, filósofo y alquimista inglés Roger Bacon.

Y tiene sentido, porque fue Bacon quien permanentemente preconizaba en sus trabajos que los conocimientos científicos no estaban destinados al público en general, sino que los sabios harían muy bien en publicar los libros en códigos cifrados. La carta de Baresch dice algo parecido, aunque sin mencionar el nombre de Bacon.

Roger Bacon nació en Ilchester, Somerset, Inglaterra, en 1214, y murió en Oxford en 1292. Sus padres, terratenientes venidos a menos, deben haber tenido un afán de progreso inédito para la época, ya que dos de sus hijos llegaron a ser académicos y uno, Roger, conocido universalmente hasta hoy.

El franciscano Roger Bacon

Frasco de medicinas con una raíz parecida a la mandrágora

Roger estudió matemática y latín con el párroco de su aldea antes de trasladarse a Oxford para presentarse en la Universidad, porque sabía que allí toda la enseñanza se impartía en latín. Bacon se convirtió en estudiante universitario a la edad de trece años, y se destacó en gramática, lógica, retórica, geometría, aritmética, música y astronomía. Pronto fue convocado a enseñar en Oxford, y siguió como profesor allí hasta 1241. El joven Bacon llegó a ser en la mayor autoridad sobre Aristóteles, y, cuando fue llamado para enseñar en la Universidad de París, introdujo la aristotélica como ciencia central dando incansables (e interminables) clases que comenzaban a las 6 de la mañana y dejaban a sus estudiantes extenuados. Tan ducho en meteorología, botánica, ciencias naturales y medicina como en teología y filosofía, alargaríamos innecesariamente este artículo si citáramos todas las obras y logros de Bacon desde entonces hasta su muerte a los 78 años de edad.

Baste decir que muy bien pudo haber sido el autor del Voynich, pero que la opinión del corresponsal antiguo no se condice con nuestras modernas teorías acerca de la fecha del libro. Hasta donde sabemos, Bacon vivió más de dos siglos antes de la aparente composición del Manuscrito Voynich.

La historia posterior del manuscrito es también sorprendente.

Desde que Rodolfo II se lo cedió (¿vendió?) a Baresch y desde que éste se lo heredó a Marci, perdemos su rastro durante la friolera de 246 años, hasta que Voynich lo redescubre en el monasterio jesuita. ¿Cómo llegó el manuscrito hasta allí? Es probable que nunca lo sepamos.

Una vez en Londres, el manuscrito permaneció en manos de Voynich hasta la muerte del librero.

Ethel Boole Voynich, su viuda, aparentemente lo vendió. Esto resulta extraño, porque la fecha que se maneja es 1961, pocos meses antes del fallecimiento de la dama. Si el matrimonio había conservado celosamente el documento durante casi medio siglo ¿qué sentido puede tener venderlo poco antes de morir? Se trata de otro de los misterios inexplicables en la incomprensible historia del libro.

Como sea, el Manuscrito Voynich aparece posteriormente en manos del experto en libros antiguos H.P Kraus, de nacionalidad norteamericana. Kraus manifestó haber pagado por él a Ethel Voynich la suma de 24.500 dólares, con la intención de revenderlo por una cantidad superior.

Tasó el volumen en 160.000 dólares y lo puso efectivamente en venta, pero durante 8 años de esfuerzos fracasó en su empeño. Jamás logró encontrar un comprador interesado.

Descontando el fallido —y acaso ni siquiera intentado— esfuerzo de Kircher y las fotos que Voynich envió a los especialistas de principios del siglo XX, fácil es imaginar que los esfuerzos por develar la incógnita del contenido del manuscrito no cesaron.


Detalle de los desnudos femeninos

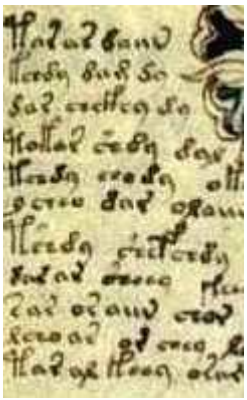
El primer intento serio de decodificarlo llegó en 1921, de la mano del Profesor Newbold de la Universidad de Pennsylvania. Newbold observó que en cada caracter había unos trazos misteriosos, tan pequeños que sólo podían ser vistos con lupas muy potentes. Creyó identificar esos trazos como caracteres griegos, y concluyó que había un subtexto griego oculto por los caracteres desconocidos. Por razones no muy bien aclaradas, Newbold afirmó que el texto griego microscópico era el verdadero contenido del Manuscrito Voynich, que databa del siglo XIII y que su autor era Roger Bacon. Estos dos últimos asertos siguen obviamente la carta de Marci, pero lo de las letritas griegas fue desestimado científicamente menos de una década más tarde. Lo que el académico creyó que eran "trazos griegos" no son más, en realidad, que grietas microscópicas en la capa de tinta de los caracteres, provocados por el mero paso de los siglos.

Los fracasos continuaron. En 1940 Joseph M. Feely y Leonell C. Strong, ambos criptógrafos aficionados, intentaron aplicar una técnica llamada "cifrado de sustitución", que no es más que asignar a cada caracter del texto una letra del alfabeto latino. Es la simple técnica utilizada en "El escarabajo de oro", de Poe. Según ellos, lograron traducir todo el manuscrito, salvo que... el resultado no tenía ningún sentido.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, el equipo de criptógrafos que rompió el código de la Armada Imperial Japonesa pasó bastante tiempo descifrando textos antiguos encriptados. Tuvieron éxito con todos menos con el Voynich.

En 1978 el filólogo aficionado John Stokjo aseguró que el texto estaba escrito en ucraniano pero sin las vocales. Su traducción, desafortunadamente, no se correspondía con las ilustraciones ni tenía que ver con la historia de Ucrania. Contenía frases tan "claras" como "La Vacuidad es aquello por lo que lucha el Ojo de un Dios Bebé" (¿?) —la traducción es mía—.

Un médico llamado Leo Levitov afirmó en 1987 que el documento había sido escrito por los cátaros, secta herética que floreció en la Francia Medieval, y que estaba escrito en una mezcla de palabras de varios idiomas. La traducción de Levitov, sin embargo, entraba en franca contradicción con la teología cátara, que se encuentra perfectamente documentada.


Ilegibles caracteres

Más aún: todas las traducciones mencionadas usaban mecanismos que permitían, por ejemplo, que una misma palabra fuera traducida con un significado en una parte del manuscrito y con otro diferente en otra. Una muestra: uno de los pasos del razonamiento de Newbold echaba mano de los anagramas, método impreciso si los hay. Así, el anagrama de **caso** puede ser tanto **cosa** como **osca, saco** ó **asco**. La mayoría de los académicos están de acuerdo en que los intentos de decodificación del manuscrito Voynich están irremediablemente teñidos de un inaceptable grado de ambigüedad. Peor aún, es imposible, usando cualquiera de esos métodos pero a la inversa, **codificar** un texto llano para obtener nada que se parezca ni remotamente al Manuscrito Voynich, y ya se comprende que un sistema capaz de decodificar un texto en clave **tiene que ser** capaz de funcionar a la inversa.

La conclusión es que, luego de 90 años de esfuerzos de parte de varios de los mejores especialistas en códigos, nadie fue capaz de descifrar el "voynichés", como a veces se lo ha llamado. Es por ello que la naturaleza y origen del manuscrito permanece en el misterio.

El más serio de los intentos recientes, y posiblemente el único que ha aplicado un razonamiento abarcativo, inteligente y creativo, es el del doctor Gordon Rugg, que comenzó a interesarse en el Manuscrito Voynich alrededor del año 2000. Lo interesante es, como se apuntó al principio, que Rugg no es filólogo, lingüista ni historiador, sino médico y psicólogo, recibido en la Universidad de Reading en Inglaterra en 1987. Hoy se desempeña como profesor de la Escuela de Computación Matemática en la Universidad

Keele es, además, director de "Sistemas Expertos", periódico internacional especializado en Ingeniería del Conocimiento y redes neurales. El campo de investigación de Rugg es, precisamente, la naturaleza del conocimiento y los modelos de información, conocimiento y creencias. Al fin había llegado alguien capaz de atacar el enigma del manuscrito desde un ángulo nuevo y original.

Al principio, Rugg se aproximó al problema considerándolo sólo un rompecabezas interesante: más tarde comprendió que podría convertirse en un caso testigo de una profunda investigación sobre las maneras de reexaminar problemas complejos.

Rugg comienza especulando acerca de que el fracaso de los intentos de decodificar el libro puede significar que tal vez no haya ningún código que descifrar: después de todo, el manuscrito muy bien puede no contener mensaje alguno, siendo tan sólo el fruto de una elaborada broma.

La flor superior se parece a la pasionaria (salvo que aquella es roja). Las demás son desconocidas

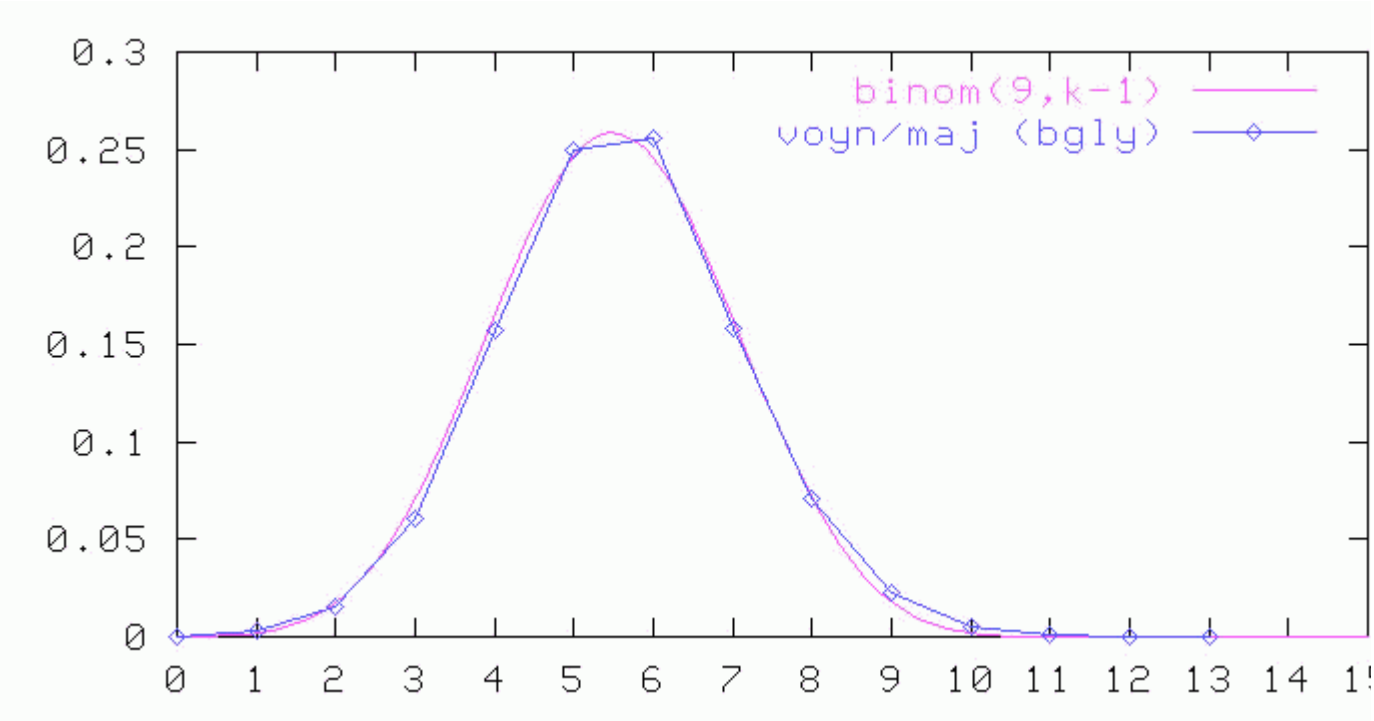
Los críticos de esta hipótesis han argumentado que el voynichés es demasiado complejo para no tener sentido. ¿Cómo podría un bromista medieval producir 230 páginas de un texto con tantas sutiles regularidades en la estructura y la distribución de las palabras?

Sin embargo, Gordon Rugg ha descubierto que cualquiera puede reproducir la mayor parte de las extraordinarias características del manuscrito utilizando una sencilla herramienta criptográfica que ya era bien conocida en el siglo XVI, como veremos más adelante. Dice: "El texto generado por esta herramienta **parece** voynichés, pero en realidad no es más que jerigonza que no transmite ningún mensaje oculto. Este hallazgo **no prueba** que el manuscrito sea una burla, pero refuerza el rumor de que un aventurero inglés llamado Edward Kelley habría pergeñado todo el asunto para defraudar al crédulo Rodolfo II, ya que se dice que el emperador pagó la suma de 600 ducados por el libro —algo así como 50.000 dólares de hoy".

Pero supongamos por un momento que el manuscrito no es un engaño ni está escrito en código. La tercera posibilidad sería: ¿podría corresponder a un idioma desconocido?

Rugg responde a esta pregunta de la forma siguiente: "A pesar de que no podemos descifrarlo, sí sabemos que el texto muestra una desacostumbradamente alta tasa de regularidad. Por ejemplo, las palabras más comunes a menudo aparecen dos o más veces por renglón. Para representar las palabras, utilizo el Alfabeto Voynich Europeo (EVA), una convención para transliterar los caracteles voynicheses al alfabeto romano. Un ejemplo de la página 78 vuelta del manuscrito dice: **qokedy qokedy dal qokedy qokedy**. Este grado de redundancia no se encuentra en ningún lenguaje conocido. En sentido contrario, el voynichés contiene muy pocas frases donde dos o tres palabras diferentes aparezcan juntas. Estas características hacen muy improbable que el voynichés sea una lengua humana: sencillamente, es demasiado diferente de todos los demás idiomas conocidos".

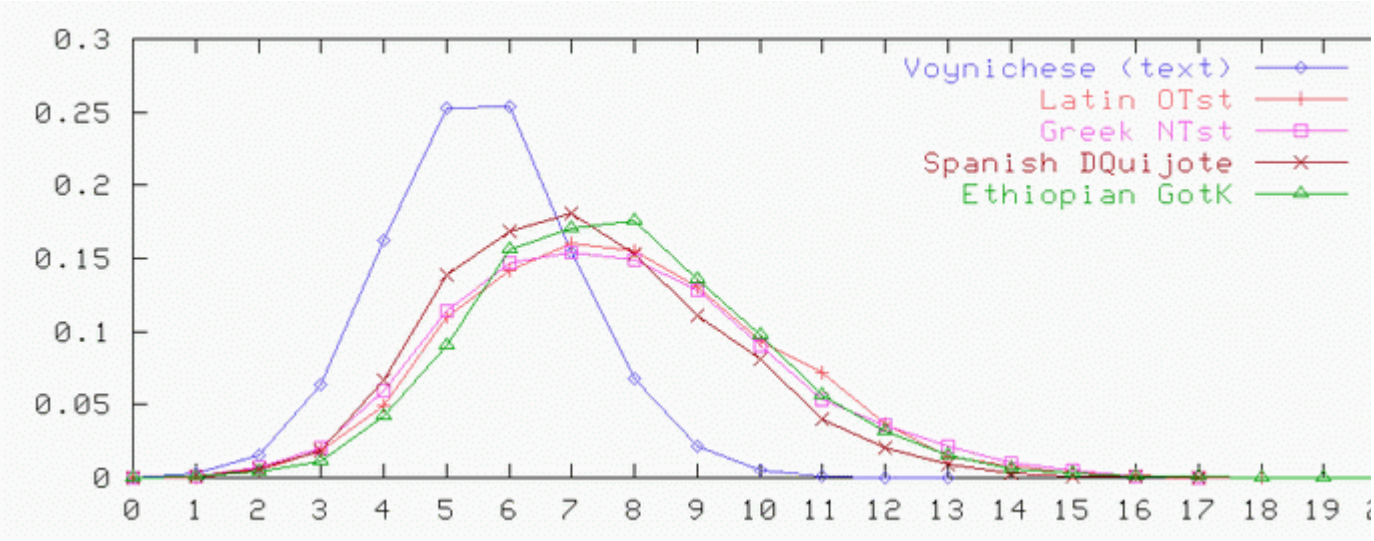
La posibilidad de que el manuscrito sea sólo un muy bien tramado engaño con intencionalidad económica o, sencillamente, los delirios de un alquimista loco vuelve, pues, a estar en discusión. "La complejidad lingüística del texto parece argumentar en contra de esta teoría", afirma Rugg. "Además de la repetición de palabras, hay numerosas regularidades en la estructura interna de los vocablos. La sílaba **qo**, muy común, sólo aparece al principio de las palabras. La sílaba **chek** puede aparecer al comienzo, pero si la palabra contiene también **qo**, entonces **qo** viene antes de **chek**. La sílaba **dy**, también común, aparece normalmente al final de las palabras y en ocasiones al principio, pero nunca en el medio. Un método simple de ´elegir y mezclar´ que combinase las sílabas al azar nunca podría producir un texto con tal grado de regularidades. El voynichés es, asimismo, mucho más complejo que el discurso patológico observado en pacientes con daños cerebrales o desórdenes psicológicos. Incluso si un alquimista loco diseñó una gramática para una lengua inventada por él, y se pasó luego años y años escribiendo un manuscrito que empleara esa gramática, el texto resultante no presentaría las características estadísticas que encontramos en el Voynich".



Distribución binomial de las palabras del manuscrito, según Jorge Stolfi

Es verdad: en el Manuscrito, los tamaños de las palabras toman la forma de una distribución binomial, o sea, las palabras más comunes tienen cinco o seis caracteres, mientras que la frecuencia de aparición de las palabras más largas o más cortas cae bruscamente para formar una curva en forma de campana simétrica, conocida como "campana de Gauss". Dice el experto: "Esta clase de distribución es extremadamente inusual en las lenguas humanas. En la práctica totalidad de los idiomas conocidos, la distribución de las longitudes de palabras en mucho más ancha que una campana de Gauss y por añadidura asimétrica, con una clara preeminencia de las palabras relativamente largas. Es altamente improbable que la distribución binomial del voynichés haya sido deliberadamente incluida como parte del engaño, simplemente porque el concepto estadístico en que se basa no fue inventado sino hasta siglos después de que se escribió el manuscrito".

En suma, el Manuscrito Voynich parece ser o bien un código extremadamente inusual, una lengua extraña y desconocida o bien una mentira altamente sofisticada, y no hay una manera fácil de resolver esta disyuntiva, lo cual es el motivo de que el misterio haya persistido casi cinco siglos.



Comparación de Stolfi de la distribución de palabras según su longitud. En azul, el Manuscrito Voynich. Las otras curv representan al Antiguo Testamento en latín, al Nuevo Testamento en griego, al Don Quijote en castellano y a un texto et

Cuando Rugg y su colega Joanne Hyde comenzaron a buscar un problema como éste, porque estaban desarrollando un método para evaluar críticamente el tipo de

conocimientos y razonamientos utilizados en la resolución de difíciles problemas de investigación, se toparon con el Manuscrito Voynich. Comenzaron por determinar qué tipos de conocimiento habían sido aplicados previamente al problema.

"La afirmación de que las características del voynichés son inconsistentes con cualquier idioma conocido se basaban en conocimientos lingüísticos sustanciales. Esta conclusión parecía correcta, por lo que continué con la hipótesis del engaño. La mayor parte de la gente que había estudiado el manuscrito estaba conciente en que el voynichés era demasiado complejo para ser un chiste. Sin embargo, esta afirmación se basaba más en opiniones que en evidencias firmes. No hay ningún corpus de conocimientos que trate acerca de cómo reproducir un texto cifrado medieval muy largo, por la sencilla razón de que, dejando de lado los engaños, difícilmente se encuentren ejemplos de un texto tal", escribe Rugg.

Varios investigadores, como Jorge Stolfi de la Universidad de Campinas en Brasil, han dudado acerca de si el Manuscrito Voynich se produjo utilizando tablas de generación de textos al azar. Estas tablas tienen celdas que contienen caracteres o sílabas; el usuario selecciona una secuencia de celdas —por ejemplo tirando los dados— y las combina para formar una palabra. Esta técnica puede generar algunas de las regularidades internas de las palabras voynichesas. Bajo el método de Stolfi, la primera columna de la tabla contiene los prefijos, como **qo**, que sólo se presenta al comienzo de las palabras; la segunda contiene las sílabas que aparecen en el medio de las palabras (como **chek**) y la última las sílabas que sólo aparecen al final, como por ejemplo **y**. Eligiendo sílabas de las tres columnas en secuencia, el investigador producirá palabras con la estructura característica del voynichés. Algunas de las casillas pueden quedar vacías para que puedan existir palabras sin prefijo, medio o sufijo.

Pero esto no es suficiente: hay muchas otras características estadísticas del voynichés que no pueden reproducirse con tanta facilidad. Por ejemplo, algunos caracteres son comunes considerados individualmente, pero rara vez o nunca aparecen uno junto al otro. Los caracteres transcriptos como **a**, **e** y **l** son comunes, al igual que su combinación **al**, pero **el** es casi inexistente. Este efecto no puede lograrse combinando caracteres de una tabla al azar, por lo que Stolfi y otros rechazan esta explicación. La cuestión capital aquí es la alocución "al azar". Para los investigadores modernos, la aleatoridad es un concepto muy útil y común. También es un concepto desarrollado mucho tiempo después de la creación del manuscrito.

Rugg está en contra de la teoría del azar: "Un bromista medieval hubiera usado, probablemente, una manera diferente de combinar las sílabas, que no habría sido ´aleatoria´ en el estricto sentido estadístico moderno". Rugg comenzó a sospechar si algunas de las propiedades del voynichés no serían efectos de algún método largamente olvidado y obsoleto.

Dibujo de una flor inexistente, aunque se parece a un girasol (detalle)

Volvió entonces a la hipótesis del engaño para investigarla en profundidad. El paso siguiente fue intentar producir un documento falso para ver qué efectos colaterales aparecían. La primera pregunta era, entonces: ¿qué técnica utilizar? La respuesta dependía de la fecha en la que el manuscrito fue producido. Habiendo trabajado en arqueología, un campo donde la datación de artefactos es una preocupación fundamental, Rugg conocía el consenso general acerca de que el Voynich fue creado antes de 1500. Las ilustraciones eran del estilo de las de fines de 1400, pero este atributo no demostraba necesariamente la antigüedad del material: los trabajos artísticos a menudo presentan el estilo de períodos anteriores, tanto inocentemente como para hacer aparecer un documento como anterior a lo que realmente es.

"Busqué entonces una técnica de encriptación que fuera de uso común durante el más ancho rango posible de fechas de origen del Manuscrito Voynich: de 1470 a

1608. Una posibilidad muy buena era la Grilla de Cardano, desarrollada por el matemático italiano Girolamo Cardano en 1550. Consiste en una tarjeta con ranuras recortadas en ella. Cuando se apoya la ´grilla´ sobre un texto aparentemente inocuo (pero escrito con una tarjeta igual), las ranuras permiten leer el texto oculto en el mensaje". Rugg comprendió que una grilla de este tipo permitía seleccionar permutaciones de prefijos, medios y sufijos de una tabla, a efectos de generar palabras similares a la voynichesas.


Mujeres desnudas, animales, caños, cisternas...

Una página típica del Manuscrito Voynich contiene entre 10 a 40 renglones, cada una compuesta pòr entre 8 a 12 palabras. Usando el modelo de tres sílabas del voynichés, una tabla de 36 columnas y 40 filas contendría suficientes sílabas como para producir una página completa del manuscrito con una sola tarjeta ranurada. La primera columna contendría los prefijos, la segunda las partes centrales y la tercera los sufijos de las palabras; las columnas siguientes repetirían el mismo patrón.

El psicólogo nos explica el procedimiento: "Uno puede alinear la grilla contra el ángulo superior izquierdo de la grilla para generar la primera palabra y luego moverla tres columnas a la derecha para hacer lo mismo con la siguiente, o moverla más hacia a la derecha o a una fila inferior. Ubicando la tarjeta en distintas posiciones de la tabla, el investigador puede crear cientos y cientos de palabras en voynichés. Y la misma tabla podría usarse con diferente tarjeta para generar las palabras de la página siguiente".

Quedaba por probar el tiempo que se tardaría para escribir un libro como el Manuscrito Voynich. Uno de los argumentos utilizados y socorridos por los ocultistas para desestimar la teoría del fraude siempre fue, precisamente, que un falsificador medieval hubiera tardado años o décadas en completar un manuscrito tan complejo y elaborado. Nunca nadie se había puesto a cronometrar un intento serio.

¿Cuánto se tardaría utilizando el método de Cardano?


Página 36 vuelta

Rugg dibujó tres tablas a mano, lo que le tomó dos o tres horas por tabla. Recortar cada tarjeta o grilla le llevó de dos a tres minutos, y se fabricó 10 de ellas. Escribe gozoso: "Hecho esto, pude generar de 1.000 a 2.000 palabras, comprobando que mi método me permitía reproducir fácilmente la mayor parte de las características del voynichés. Por ejemplo, uno puede cerciorarse de que ciertos caracteres nunca aparezcan juntos diseñando cuidadosamente grillas y tablas. Si las grillas sucesivas están siempre sobre distintas filas, las sílabas de las celdas adyacentes en sentido horizontal nunca aparecerán juntas, incluso aunque sean muy comunes individualmente. La distribución binomial en Campana de Gauss puede lograrse mezclando sílabas cortas, medianas y largas en la tabla. Otra característica del voynichés, que es el hecho de que las palabras iniciales de los renglones tienden a ser más largas que el resto, puede reproducirse simplemente colocando más sílabas algo más largas en el lado izquierdo de la tabla. Parece ser, entonces, que el Manuscrito Voynich pudo escribirse utilizando el método de la Grilla de Cardano. La reconstrucción realizada por mí y mis colegas sugiere, por ende, que **una sola persona** pudo haber compuesto **el manuscrito completo**, **incluyendo las**

ilustraciones, en sólo tres o cuatro meses".


Sorprendente diagrama astrológico

Pero subsiste la cuestión crucial: ¿es el libro sólo jerigonza incomprensible o contiene un verdadero mensaje codificado?

Rugg encontró dos maneras o métodos de emplear el sistema de grillas y tablas para codificar y decodificar texto plano. El primero consiste en un cifrado de sustitución que convierte las letras del texto normal en sílabas mediales que quedan empotradas entre un prefijo y un sufijo sin significado, utilizando el método indicado más arriba.

El segundo asigna un número a cada carácter del texto original y luego usa esos números para especificar la ubicación de la grilla sobre la tabla. Ambas técnicas, sin embargo, producen textos con mucho menor nivel de repetición que la que presenta el Manuscrito.


Los girasoles del Voynich

Este hallazgo indica que si en realidad se usó la Grilla de Cardano para redactar el Manuscrito Voynich, el autor probablemente creó un gran volumen de texto sin ningún significado en absoluto —aunque soberbia e inteligentemente diseñado— en vez de un texto verdadero cifrado.

Rugg no encontró ninguna evidencia de que el texto contenga en realidad un mensaje.

"Esta ausencia de evidencia no prueba, por supuesto, que el manuscrito sea una broma, pero mi trabajo demuestra que la construcción de un engaño tan complejo como éste es muy fácil de lograr. Esta explicación enlaza con ciertos intrigantes hechos históricos: el académico isabelino John Dee y su socio Edward Kelley visitaron la corte de Rodolfo II en la década de 1580. Kelley fue un notorio falsificador, místico y alquimista, que probadamente conocía bien el método de Cardano. Durante mucho tiempo los expertos han sospechado que Kelley fue el autor del manuscrito".


Detalle de un folio del Manuscrito

Una alumna de Rugg, Laura Aylward, está investigando hoy si las peculiaridades estadísticas más complejas del Voynich pueden ser también reproducidas con la técnica de Cardano. Para contestar estas preguntas, será necesario generar enormes cantidades de texto usando tablas y grillas de distinto diseño, por lo que Rugg está escribiendo el software necesario para automatizar el proceso.

Es fácil entender que, siendo Rugg un psicólogo, la traducción del Manuscrito le importa muy poco. Sus intereses son otros: "Este estudio muestra invalorables aprendizajes, empero, acerca del proceso de reexaminar problemas dificultosos para determinar si cualquier posible solución ha sido pasada por alto. Un buen ejemplo de este tipo de problemas es buscar la causa del Mal de Alzheimer". Rugg planea examinar si el mismo criterio de aproximación al Manuscrito Voynich puede usarse para reevaluar la investigación previa sobre este desorden neurológico. La preguntas

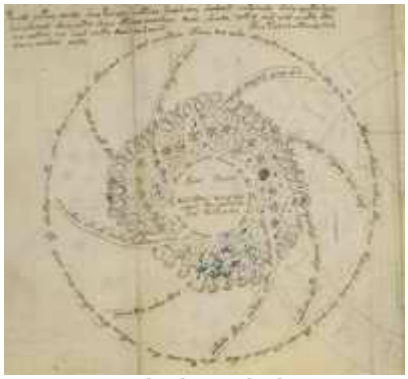
a formular deben incluir, por ejemplo, las siguientes: ¿han los investigadores olvidado algún campo o grupo de conocimientos relevantes? ¿Hay algunos sutiles malentendidos entre las diferentes disciplinas involucradas en el estudio de la enfermedad en cuestión? Las cosas que se admiten como ciertas, ¿han sido suficientemente probadas?

Si este proceso puede usarse para ayudar a los investigadores del Alzheimer a encontrar nuevos rumbos de investigación, entonces un manuscrito medieval que parece un manual de alquimia puede probar, eventualmente, haberse convertido en un regalo para la medicina moderna.

En efecto, es posible que los métodos utilizados para analizar el misterio de Voynich pudieran ser aplicados para resolver importantes cuestiones de otras áreas. Armar el complejo rompecabezas del manuscrito requiere grandes conocimientos en varios campos, incluyendo criptografía, lingüística e historia medieval. Como investigador en el campo del razonamiento experto Rugg ve su trabajo sobre el Manuscrito Voynich como un test de aproximación informal que podría ser aprovechado para identificar nuevas formas de aclarar cuestiones científicas no resueltas desde hace mucho tiempo. El paso clave es la identificación de las fortalezas y debilidades de los conocimientos que se poseen sobre los campos relevantes a la cuestión.

Si el método de Rugg se muestra eficiente en otros campos, el desconocido autor del Manuscrito Voynich habrá "regalado" a la ciencia una herramienta fabulosa e invalorable, sin haberlo pretendido ni sospechado nunca.

Mientras tanto, el volumen causante de toda esta investigación y tantos desvelos duerme hoy en una vitrina. Pasaron por el misterio, a los largo de 500 años, las figuras de Rodolfo II, Roger Bacon, Voynich, John Dee, Kircher, Kraus, Marci, Kelley, Baresch, y los investigadores modernos Stolfi, Cardano, Joanne Hyde, Aylward y el propio Rugg. Todos ellos estuvieron presentes, pero, como lo haremos usted y yo, pasaron y desaparecieron en el polvo de los siglos, o lo harán (y haremos) cuando llegue el momento. Pero el misterio persistirá, porque, a estas alturas, los expertos guardan muy pocas esperanzas de que el Manuscrito Voynich pueda ser descifrado alguna vez.



¿Una galaxia espiral en un manuscrito del siglo XV?

En 1969, harto ya de intentar venderlo, H.P Kraus donó el Manuscrito Voynich a la Universidad de Yale, la que lo archivó, junto con la Carta Marci, en su Biblioteca Beinecke de Libros Raros.

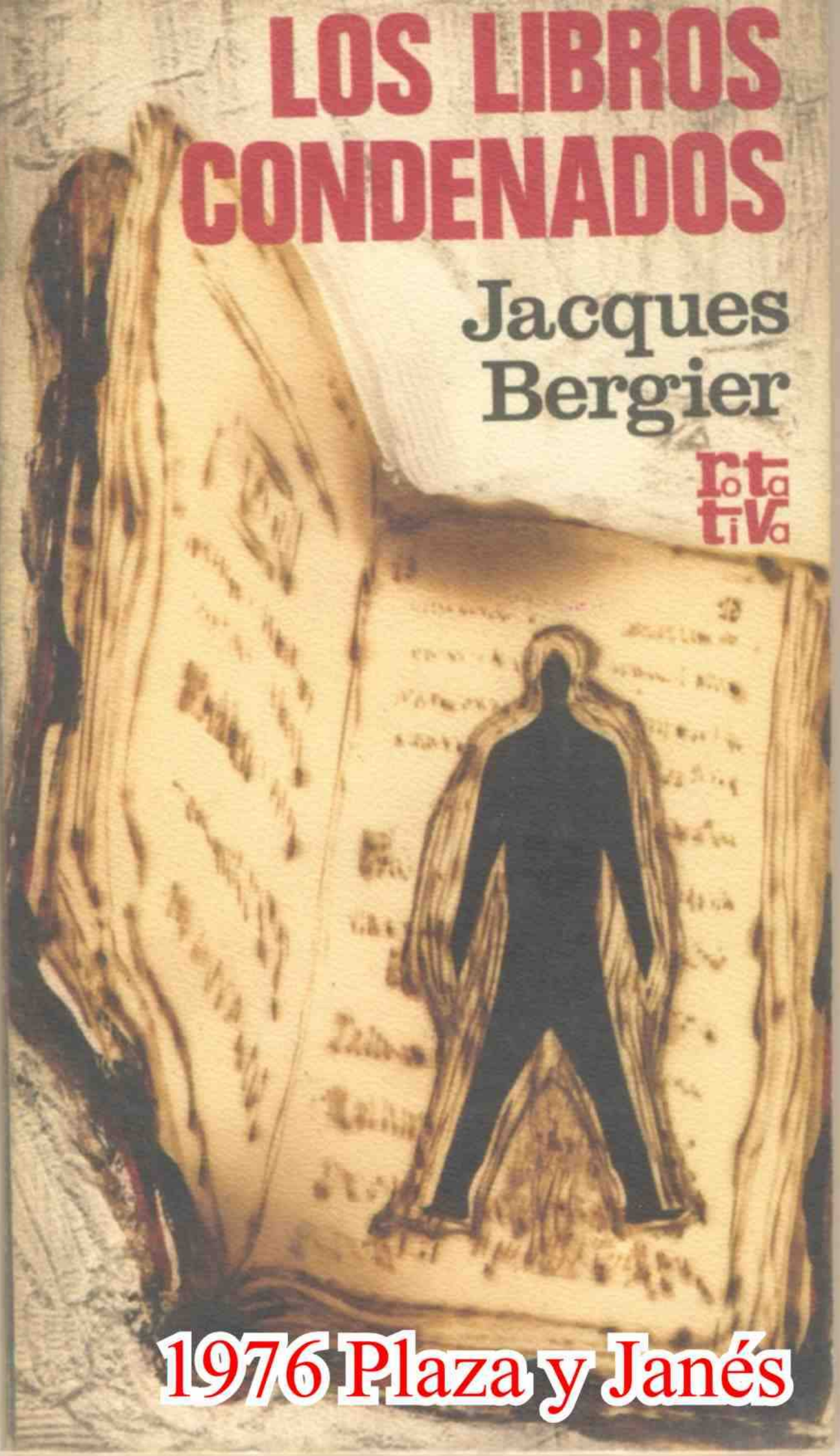
Allí sigue, rotulado con el número de catálogo MS 408, junto a la carta de Marci (MS 408A).

Dicen los que lo han visto que parece sonreír y guardar silencio, como si supiera un secreto que no somos ni seremos capaces de develar.

LOS LIBROS CONDENADOS

Jacques Bergier

rotativa



1976 Plaza y Janés

Capítulo VI

EL MANUSCRITO VOYNICH

El doctor John Dee fue coleccionista empedernido de manuscritos extranjeros. Fue él quien, entre 1584 y 1588, regaló al emperador Rodolfo II el extraño manuscrito Voynich.

La historia de este manuscrito ha sido contada reiteradas veces, en particular por mí mismo en *L'Homme eternel* (1) y en *Los extraterrestres en la Historia* (2). Sin embargo, creo que conviene recordarla desde el principio.

El duque de Northumberland saqueó gran número de monasterios durante el reinado de Enrique VIII. En uno de estos monasterios, encontró un manuscrito que su familia comunicó a John Dee, cuyo interés por los problemas extraños y los textos misteriosos era bien conocido. Según los documentos encontrados, el manuscrito en cuestión había sido escrito por el propio Roger Bacon. Roger Bacon (1214-1294) ha sido considerado por la posteridad como un gran mago. En realidad, se interesaba sobre todo por la que nosotros llamamos experimentación científica, de la que fue pionero.

(1) Editions Gallimard.
(2) Colección «Otros Mundos». Plaza & Janés.

Predijo el microscopio y el telescopio, los barcos propulsados por motores, los automóviles y las máquinas voladoras.

Se interesaba también por la criptografía, de la que habla en la *Epístola sobre las obras secretas del arte y la nulidad de la magia.* Dee pudo pensar, pues, perfectamente, que un manuscrito inédito y cifrado de Roger Bacon tenía muchas probabilidades de contener asombrosos secretos. Su hijo, el doctor Arthur Dee, al hablar de la vida de John Dee en Praga, alude a «un libro de incomprensible texto, que mi padre trató en vano de descifrar». Dee regala el manuscrito al emperador Rodolfo. Después de múltiples aventuras, el documento va a parar al librero Hans P. Kraus, de Nueva York, que lo tiene en venta desde 1962, por el módico precio de 160.000 dólares. No es caro, si el libro contiene todos los secretos del mundo; pero lo es mucho, si sólo se trata de un compendio de los conocimientos científicos del siglo XIII.

Ya hemos hablado del papiro egipcio que debía revelar, en principio, «todos los secretos de las tinieblas» y que resultó explicar únicamente el método para la solución de las ecuaciones de primer grado. Por consiguiente, hay que mostrarse desconfiado, aunque se trate del manuscrito Voynich. Por mi parte, pienso que este manuscrito Voynich es un buen ejemplo de libro condenado que se ha librado de la destrucción por la única razón de que no se consigue descifrarlo, motivo por el cual no constituye un peligro inmediato.

Es un volumen en octavo, de 15 por 27 cm; falta la cubierta, y, según la numeración, se han perdido veintiocho páginas. El texto aparece iluminado de azul, amarillo, rojo, castaño y verde. Los dibujos representan mujeres desnudas de pequeñas dimensiones, diagramas (¿astronómicos?) y unas cuatrocientas plantas imaginarias. La escritura parece medieval vulgar. El examen grafológico permite sacar la conclusión de que el escribiente conocía el

lenguaje que utilizaba: copió de un modo seguido y no letra por letra.

La clave empleada parece sencilla, pero nadie ha conseguido interpretarla.

El manuscrito aparece el 19 de agosto de 1666, cuando el rector de la Universidad de Praga, Joannes Marcus Marci, lo envía al célebre jesuita Atanasio Kircher, que era, entre otras cosas, especialista en criptografía, en jeroglíficos egipcios y en continentes desaparecidos. Era el hombre más adecuado para enviarle este texto, pero no consiguió descifrarlo.

El manuscrito fue estudiado después por el sabio checo Johannes de Tepenecz, favorito de Rodolfo II. Se advierte una firma de Tepenecz en uno de los márgenes, pero tampoco él consiguió descubrir el secreto. Fracasado, Kircher deposita el manuscrito en una biblioteca de los jesuitas. En 1912, un librero llamado Wilfred Voynich compra el manuscrito al colegio jesuita de Mondragone, en Frascati, Italia. Lo lleva a los Estados Unidos, donde numerosos especialistas ponen manos a la obra. La mayoría de las plantas siguen sin posible identificación. En los diagramas astronómicos, se identifican las constelaciones de Aldebarán y de las Híadas; pero esto no sirve de gran cosa. La opinión general es que se trata de un texto cifrado, pero en una lengua desconocida. El Vaticano abre sus famosos archivos para ayudar a la investigación. Sin resultado.

Se hacen circular numerosas fotografías, enviadas a los grandes especialistas en lenguajes cifrados. Fracaso total.

En 1919, llegan unas fotocopias a manos del profesor William Romaine Newbold, decano de la Universidad de Pensilvania. Newbold tiene entonces 54 años. Es especialista en lingüística y en criptografía.

En 1920, Franklin Roosevelt, a la sazón auxiliar del Ministerio de Marina, le felicita por haber descifrado una correspondencia entre espías, cuyo secreto no habían podido descubrir

las oficinas especializadas de Washington. Newbold se interesa cada vez más por la leyenda del Grial y por el gnosticismo. Es, a todas luces, un hombre de gran cultura, capaz, si hay alguien en el mundo capaz de ello, de descifrar el manuscrito Voynich.

Trabaja en ello durante dos años. Pretende que ha descubierto una clave, pero que la ha perdido después, cosa que no deja de ser singular. En 1921 empieza a dar conferencias sobre sus descubrimentos. Lo menos que puede decirse de ellas es que son sensacionales.

Según Newbold, Roger Bacon sabía que la nebulosa de Andrómeda era una galaxia como la nuestra. Siempre según él, Bacon conocía la estructura de la célula y la formación del embrión a base de la esperma y de un óvulo. La sensación es enorme en todo el mundo.

No sólo en los medios eruditos, sino también entre el gran público. Una mujer cruza todo el continente americano para suplicar a Newbold que expulse al demonio que la persigue, utilizando las fórmulas de Roger Bacon.

Pero también hay algo que objetar. El método de Newbold no resulta comprensible; se tiene la impresión de que Newbold hace marcha atrás; no se consigue elaborar nuevos mensajes utilizando su método. Ahora bien, es evidente que debería funcionar en ambos sentidos un sistema de criptografía. Si se posee un código, se pueden descifrar los mensajes redactados de acuerdo con el mismo, pero también tendrían que poderse traducir en clave los mensajes lisos y llanos. La sensación se mantiene, pero Newbold se hace cada vez más vago y menos accesible. Muere en 1926. Su colega y amigo, Roland Grubb Kent, publica sus trabajos. El entusiasmo mundial es considerable.

Después empieza una contraofensiva, dirigida particularmente por el profesor Manly. Éste no está de acuerdo con la interpretación de Newbold. Cree que ciertos signos auxiliares no son más que deformaciones del papel. Y, al

poco tiempo, no se habla más del manuscrito.

Entonces es cuando me separo de los numerosos eruditos que han estudiado la cuestión, y, sobre todo, de David Kahn, cuyo admirable libro *The Code-Breakers* es la biblia moderna de los expertos en criptografía. Aprovecho esta ocasión para dar las gracias a David Kahn por haber citado una de mis aventuras personales en el campo de la criptografía. Teniendo necesidad, durante la ocupación alemana, de cinco letras para terminar un conjunto, y hallándome al frente de unos jóvenes que fumaban como chimeneas y se veían privados de su droga, añadí al mensaje las letras T A B A C. Londres comprendió, y, en la siguiente luna, cayeron en paracaídas 150 kg de tabaco en el campo de lanzamiento.

La hipótesis que voy a emitir es personal. Al menos, me parece que no la he visto en parte alguna, y creo también haber leído todo lo concerniente al manuscrito Voynich. En mi opinión, Newbold borró deliberadamente la pista, porque había sido objeto de amenazas. Mantenía relaciones sumamente extrañas con toda clase de sectas. Sabía de ellas lo bastante como para comprender que ciertas organizaciones secretas son peligrosas. Y tengo el convencimiento de que, a partir de 1923, fue amenazado y, temiendo graves represalias, hizo marcha atrás. Disimuló lo esencial de su método, y su clave principal no ha vuelto a ser descubierta.

Antes de decir lo que pienso sobre el contenido del manuscrito Voynich, conviene hacer un rápido resumen de las tentativas de descifrado posteriores a Newbold. La mayoría de ellas son ridículas. Pero, a partir de 1944, el gran especialista en criptografía militar, William F. Friedman, muerto en 1970, se ocupó de la cuestión. Utilizó un ordenador del tipo R.C.A. 301. Según Friedman, el mensaje no sólo es cifrado, sino que está en una lengua totalmente artificial. Como la lengua enoquiana de John Dee. Es una hipótesis interesante, que tal vez algún día será

demostrada.

Después de la muerte de Voynich, en 1930, los herederos de su esposa vendieron el manuscrito al librero Kraus. Cualquiera puede comprarlo pagando 160.000 dólares. Según mi opinión, si el manuscrito interesó tanto a John Dee, fue porque éste reconoció en él, como en la *Esteganografía* de Tritemo, el código de una lengua que conocía y que tal vez no era un lenguaje humano. Roger Bacon, como otros antes que él y después de él, tuvo acceso a un saber que procedía, ya de una civilización desaparecida, ya de otras inteligencias. Una vez más, algunos pensaron, y siguen pensando, que una revelación prematura de los diversos secretos de una ciencia superior a la muestra destruiría nuestra civilización.

En este caso, se preguntará, ¿por qué no ha sido destruido el manuscrito Voynich? Yo creo que su existencia fue advertida demasiado tarde, alrededor del año 1920, cuando circulaban ya tantas fotografías del texto que era imposible destruirlas todas. Es la primera vez que la fotografía interviene en un asunto de libro condenado, y parece seguro que ésta va a hacer muy difícil, de ahora en adelante, la tarea de los «Hombres de Negro». Una vez difundidas las fotografías, lo único que podía hacerse era cerrar la boca a Newbold, y hacerlo de una manera que no despertase demasiadas sospechas. Por esto no sufrió Newbold ningún «accidente», y falleció de muerte natural. Pero la campaña que tendía a desacreditarle y a publicar traducciones ridículas del manuscrito estuvo muy bien organizada.

Anotemos, para la historia anecdótica y para las personas que se interesan en el *planning* familiar, que una de estas falsas traducciones, la del doctor Leonell C. Strong, sacó del manuscrito Voynich la fórmula publicada de una píldora anticoncepcional. Pero el verdadero problema permanece.

Uno de los objetivos de la revista americana

INFO, consagrada a las informaciones forteanas, consiste en el descifrado del manuscrito Voynich. Hasta ahora, no parece haberse conseguido el menor progreso. En mi opinión, convendría dedicar al manuscrito Voynich más esfuerzos que a los otros problemas de este género. Aunque se trate de los manuscritos de Tritemo o de los manuscritos incompletos de John Dee. En el caso del manuscrito Voynich, parece que tenemos un texto prohibido completo. Entre las diversas frases que se encuentran en las publicaciones de Newbold, hay una que excita particularmente la imaginación. Es Roger Bacon quien habla: «He visto, en un espejo cóncavo, una estrella en forma de caracol. Se encontraba entre el ombligo de Pegaso, el busto de Andrómeda y la cabeza de Casiopea.»

Es exactamente allí donde se descubrió la gran nebulosa de Andrómeda, primera nebulosa extragaláctica que fue identificada. Esto fue anunciado después de la publicación de Newbold, el cual, por consiguiente, no pudo ser influido, en su interpretación del texto, por un hecho que aún no había sido revelado.

Otras frases de Newbold aluden al «secreto de las estrellas nuevas».

Si el manuscrito de Voynich contiene realmente los secretos de las novae y de los quasars, es preferible que no sea descifrado, pues una fuente de energía superior a la bomba de hidrógeno y lo bastante sencilla de manejar como para que un hombre del siglo XIII pudiese comprenderla, constituye precisamente la clase de secreto que no hace ninguna falta a nuestra civilización. Si sobrevivimos, a duras penas, es porque se ha conseguido dominar, o poco menos, la bomba H. Si es posible liberar energías superiores, es mejor que no lo sepamos, al menos por ahora. En otro caso, nuestro planeta desaparecería muy pronto en la breve y resplandeciente llamarada de una supernova.

Entiendo, pues, que el descifrado del manus-

crito Voynich debería ir seguido de una censura seria, antes de ser publicado. Pero, ¿quién ejercería esta censura? Como dice el proverbio latino, ¿quién guardará a los guardianes? Me pregunto si se habrá mostrado alguna vez una fotocopia del manuscrito Voynich a un gran intuitivo del tipo de Edgar Cayce, que habría podido traducirlo sin someterse a los laboriosos procedimientos del descifrado. Habría bastado con que encontrase la clave, y los ordenadores hubieran hecho lo demás. Se puede encontrar una fotografía de una página del manuscrito Voynich en la página 855 del libro ya citado de David Kahn, edición inglesa de «Weidenfeld y Nicholson». Naturalmente, nada puede deducirse de ella. Pero llama la atención el número de repeticiones. Repeticiones que, digámoslo de paso, fueron observadas por numerosos especialistas en criptografía, que sacaron de ellas conclusiones contradictorias.

Pero el simple hecho de que se puedan encontrar estas fotografías representa ya un considerable fracaso para los «Hombres de Negro». Y sería de desear que quienquiera que poseyese un documento de esta clase lo difundiese lo más posible por medio de la fotografía, a fin de evitar su destrucción. Si la francmasonería europea hubiese tomado esta precaución antes de la guerra de 1939-1945, ciertos documentos únicos no habrían sido destruidos. Esta destrucción de documentos masónicos fue realizada por comandos especiales. Cada uno de estos comandos estaba dirigido por un nazi, ayudado por franceses, belgas u otros ciudadanos del país en que se realizaba la destrucción. Estos comandos estaban notablemente bien informados. Hay que observar que los franceses que participaron en esto gozaron de una inmunidad muy extraña durante la depuración que siguió a la liberación de 1944. Inmunidad, desde luego, muy singular, puesto que sólo se aplicó a esta clase de colaboracionistas. Mientras otros, puramente intelectuales, como el

poeta Robert Brasillach, fueron duramente castigados, los especialistas de la acción antimasónica no sufrieron el menor ataque.

Volviendo al manuscrito Voynich, tengo buenas razones para creer que se destruyó una versión en lenguaje normal. En efecto, Roger Bacon tenía en su poder un documento que, según él, había pertenecido al rey Salomón, y que contenía las claves de los grandes misterios. Este libro, compuesto de rollos de pergamino, fue quemado en 1350 por orden del Papa Inocencio VI. Esto se justificó diciendo que el documento contenía un método para invocar a los demonios.

Si sustituimos demonio por ángel, y ángel por extraterrestre, podremos comprender muy bien los motivos de esta destrucción.

Pero ahora sabemos que estaba oculto en una abadía, y que, sólo cuando esta abadía fue saqueada por el duque de Northumberland, reapareció el manuscrito y fue puesto en conocimiento de John Dee. Según ciertas notas de Roger Bacon, el documento que tenía en su poder y que procedía de Salomón no estaba escrito en clave, sino, simplemente, en hebreo. Roger Bacon observa, a este respecto, que el documento se refería más a la filosofía natural que a la magia.

Bacon dice también: «El que escribe sobre cosas secretas de manera que no se oculten al vulgo es un loco peligroso.» Esto lo escribió, aproximadamente, en 1250. A continuación, explica el método de escritura secreta que requiere, en particular, el invento de letras que no existen en ningún alfabeto. Probablemente lo empleó para la traducción en clave del que podríamos llamar documento Salomón, pero que es más cómodo denominar manuscrito Voynich.

El lenguaje básico de este manuscrito es, probablemente, la misma lengua enoquiana que tenía que aprender John Dee a través de su espejo negro y de la que se hablará mucho

en el capítulo siguiente, a propósito de la Orden de la Golden Dawn.

Rastros de este libro se encontraban ya en Flavio Josefo. No hay que confundirlo con la *Pequeña Llave de Salomón*, ni con el *Testamento de Salomón*, ni con el *Lemegetón*. Todas estas compilaciones datan, como máximo, del siglo XVI, y algunas del XVIII.

Por lo demás, la mayoría de ellas carecen por completo de interés y nos dan, simplemente, listas de demonios.

El «libro de Salomón», que perteneció a Roger Bacon y fue quemado en 1350, era en verdad algo muy distinto. Fue probablemente esta obra, así como cierto número de otras «fuentes insospechadas y prohibidas», como decía Lovecraft, las que tradujo Roger Bacon a una lengua desconocida, poniéndolas después en clave. El desdichado Newbold, quizás amenazado y aterrorizado, tuvo que inventar métodos de descifrado y, sobre todo, mantener la ficción de que el texto estaba en latín, cuando sin duda no estaba en latín, sino en lengua enoquiana.

¿Cómo consiguió Bacon hacerse con este documento? De momento, sólo podemos presumirlo e imaginar que los «Hombres de Negro» no constituyen un grupo monolítico, sino que entre ellos hay algunos que quieren descubrir los secretos y lo consiguen, al menos en parte. Podemos imaginar también que estos «Hombres de Negro» son una organización terrestre muy localizada, ayudada en ocasiones por seres extraterrestres a título experimental. A propósito de esto, quisiera llamar la atención sobre el caso de Giordano Bruno.

Los racionalistas hicieron suyo este mártir y lo convirtieron en un hombre de ciencia, víctima de las tendencias más reaccionarias de la Iglesia. Nada más falso. Giordano Bruno era, sobre todo, un mago, que amaba y practicaba apasionadamente la magia. Compara ésta con una espada que, en manos de un hombre experto, puede hacer milagros, e insiste en el papel representado por las matemáticas en la magia. Para él, la existencia de los otros planetas y la rotación de la Tierra alrededor del Sol constituye una parte secundaria de su obra, compuesta de sesenta y un libros, en su mayor parte mágicos. La existencia de otros planetas habitados es, para él, parte de la magia. Y precisamente porque sabe demasiado a este respecto es atraído a Venecia por un agente de la Inquisición, llamado Giovanno Mocenigo, y entregado por éste a sus dueños.

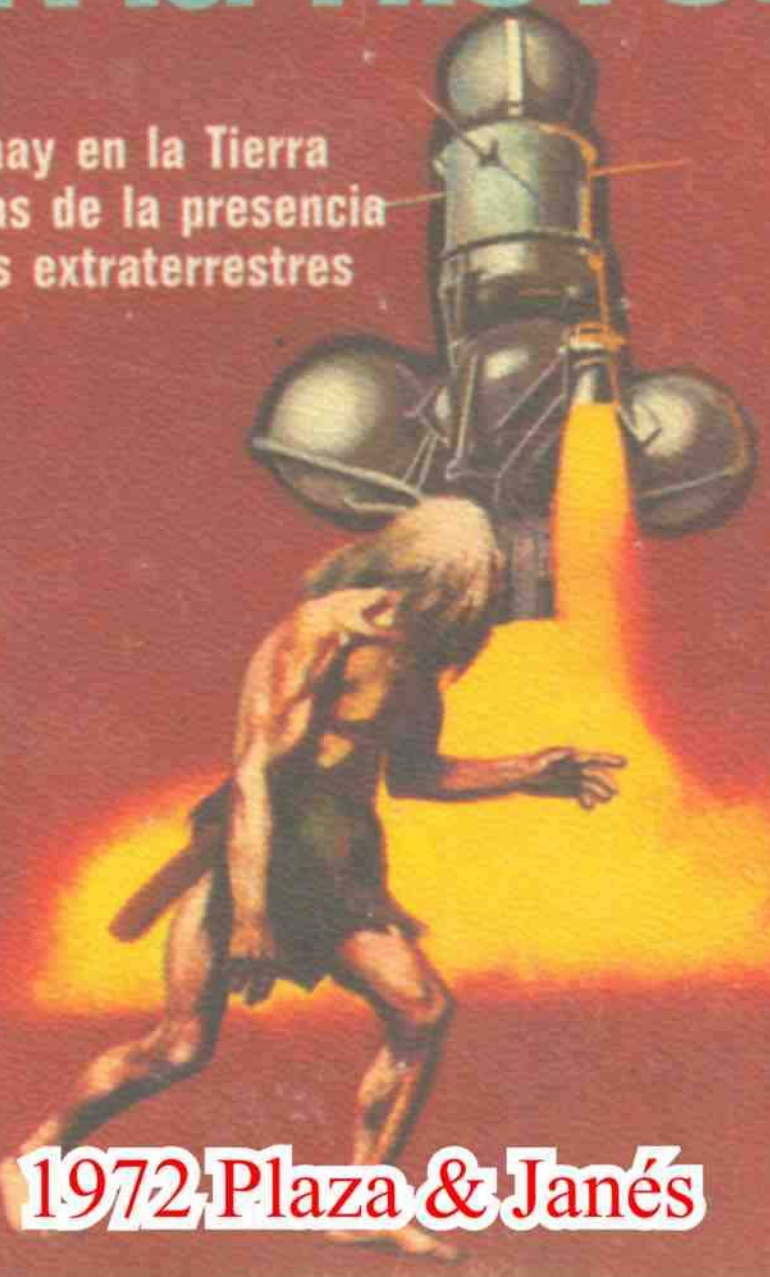
Porque creía en la magia y en habitantes de planetas distintos de la Tierra Giordano Bruno fue declarado hereje contumaz y quemado en Roma, en el Campo dei Fiori, el 17 de febrero de 1600. Vivió en Inglaterra desde 1583 hasta 1585, y es posible que conociese los trabajos de John Dee y el manuscrito Voynich. Por lo que sabemos de Giordano Bruno, era un hombre confiado e imprudente. Por lo visto, habló demasiado.

REALISMO FANTASTICO

Jacques Bergier

los extraterrestres en la HISTORIA

Aún hay en la Tierra huellas de la presencia de los extraterrestres



1972 Plaza & Janés

seguida en Inglaterra como en el resto de Europa, y que los supervivientes de la Orden debieron fundar la masonería inglesa, y que tradiciones de la Orden fueron llevadas por ellos a esa fundación, que se sitúa hacia 1600. Muchos masones sinceros creen en esta tradición, pero nada he encontrado que la confirme plenamente. Poseemos documentos auténticos que nos prueban que las logias masónicas existían en Escocia en 1599. No existe nada anterior. Que se hallen relaciones entre los masones y los «seres de la luz», venidos par enseñar, parece cosa cierta. Pero no se sostiene que de ello pueda deducirse que la masonería continúa la tradición de los «guardianes del cielo».

Esta tradición se relaciona con apariciones precisas, humanamente incontrolables, y que determinan una fase concreta de la serie de intervenciones hipotéticas que estudiamos en este libro. Para un hombre de la Edad Media, cristiano, musulmán o judío, resultaba tan natural conversar con un ser de luz como recibir la visita de un viajero llegado de tierras lejanas. Si tales criaturas inspiran curiosidad y, a veces, codicia hacia los conocimientos que poseen, nunca inspiran miedo u horror. A partir de cierto nivel de cultura, parece que un cristiano, un musulmán o un judío hayan creído con toda naturalidad en la existencia de un Centro donde la alta sabiduría estaba conservada y desde donde los visitantes llegaban hasta ellos. Por este motivo, por ejemplo, la visita de los embajadores procedentes del reino del

Preste Juan provocó curiosidad, pero no sorpresa.

En nuestros días, ciertos eruditos del Islam creen aún en la existencia de estos Centros, pero casi nadie cree en ellos en Europa o en América. Por el contrario, en la Edad Media, la existencia de este Centro y de un Rey del mundo que gobernaba desde allí era corrientemente admitida, y se consideraba muy natural que este rey enviase mensajeros. (Véase *Bêtes, hommes et dieux*, de F. Ossendowski.) Tan natural como resulta para los primitivos, hoy, ver posarse aviones, procedentes de los Estados Unidos o del Japón, en Tierras de Nueva Guinea o América del Sur, donde no existe contacto con una civilización adelantada. Los habitantes de estas regiones saben que existe uno o varios centros de civilización más evolucionada que la suya. Pero tienen de esto unas ideas muy vagas, aunque tales visitas hayan dado origen a las que llamamos religiones o «cultos de cargo».

De la época de los demonios luminosos nos queda un manuscrito que acaso pudiera revelarnos sus secretos, si supiéramos descifrarlo. Se trata del famoso manuscrito Voynich.

Unas breves palabras antes de hablar de este manuscrito. La criptografía, arte de confeccionar mensajes secretos, se desarrolló paralelamente a la alquimia y al esoterismo. Para no poner más que dos ejemplos, diremos que Tritemo y Blaise de Vigenère fueron a la vez dos grandes alquimistas, dos grandes brujos y pio-

neros de la criptografía. Si gracias a ellos la criptografía progresó hasta convertirse en una ciencia exacta, el arte de la descripción criptográfica, es decir, el arte de hallar el sentido de un mensaje sin conocer el código o las cifras, ha progresado mucho menos. Cierto que los grandes ordenadores facilitan el trabajo, pero no lo hacen por sí mismos. Un gran descifrador trabaja gracias a algo parecido a una percepción extrasensorial, que le hace aparecer la infomación a través de un caos de letras y de cifras.

Testimonio de ello es la siguiente anécdota vivida por mí. Uno de los grandes descifradores criptográficos franceses, del que no puedo citar el nombre, estaba asediado por un sacerdote que pretendía haber descubierto un método de cifraje invulnerable a cualquier intento de descripción criptográfica. Finalmente, el descifrador consintió en recibirlo. Yo asistí a la entrevista. El sacerdote se sentó y tendió a mi amigo una hoja de papel cubierta de grupos de cinco letras. El descifrador lanzó sobre el papel una simple ojeada de no más de cinco segundos, y dijo:

—Señor cura, el texto puesto en claro de vuestro mensaje es: *Dos palomos se amaban con tierno amor*, de La Fontaine.

El cura se persignó y se marchó aterrorizado. Yo pregunté al descifrador:

—¿Cómo le fue posible?

Y me contestó:

—Yo mismo lo ignoro. Algo en la estructura

de este mensaje me ha recordado *Dos palomos se amaban con tierno amor.*

Si esta chispa de genio no brota, la descripción criptográfica no es posible. Una idea muy sencilla puede hacerlo indescifrable, porque el descifrador no piensa en ella. Por este motivo, la Gestapo no consiguió jamás, después de trabajar dos años en ello con los mejores especialistas, descifrar una serie de mensajes míos en los que empleé una frase clave en dos lenguas: *And if we con fix old Hitler's graft, das wird ja wirklich fabelhaft.* Lo que quiere decir por lo que a la frase inglesa se refiere: *Y si se puede conseguir la piel del viejo Hitler;* y a la frase alemana: *Sería realmente maravilloso.*

Ahora estamos en condiciones de afrontar los misterios del manuscrito Voynich. Este manuscrito puede ser suyo si se quiere usted gastar en él un millón cien mil francos fuertes. Contiene doscientas cuatro páginas; otras veintiocho se perdieron. No se puede descifrar una sola palabra. Entonces, ¿por qué este precio astronómico, por qué se le atribuye tanto interés?

Cuando el coleccionista de libros raros Wilfrid Voynich descubrió este manuscrito en 1912, había adquirido en el Colegio de jesuitas de Mondragone, en Frascati, Italia, documentos auténticos de la Compañía. Documentos sensacionales. Una carta de 19 de agosto de 1666, firmada por Johannes Marcus Marci, rector de la Universidad de Praga, encomendaba el manuscrito a la atención del padre Atanasio Kir-

cher, el más célebre criptógrafo de su tiempo. El rector Marci afirmaba que el manuscrito era de Roger Bacon, y que había sido ofrecido, hacia 1585, al emperador Rodolfo II por el alquimista y brujo John Dee, quien no consiguió descifrarlo, pero que estaba persuadido de que contenía los secretos más sensacionales. Voynich llevó el manuscrito a los Estados Unidos, donde los mejores descifradores, comprendidos los del Ejército americano, se lanzaron sobre él sin ningún éxito.

En 1919, Voynich entregó fotocopias del manuscrito al profesor William Romaine Newbold, gran criptógrafo que había prestado considerables servicios al Gobierno americano. El profesor de Filosofía, Newbold que tenía entonces cincuenta y cuatro años, era un hombre de una cultura prodigiosa. Se decía, en su tiempo, que era la única persona en el mundo que sabía dónde se encontraba el Santo Grial.

En abril de 1921, Newbold comunicó sus primeros resultados. Algo fantástico. Según los textos, Roger Bacon identificó la gran nebulosa de Andrómeda como una galaxia, conocía los cromosomas y su función, había construido un microscopio, un telescopio y muchos otros instrumentos. Esto causó sensación en el mundo entero, pero muchos otros descifradores no estaban de acuerdo con la solución de Newbold. Ésta, de todas maneras, era sólo parcial y no se refería más que a una cuarta parte del manuscrito. Parece incluso que, en un momento dado, el método clave del manuscrito cambia,

como ocurre con el ejemplo que antes di al pasar de la parte en inglés a la parte alemana de la frase.

Era preciso encontrar la totalidad de la solución. Newbold no alcanzó a conseguirlo antes de su muerte, ocurrida en 1926. Continuó su trabajo uno de sus colegas, Rolland Grubb Kent, quien publicó en 1928 algunos resultados, bien recibidos por ciertos historiadores, no tan bien por otros. La más importante objeción que se hizo a los descifres de Newbold fue que Roger Bacon no podía conocer en su época ni las nebulosas espirales ni la constitución del núcleo celular. Yo no estoy en absoluto de acuerdo con esta objeción: si Bacon mantuvo contactos con el exterior, muy bien pudo conseguir informaciones procedentes de su futuro e incluso de nuestro propio futuro.

En 1944, el coronel William F. Friedman, quien, durante la Segunda Guerra Mundial, había descifrado el código japonés, organizó un grupo multidisciplinario que comprendía matemáticos, historiadores, astrónomos y especialistas en criptografía. Este grupo utilizó máquinas muy perfeccionadas, pero no consiguió descifrar el manuscrito. No obstante, dio con la razón del fracaso: el manuscrito no está escrito en inglés o en latín, sino en una lengua artificial, inventada no se sabe por quién (las primeras lenguas artificiales datan del siglo XVII y son, por lo tanto, posteriores a Bacon), y que no se corresponde con ninguna lengua humana conocida. En estas condiciones, ¿cómo pudo

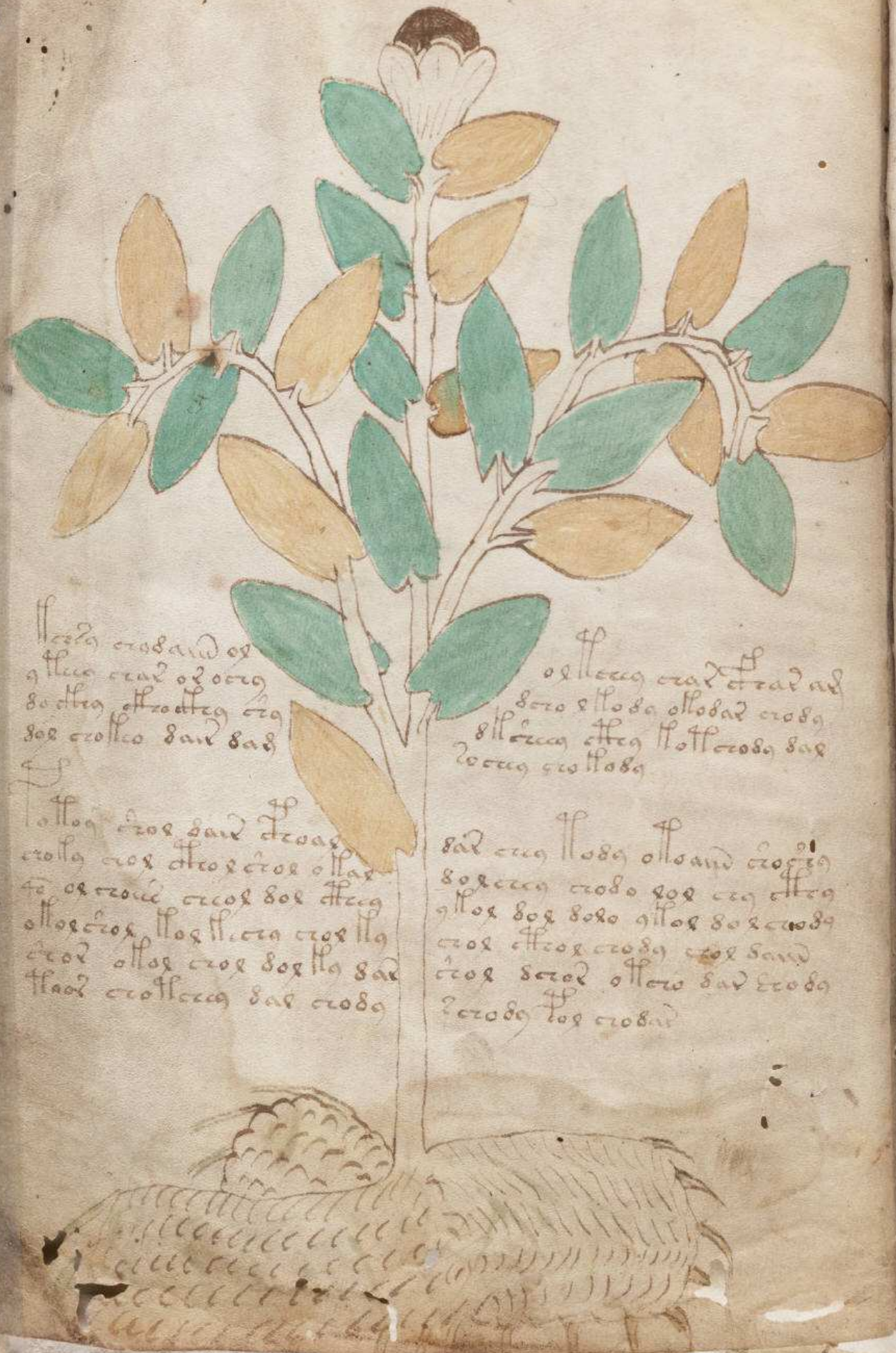
Newbold descifrar por lo menos una parte del manuscrito? Por una intuición genial, que le llevó al sentido a través del lenguaje artificial, pero que sólo tiene aplicación a esta parte del manuscrito. Las investigaciones continúan. Todo el mundo conviene en que este manuscrito tiene un sentido y que no se trata de un bromazo ni de una mixtificación.

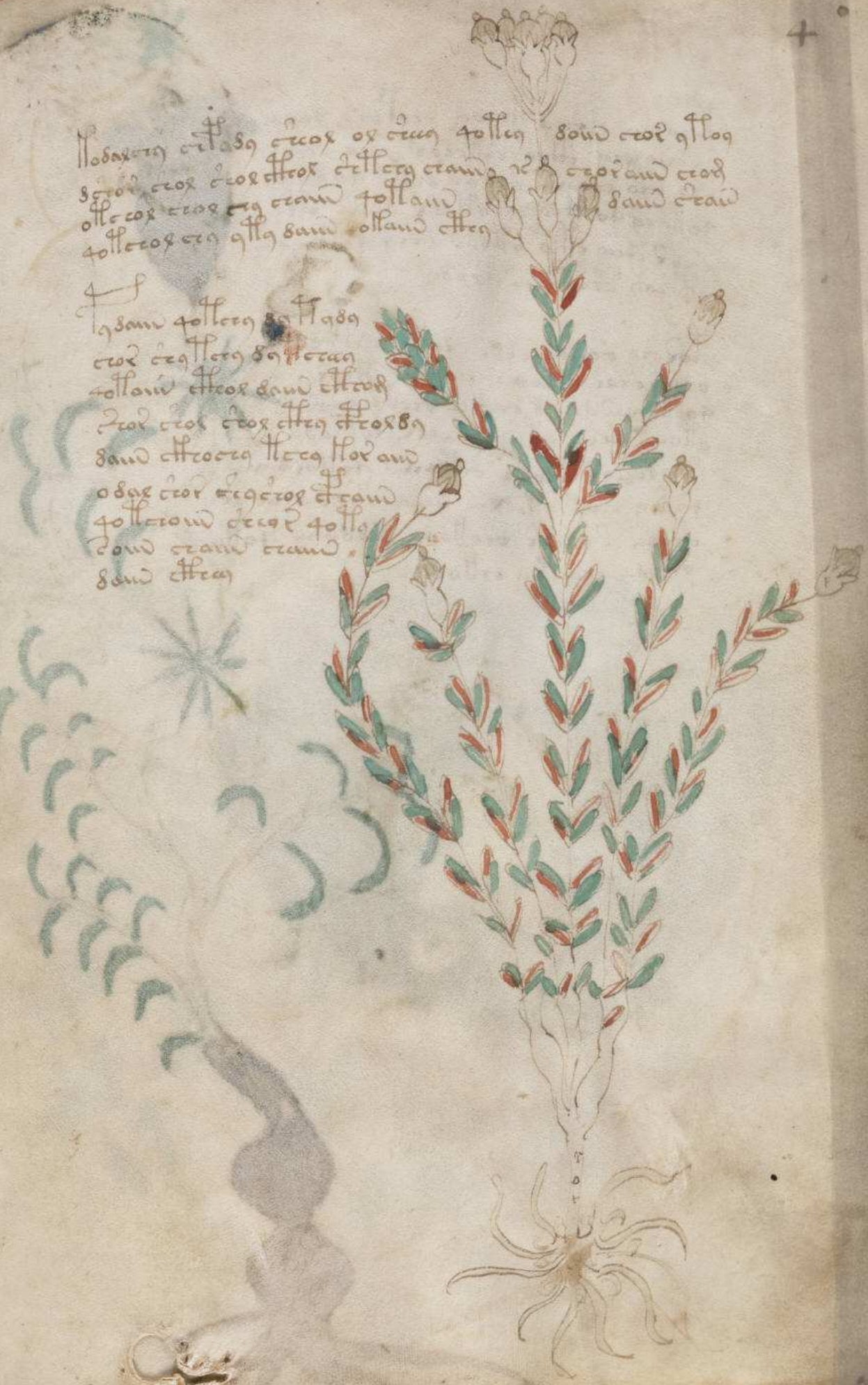
Vyonich murió en 1930, su esposa en 1960, y sus herederos vendieron el manuscrito a un librero de Nueva York, Hans P. Kraus, que pide hoy por el mismo un millón cien mil francos. Kraus declaró recientemente que esta cifra no era muy elevada y que, una vez descifrado, el manuscrito valdría varios millones de dólares.

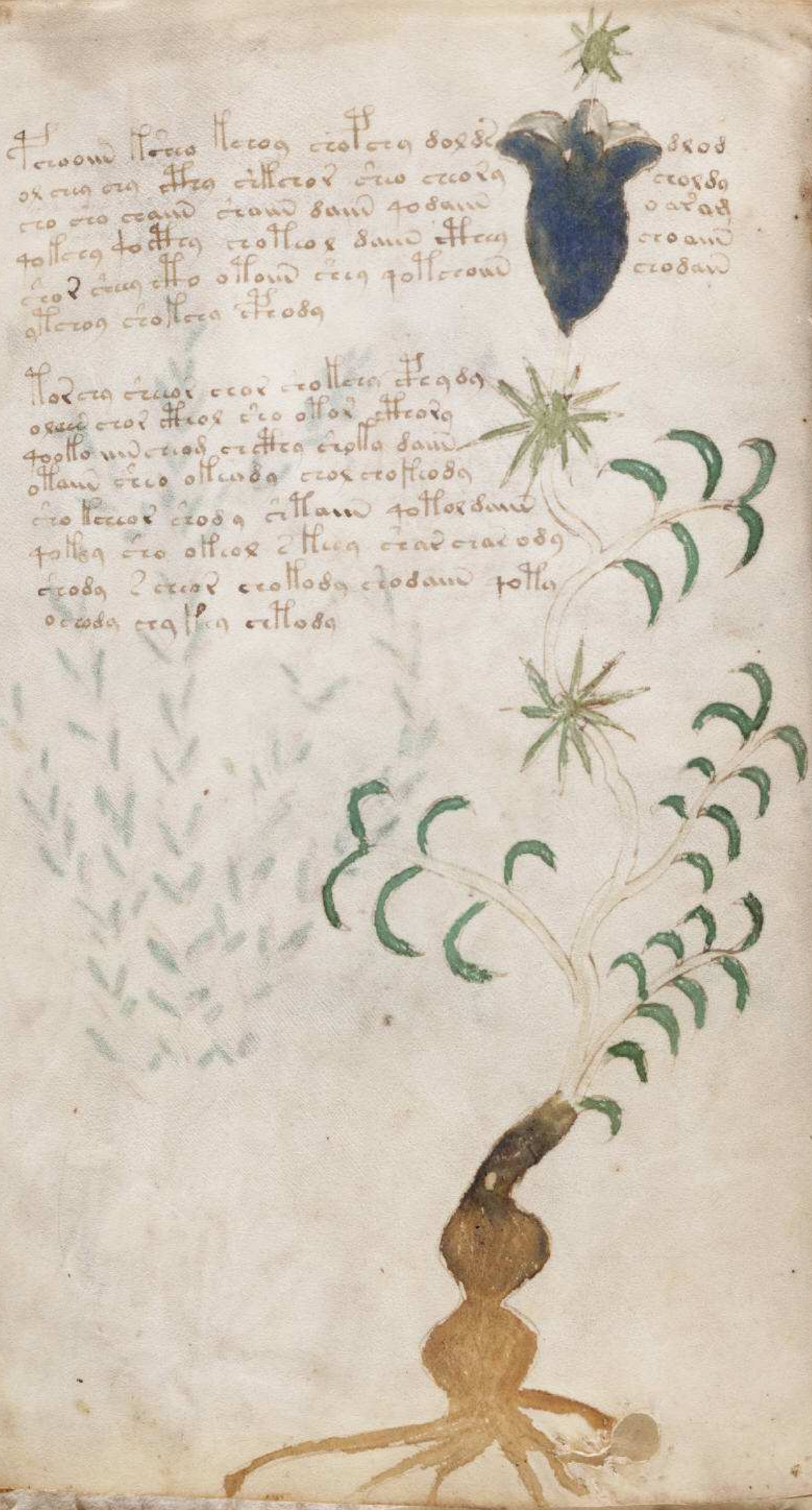
Desde luego, se han propuesto métodos de descifre basados en el «lenguaje de los demonios luminosos», según los describe John Dee con cierta precisión. Estas tentativas fracasaron. Uno de los objetivos de la INFO (Internacional Fortiana), que continúa la obra de Charles Fort, es el de descifrar el manuscrito Voynich. Hasta el momento, no se ha conseguido. El secreto de los demonios, y acaso otros más extraordinarios, aún se hallan en estas páginas llenas de una escritura medieval.

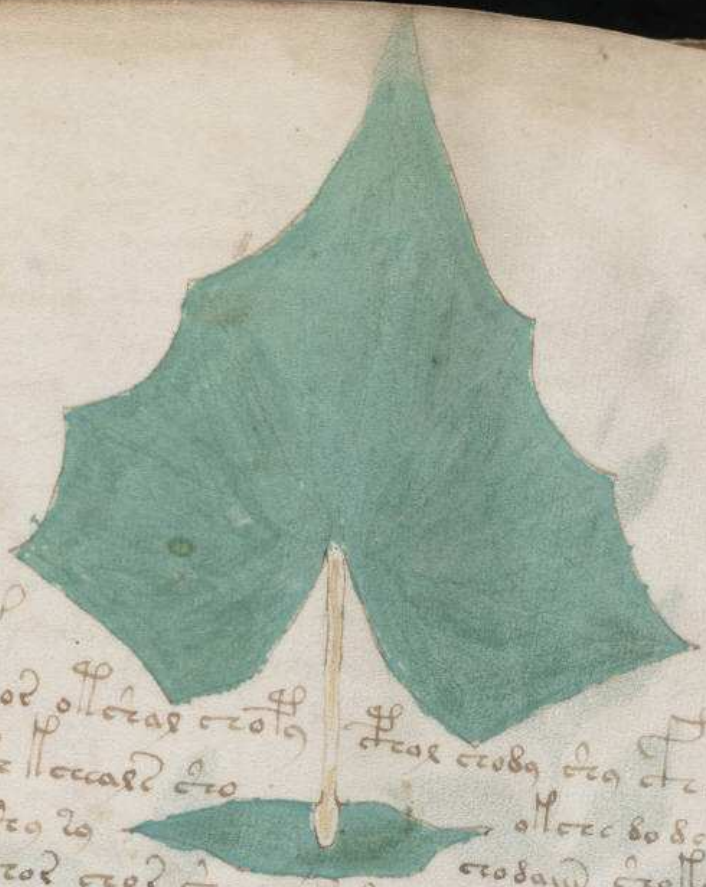
Terminemos con la siguiente nota, destinada a los amantes de lo fantástico: el escritor inglés Colin Wilson, llamado el «Camus inglés», se interesa muchísimo en los temas objeto de este libro y a propósito de ellos ha escrito ensayos tales como *La fuerza de soñar*, y novelas como *La piedra filosofal* y *La caja de vidrio*. Colin

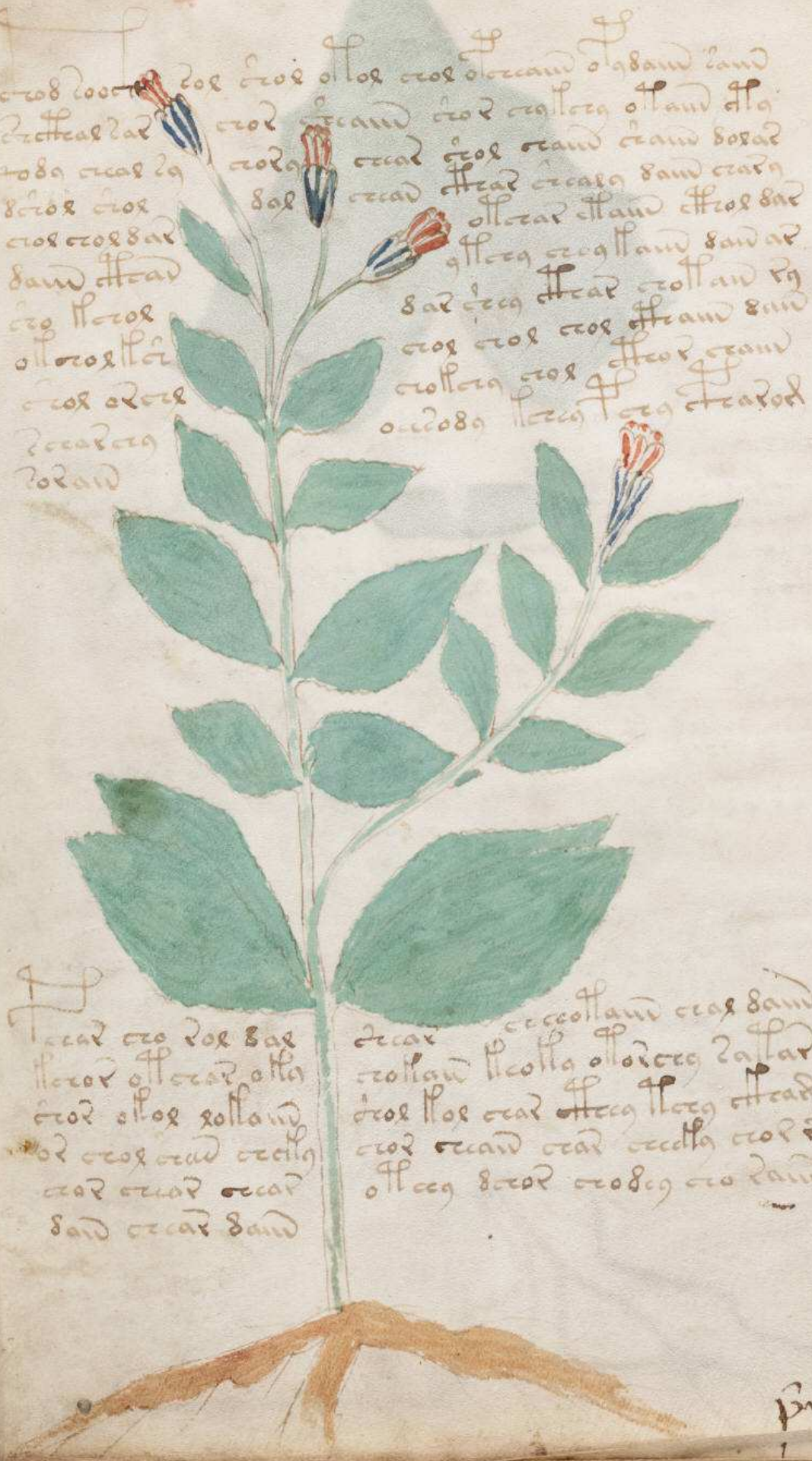
Wilson acaba de escribir un relato, *El regreso de los Lloigor*, en el que propone un desciframiento imaginario del manuscrito Voynich. El título del manuscrito así descifrado es el siguiente: *Necronomicon*.

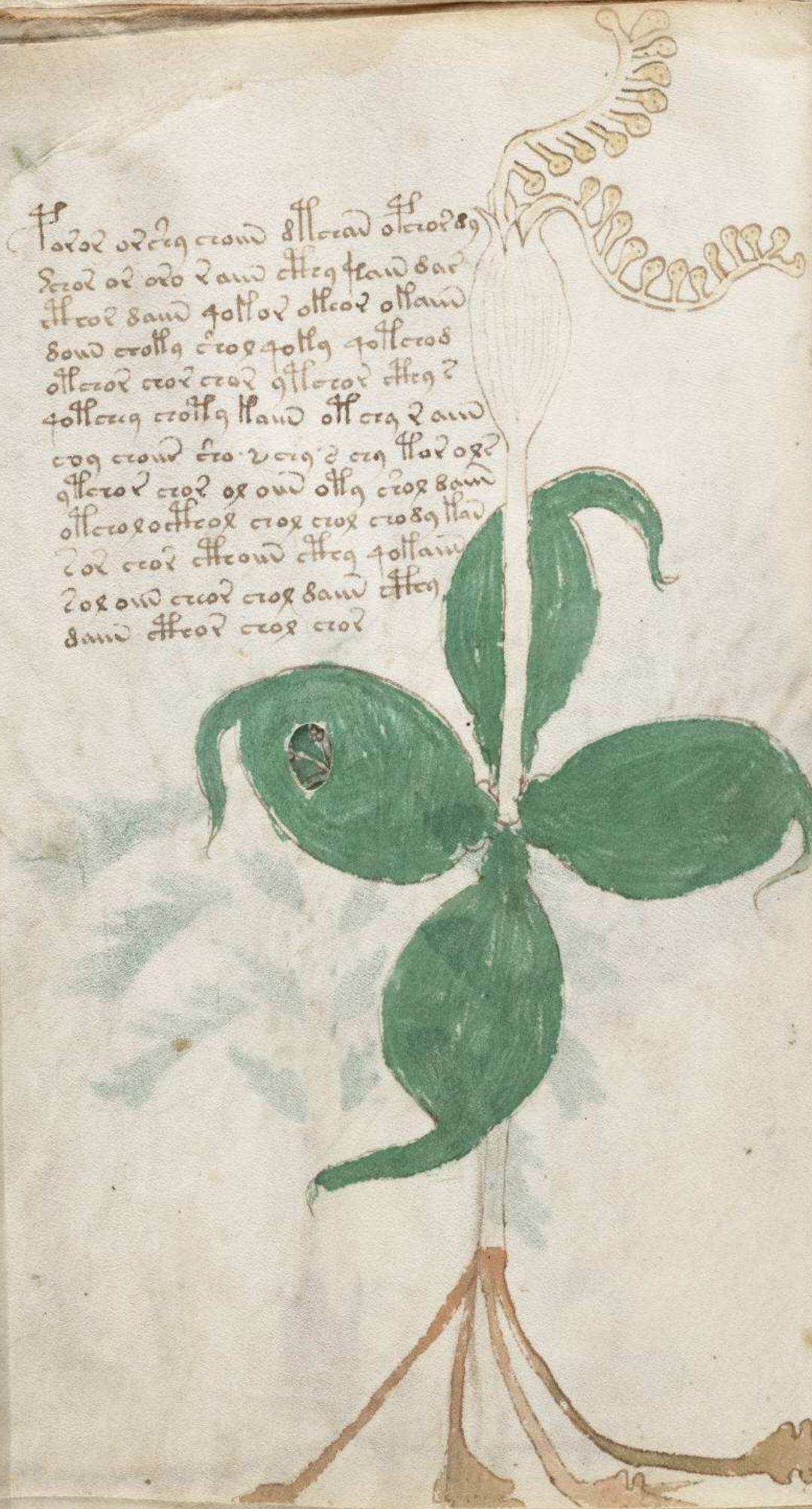


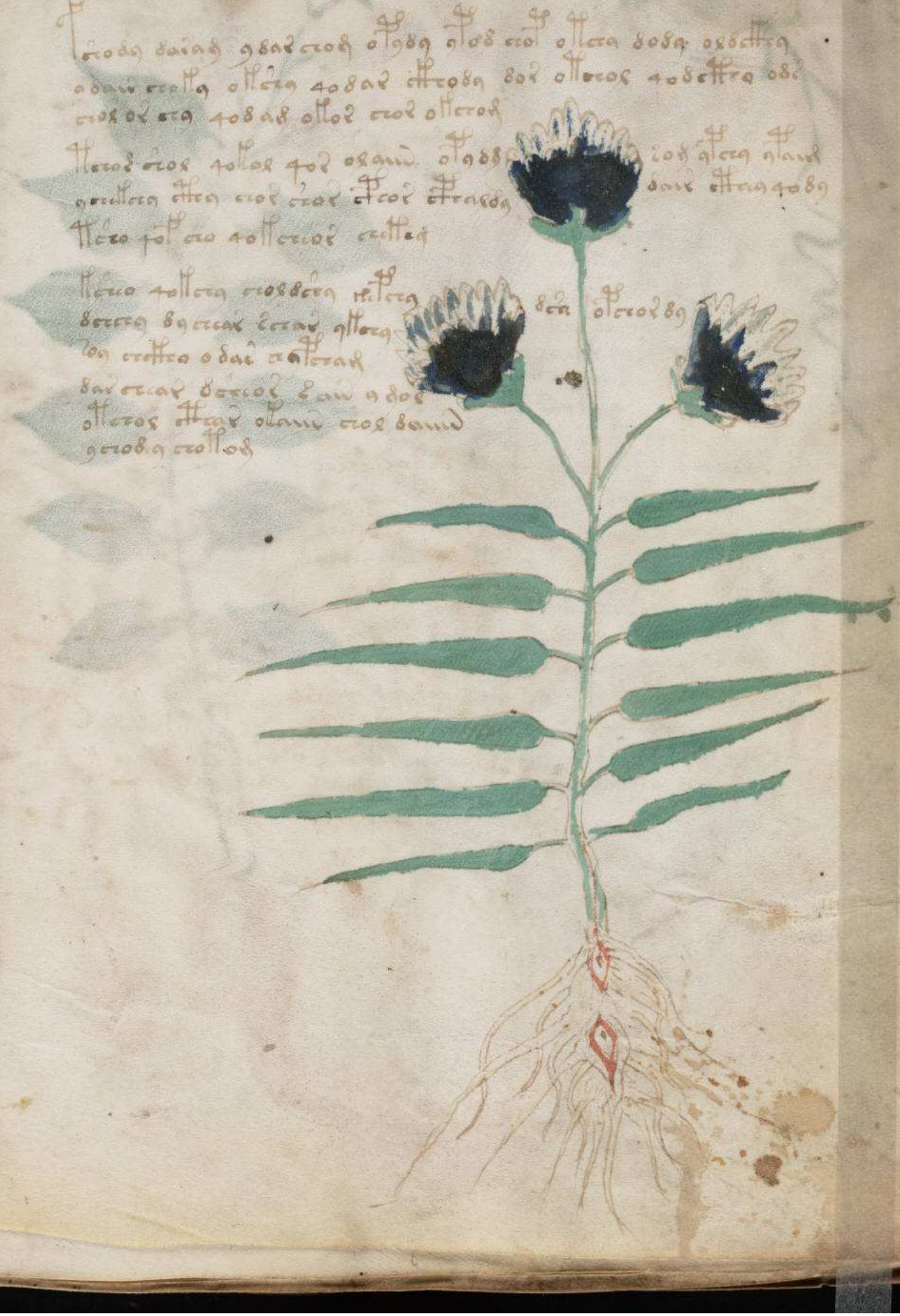


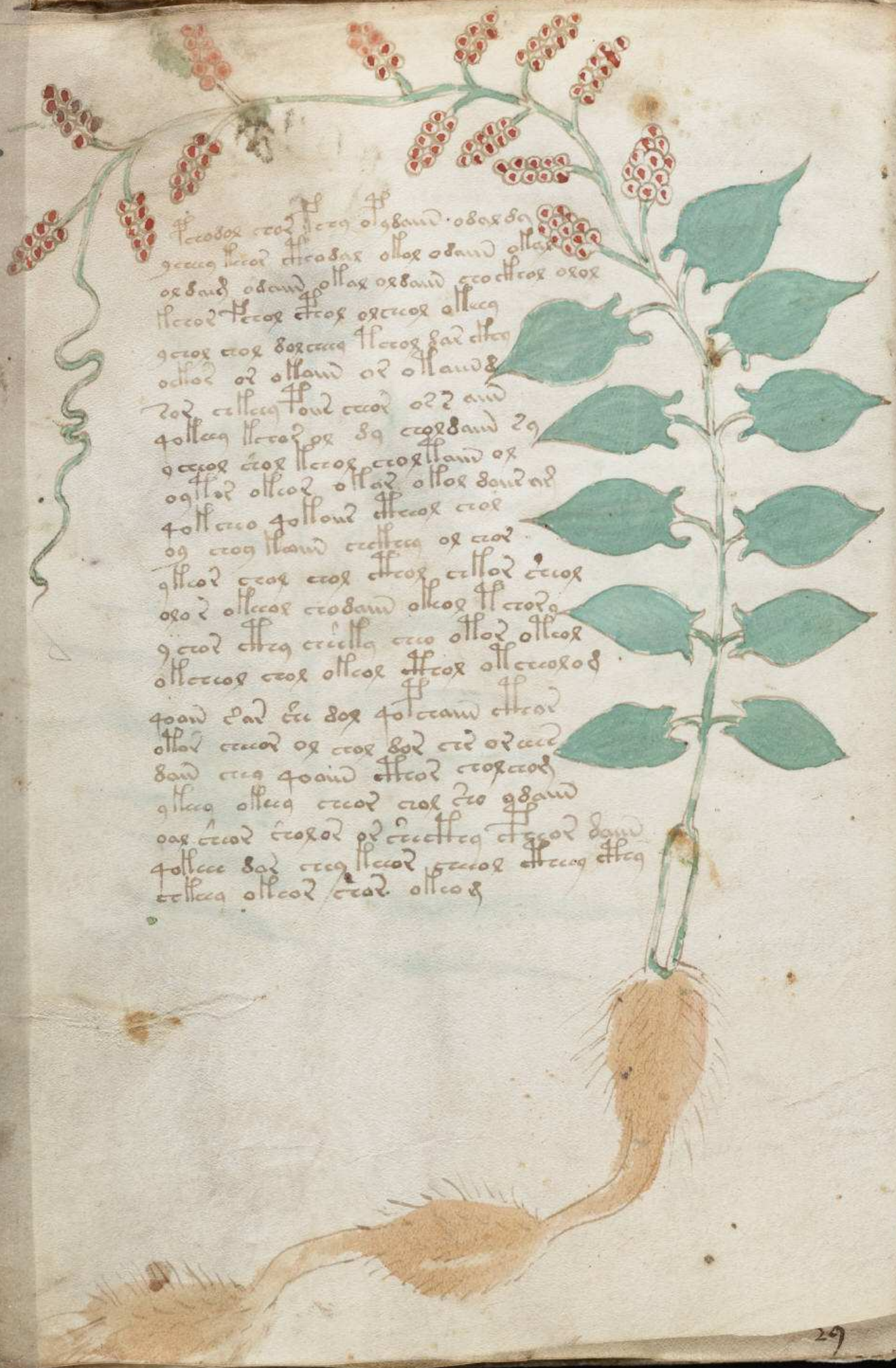


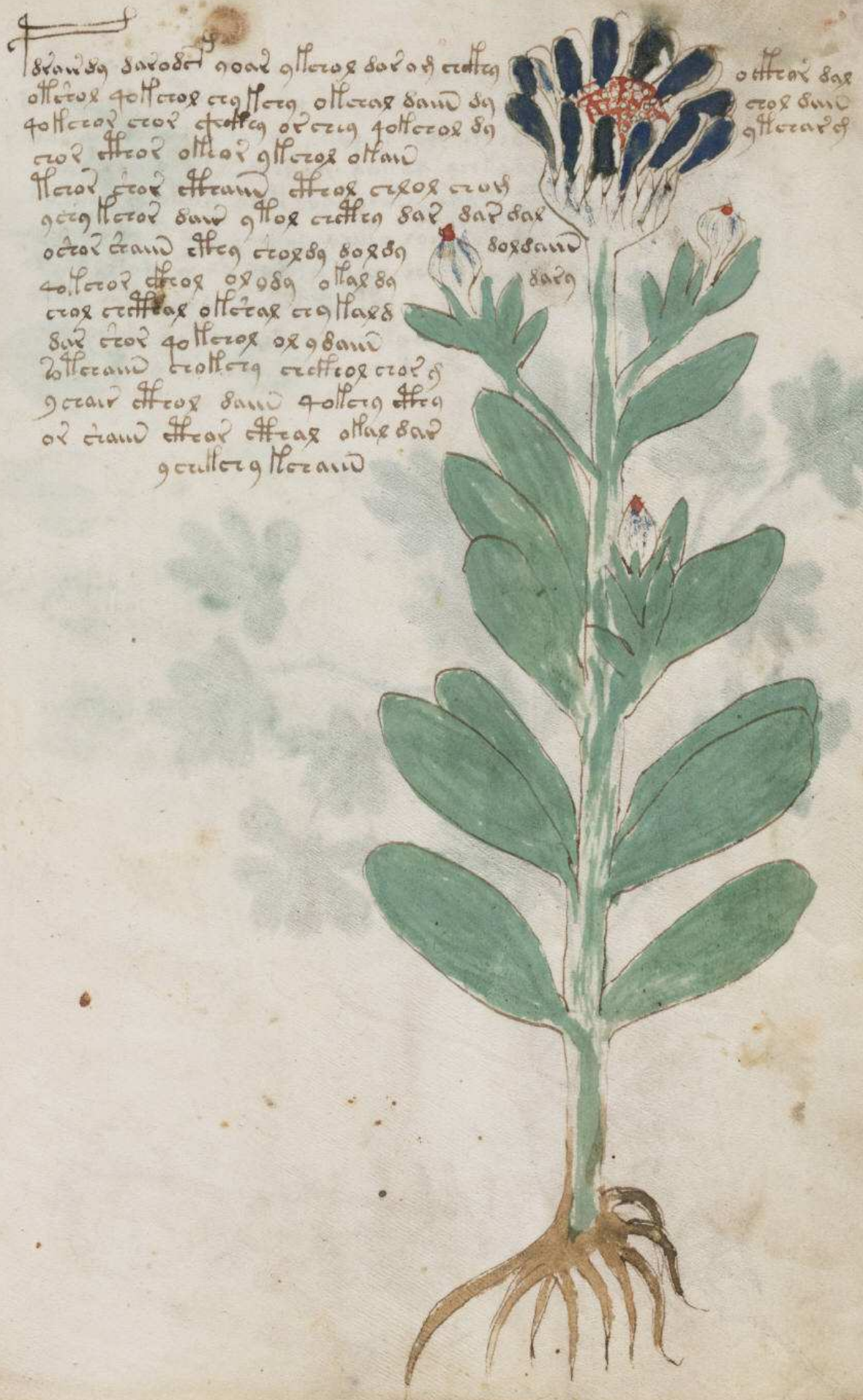


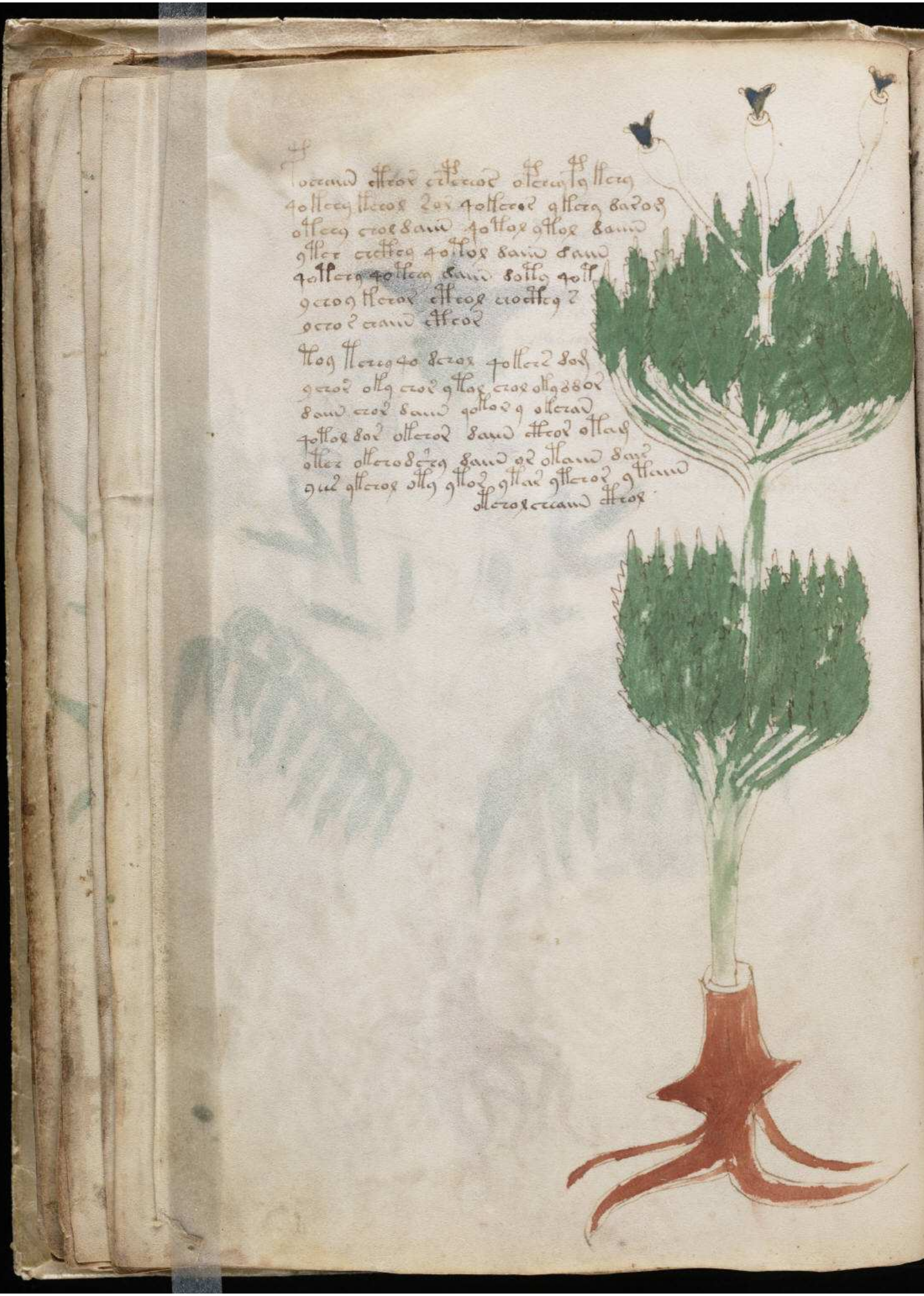


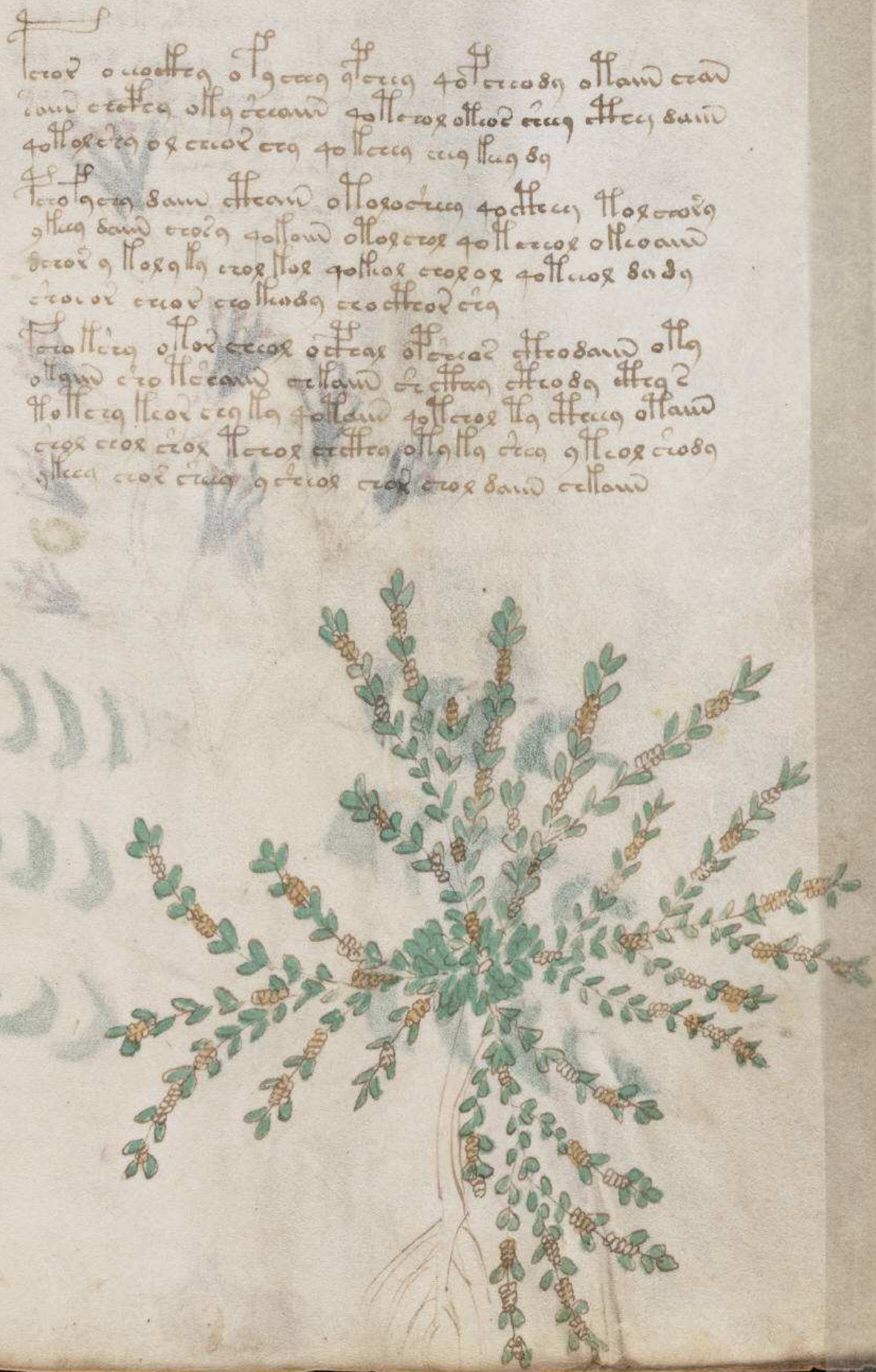


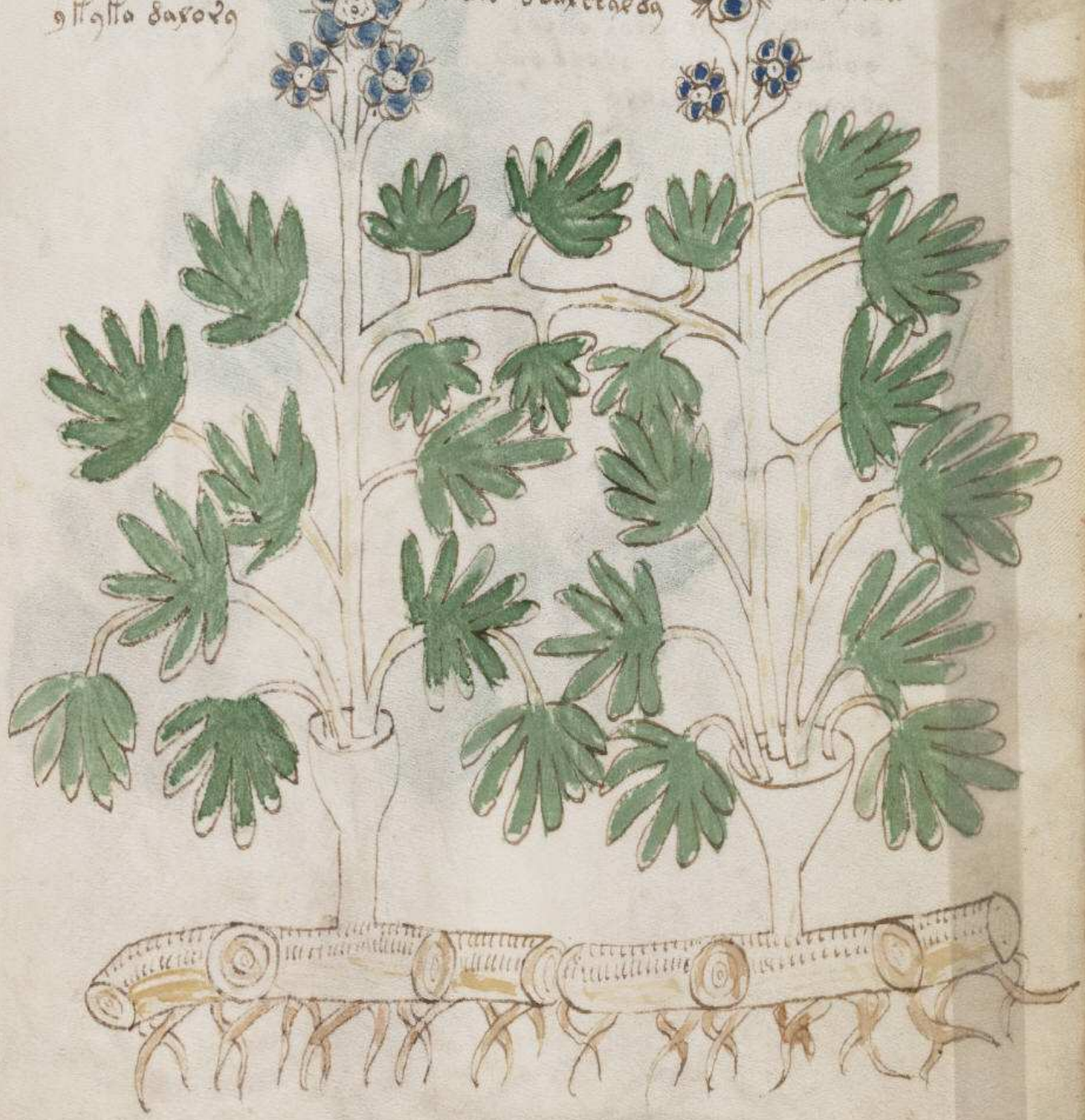


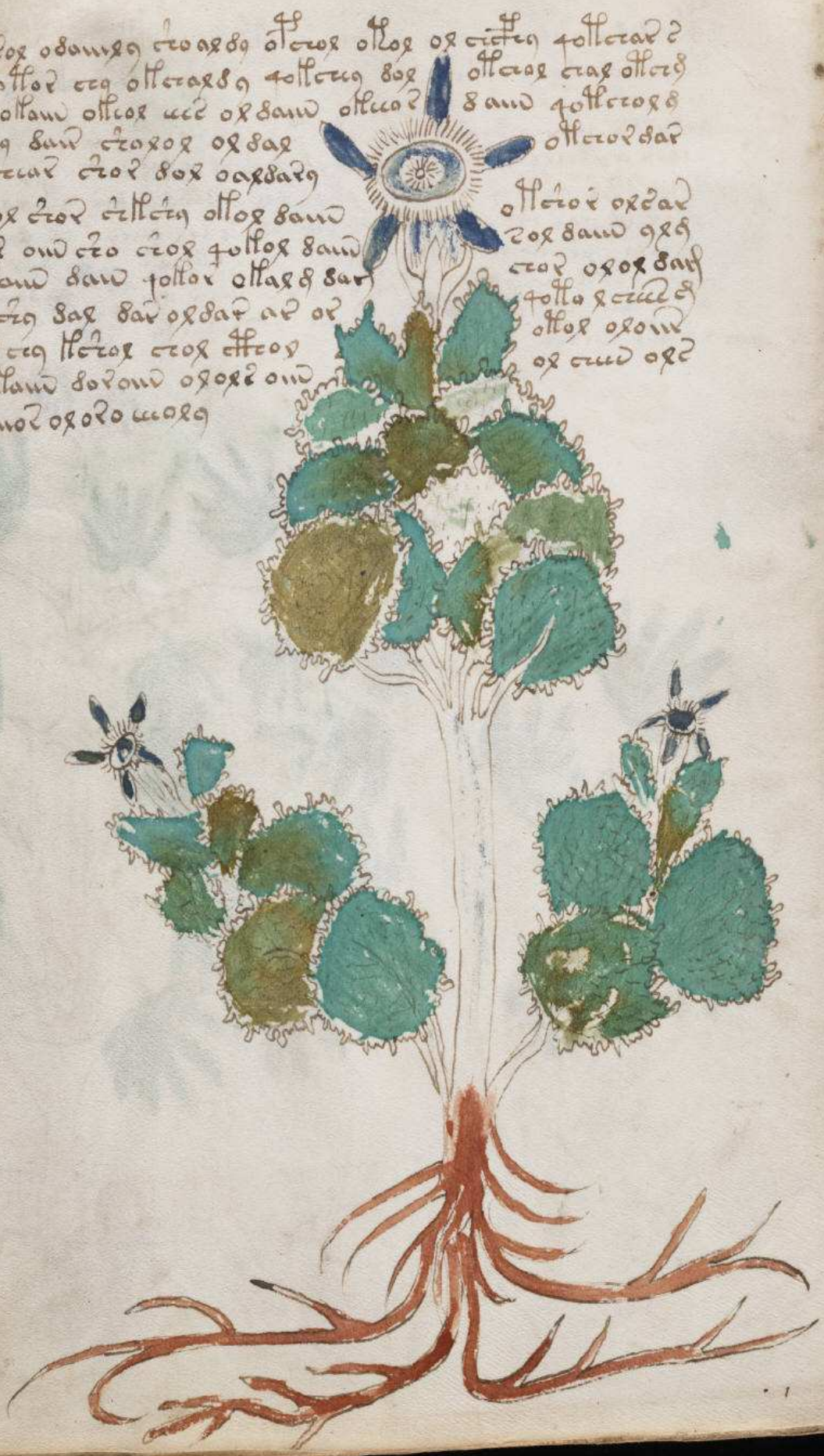


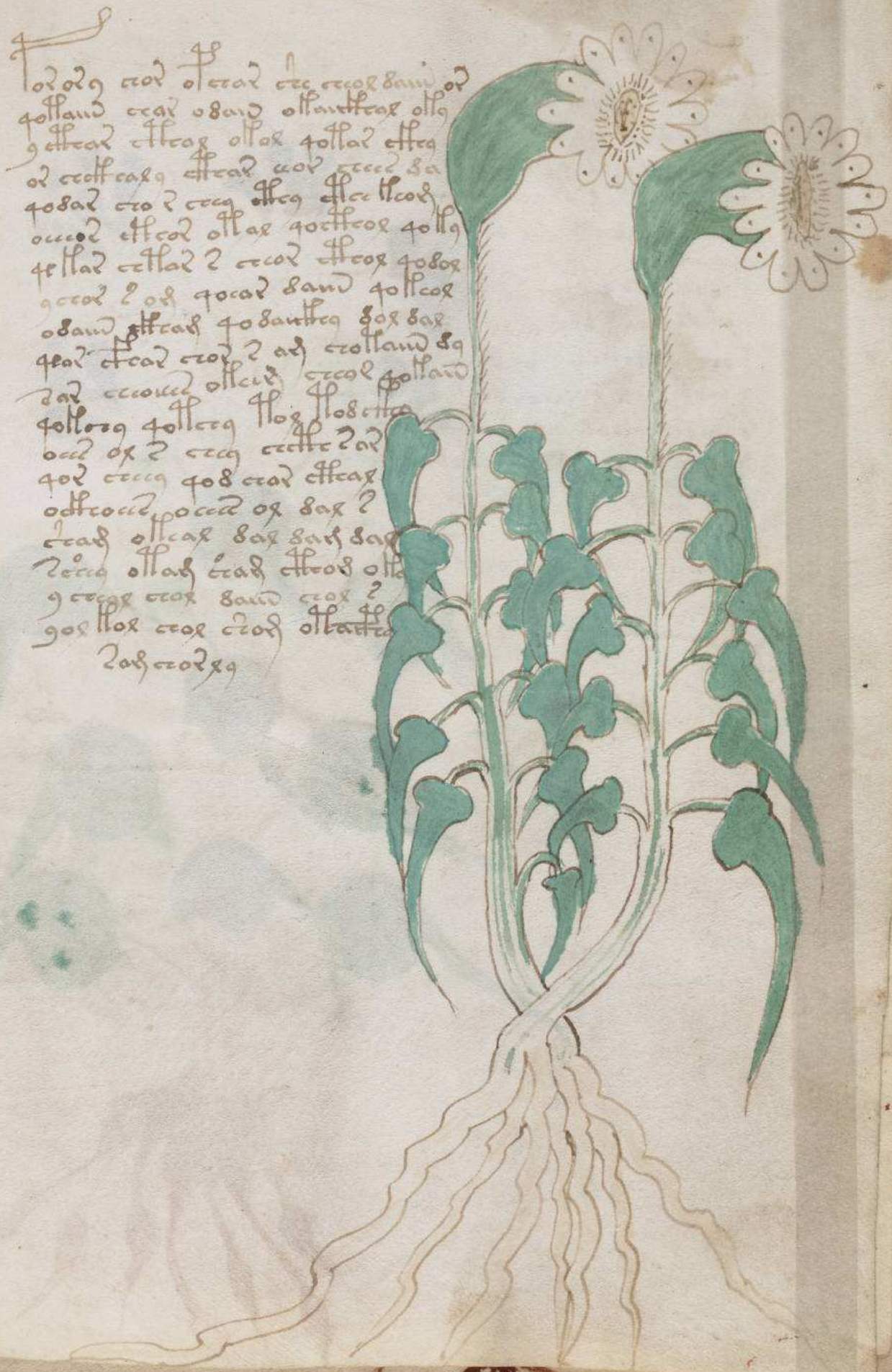


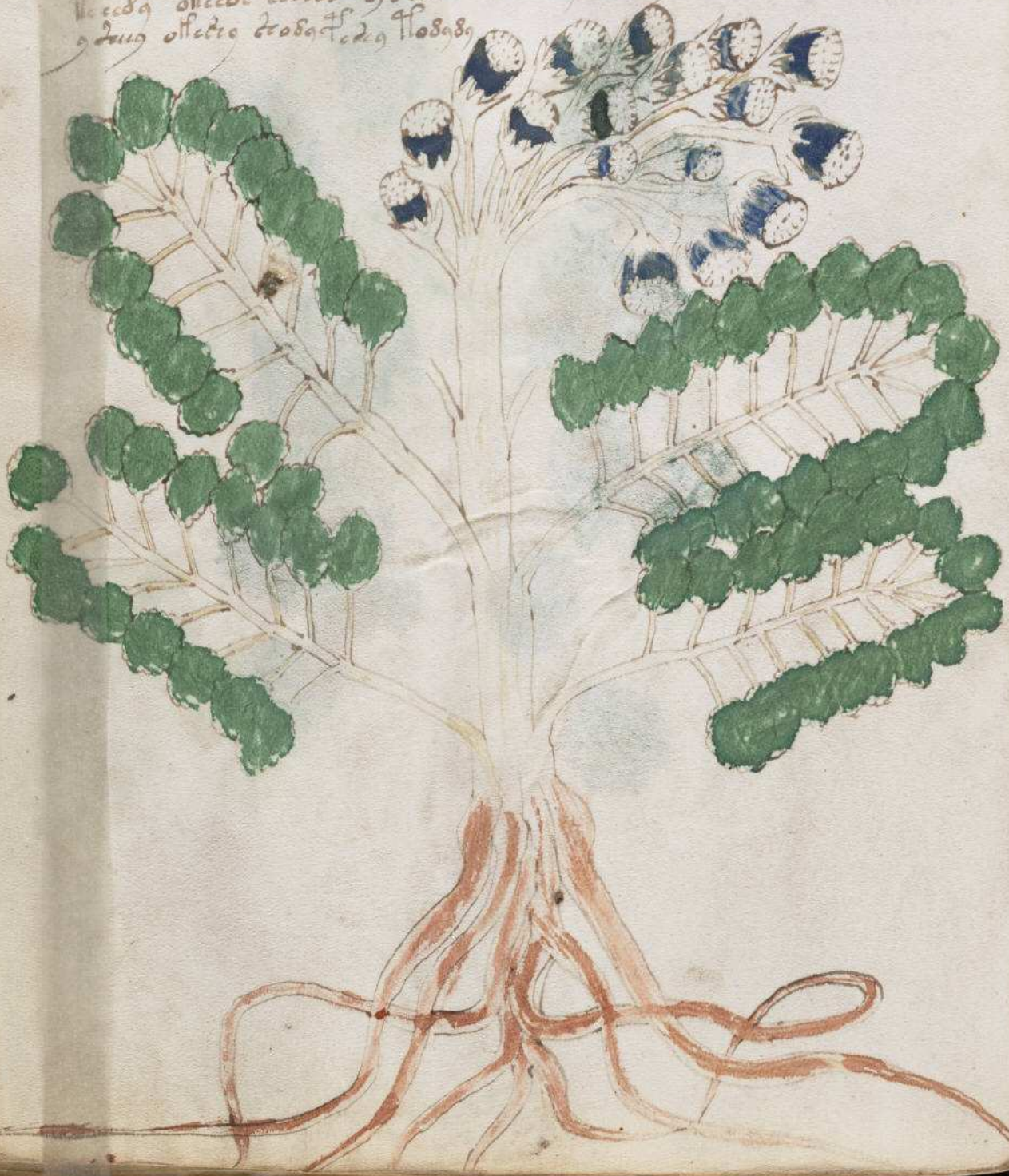


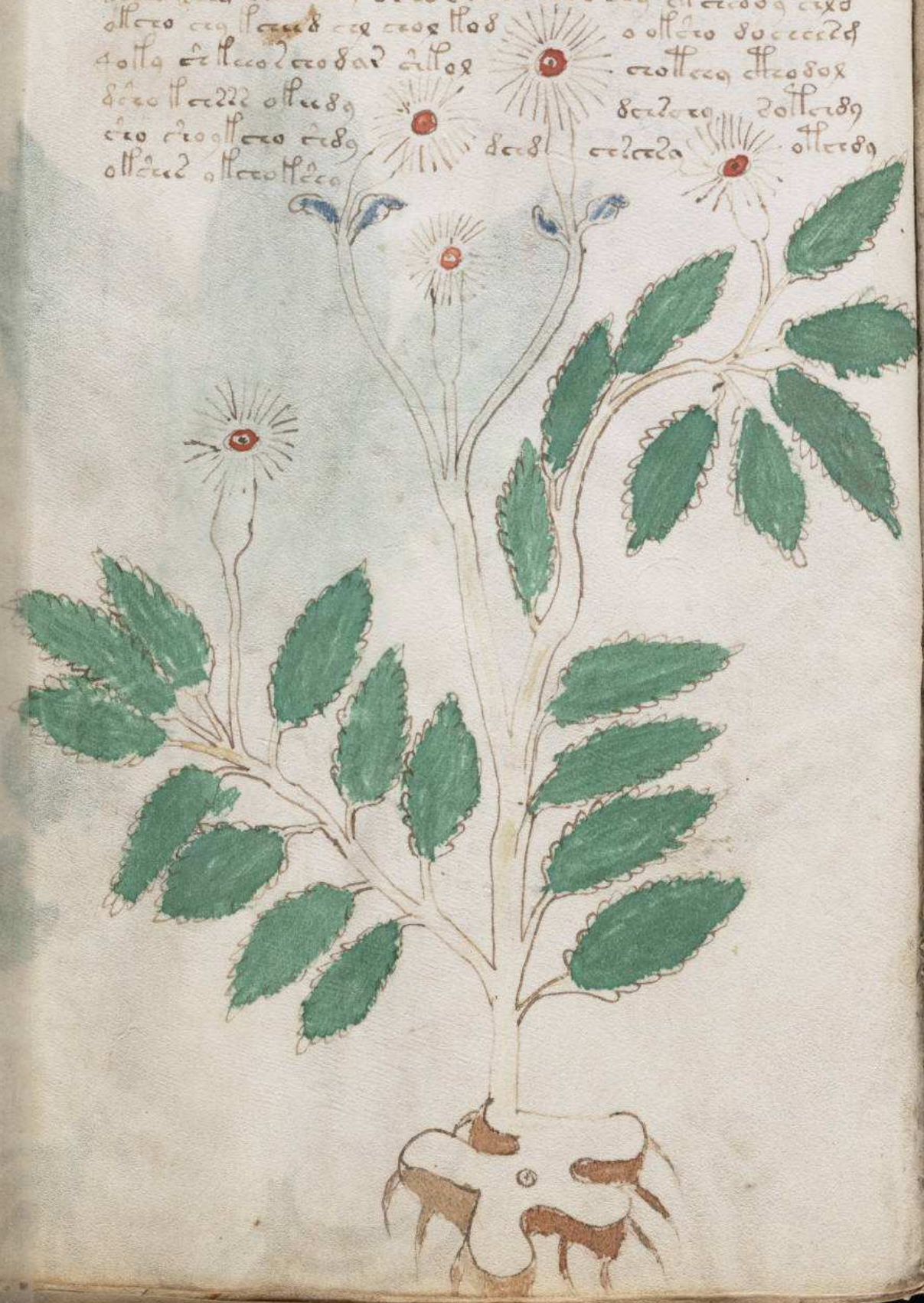


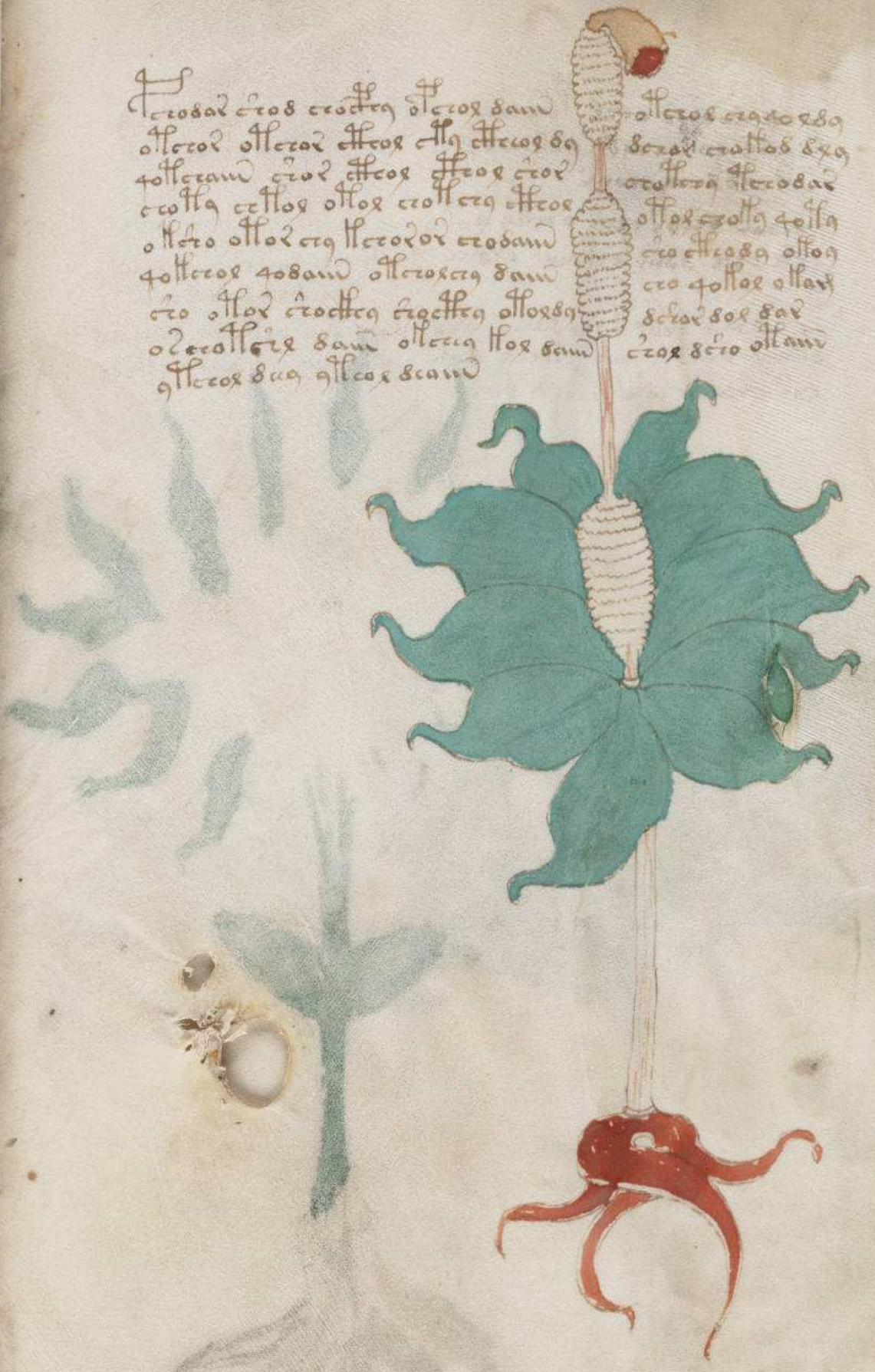


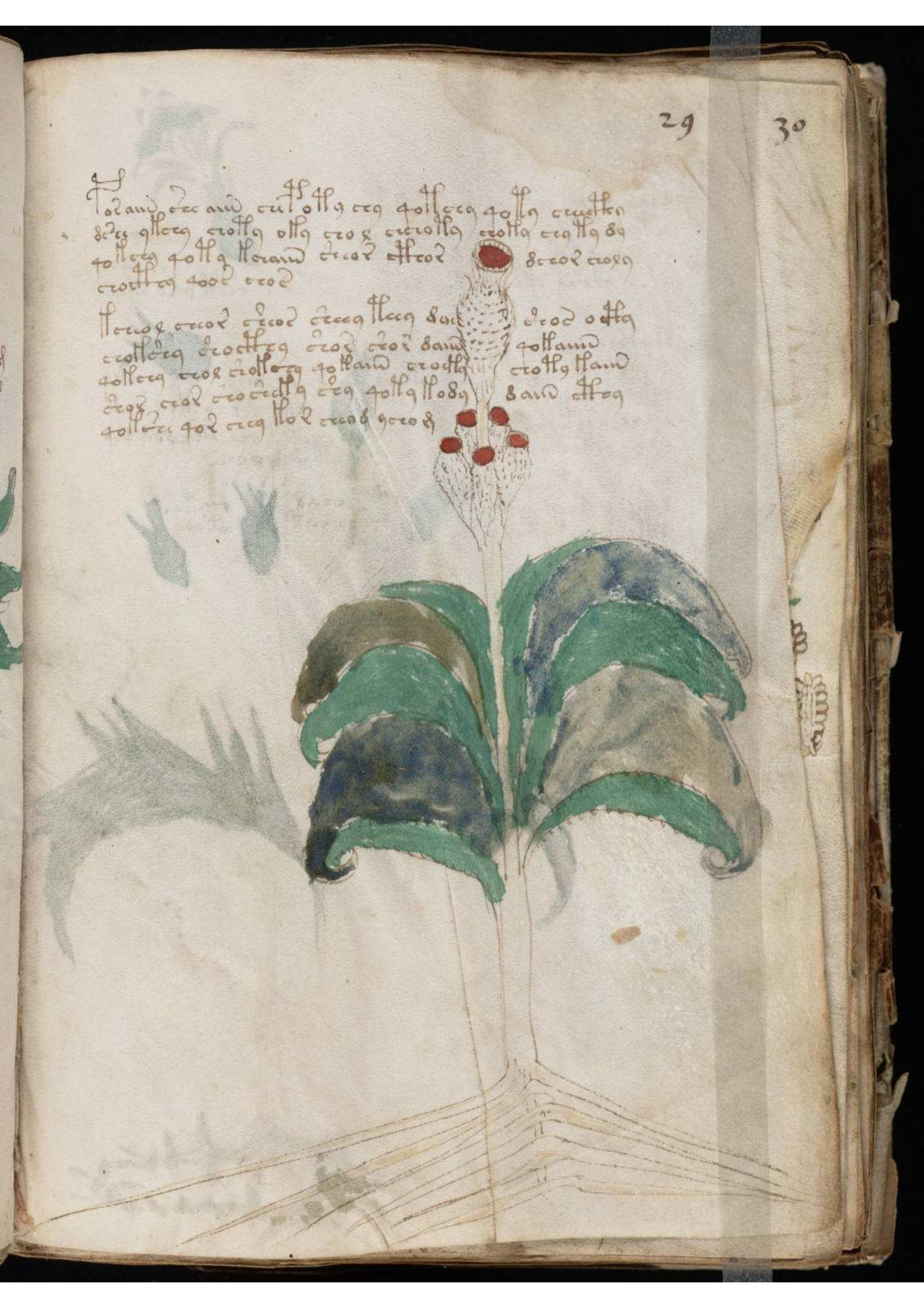


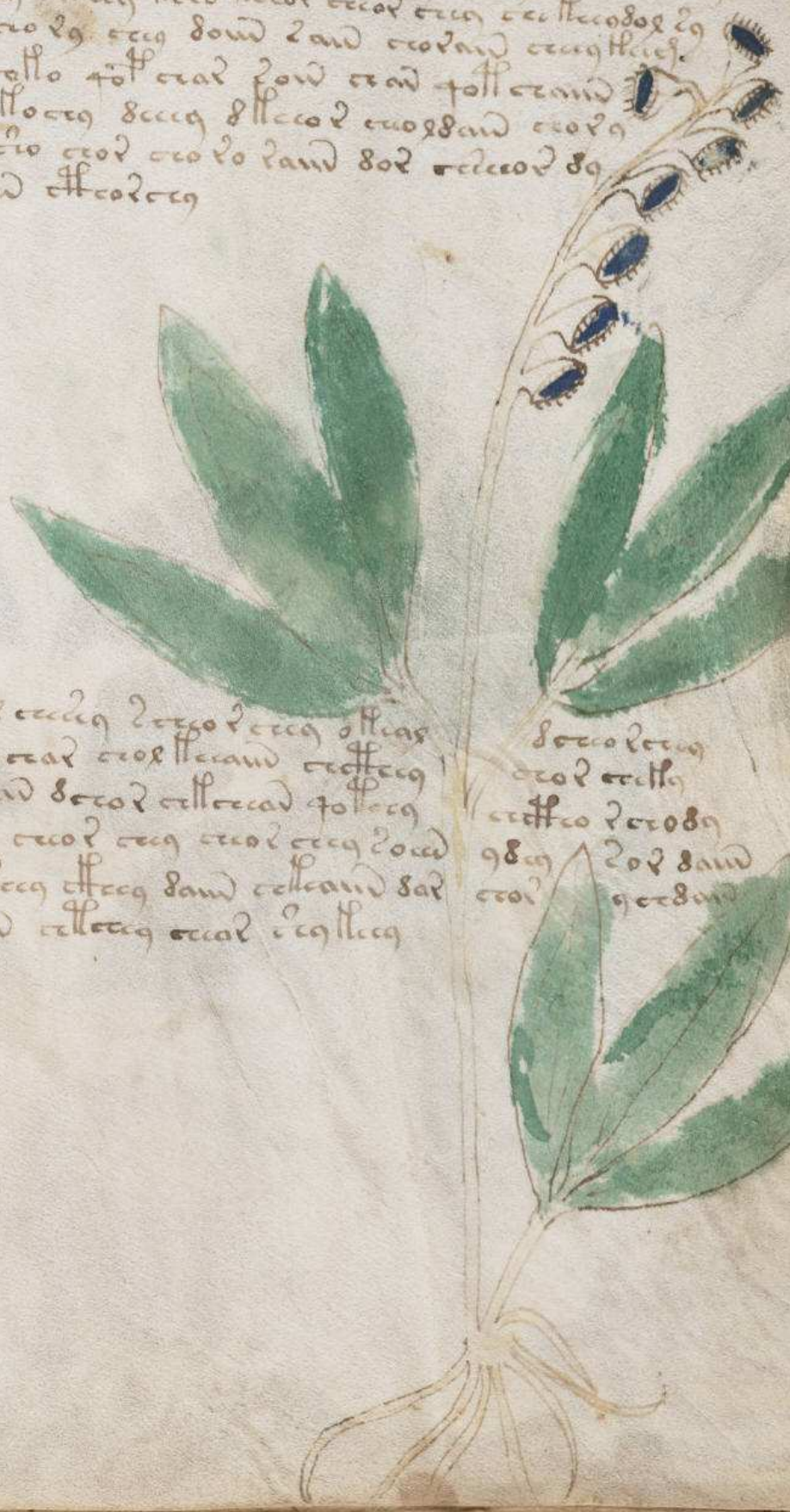


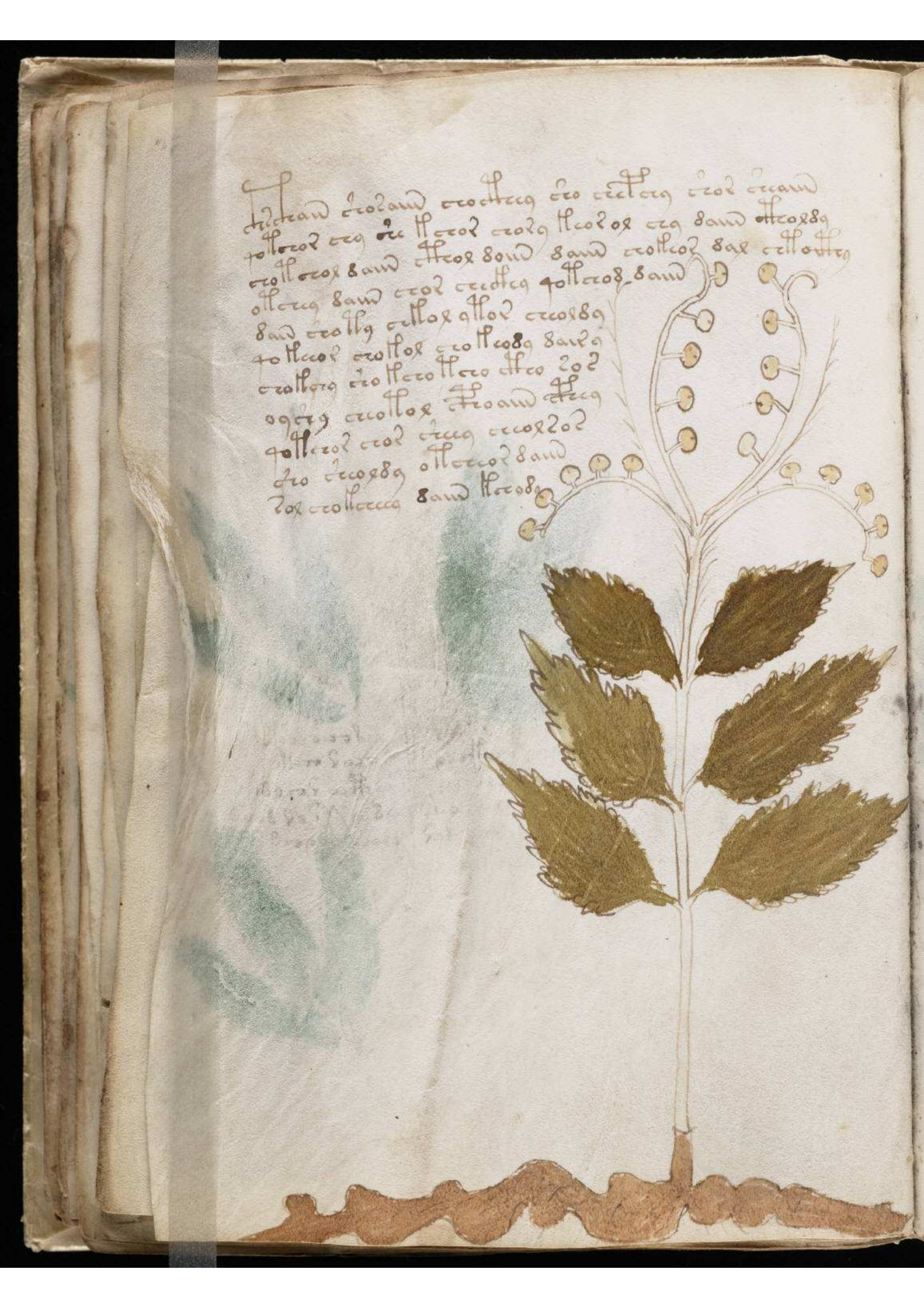


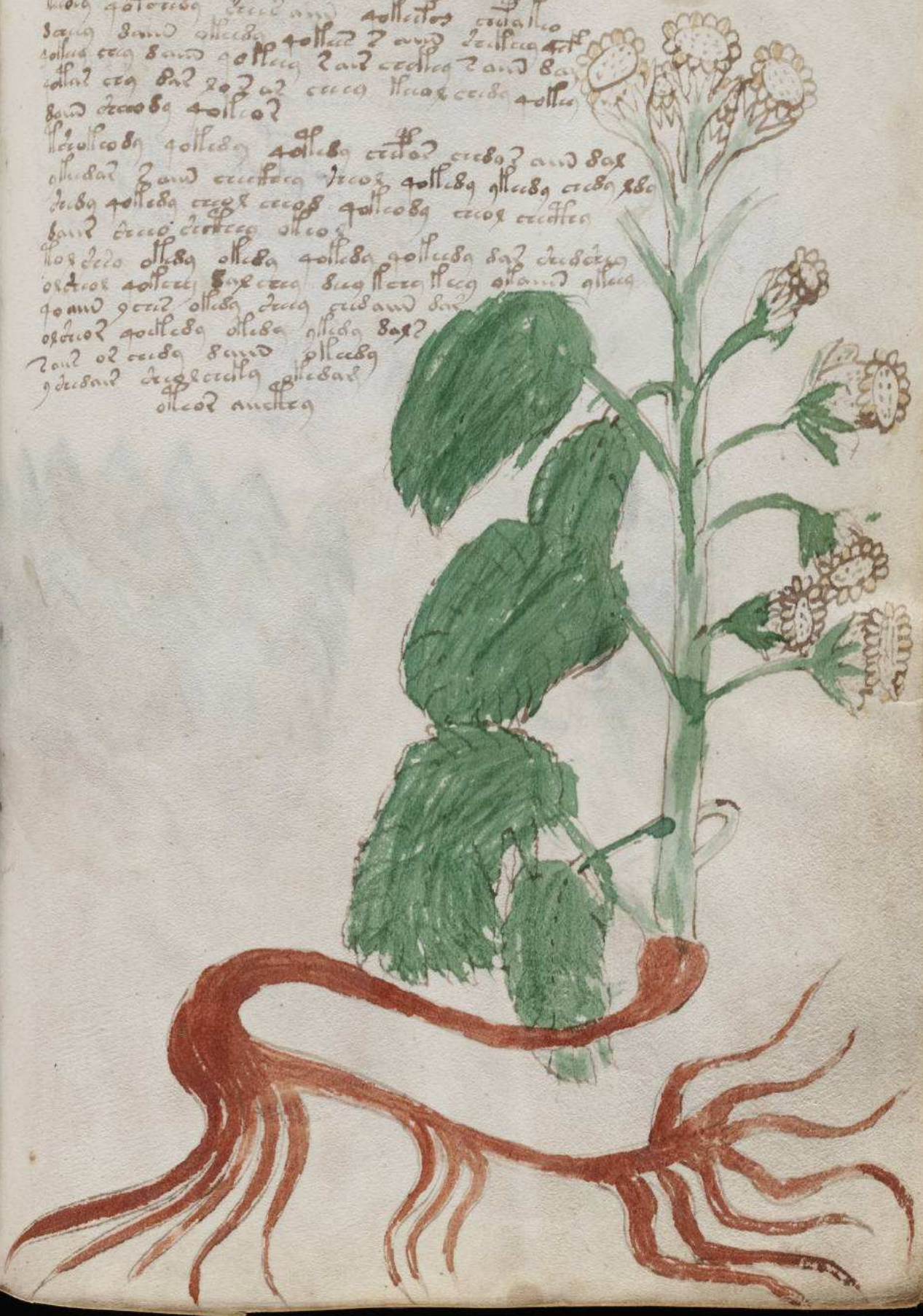


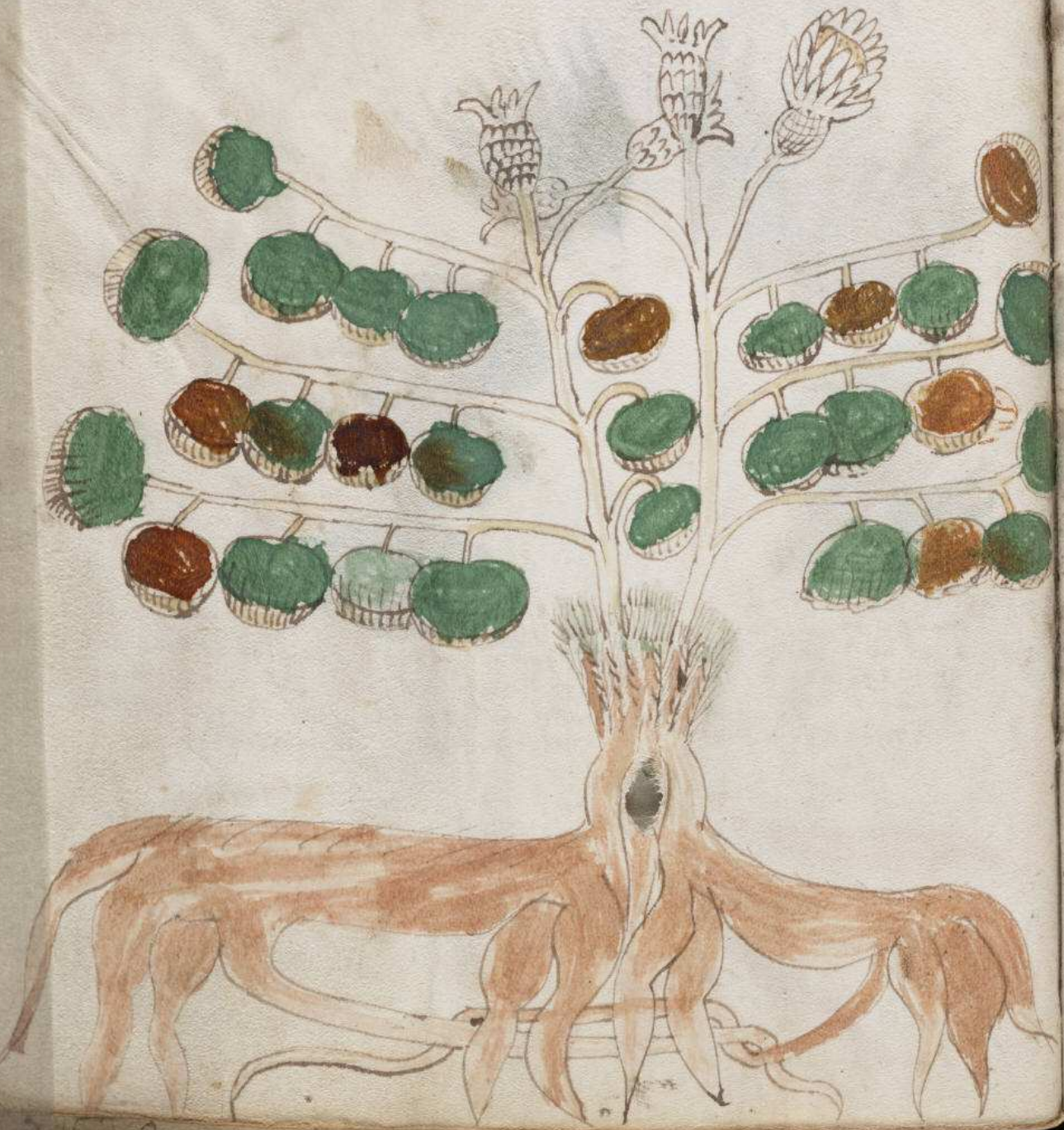


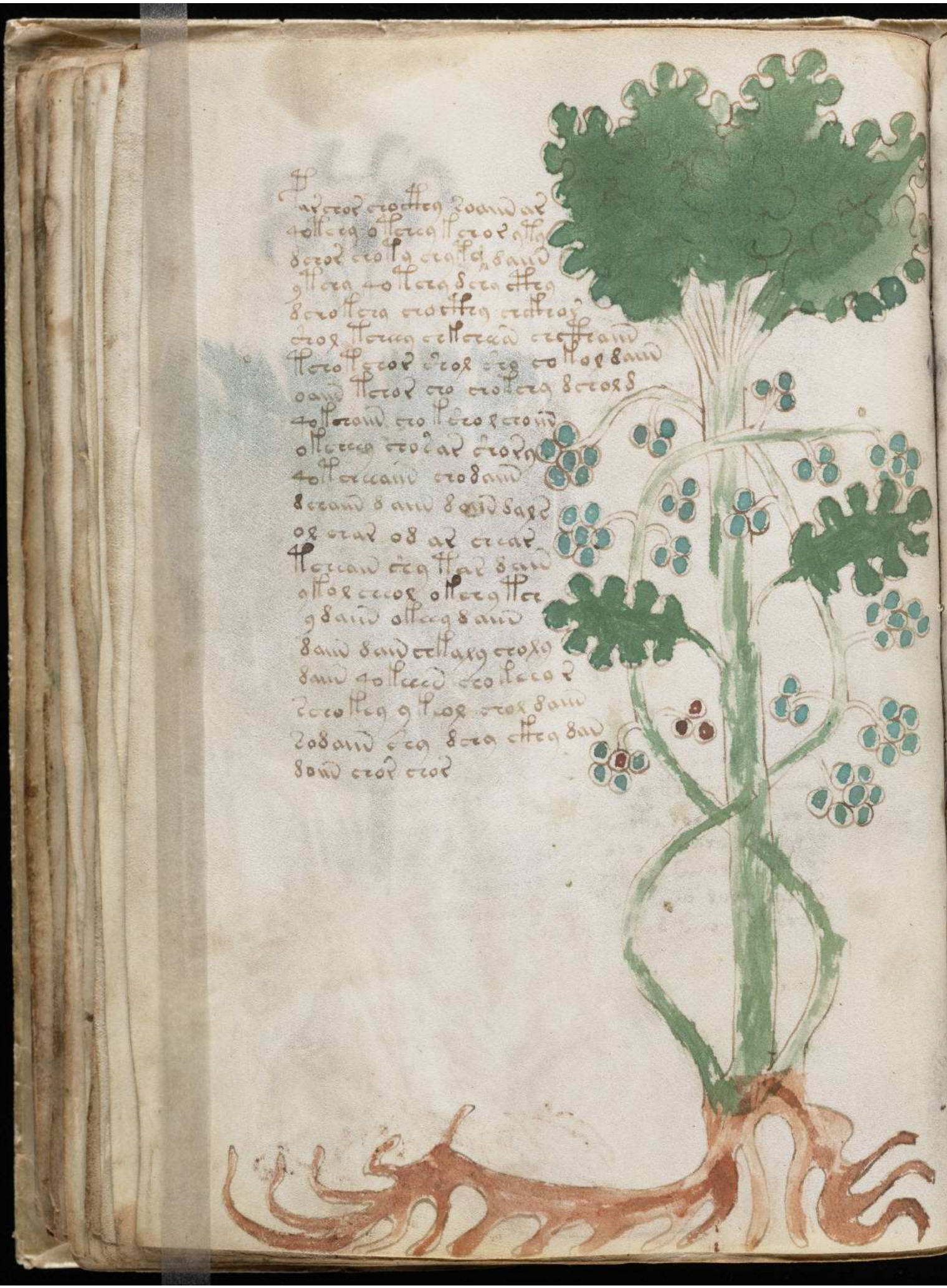


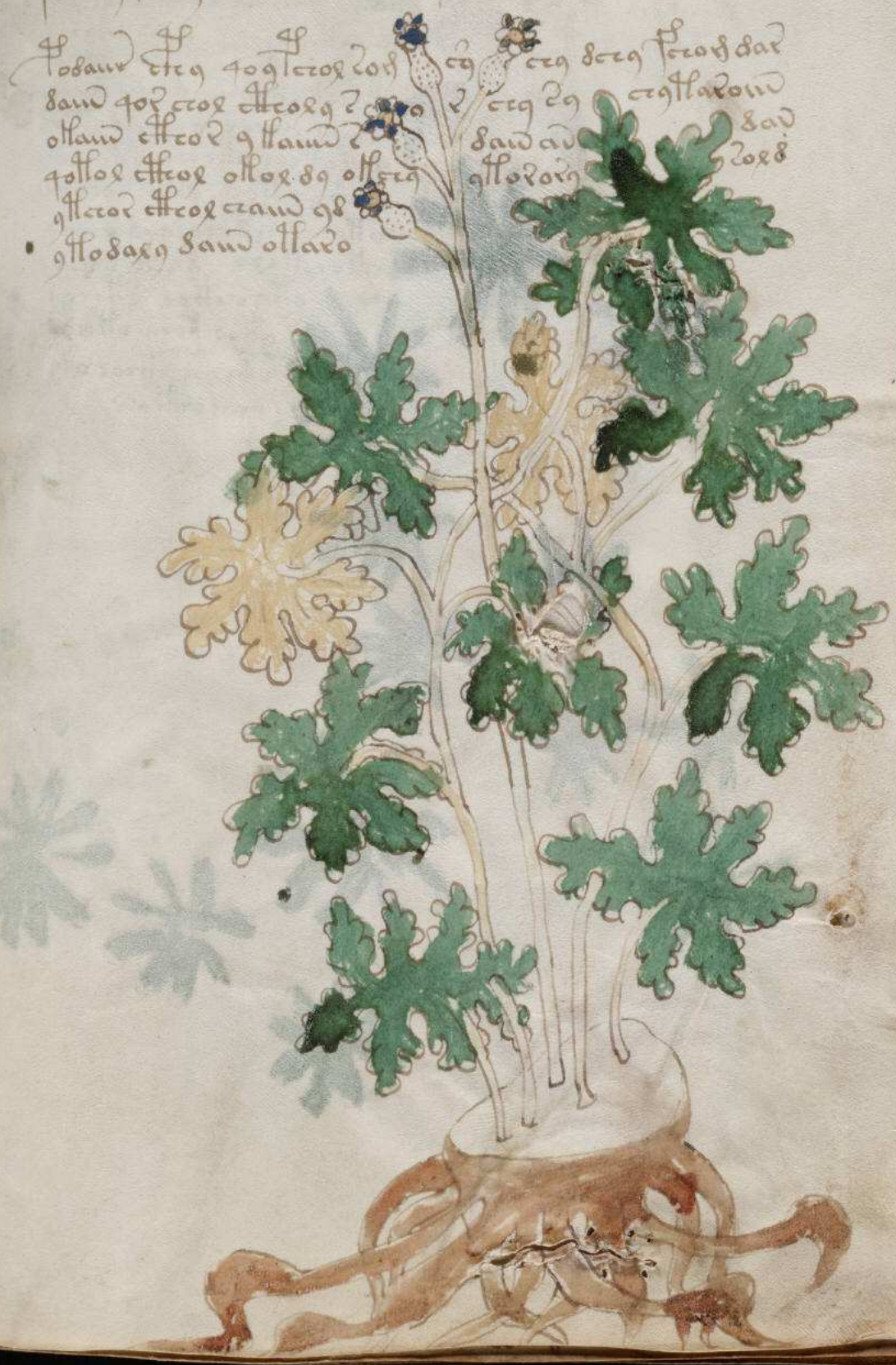


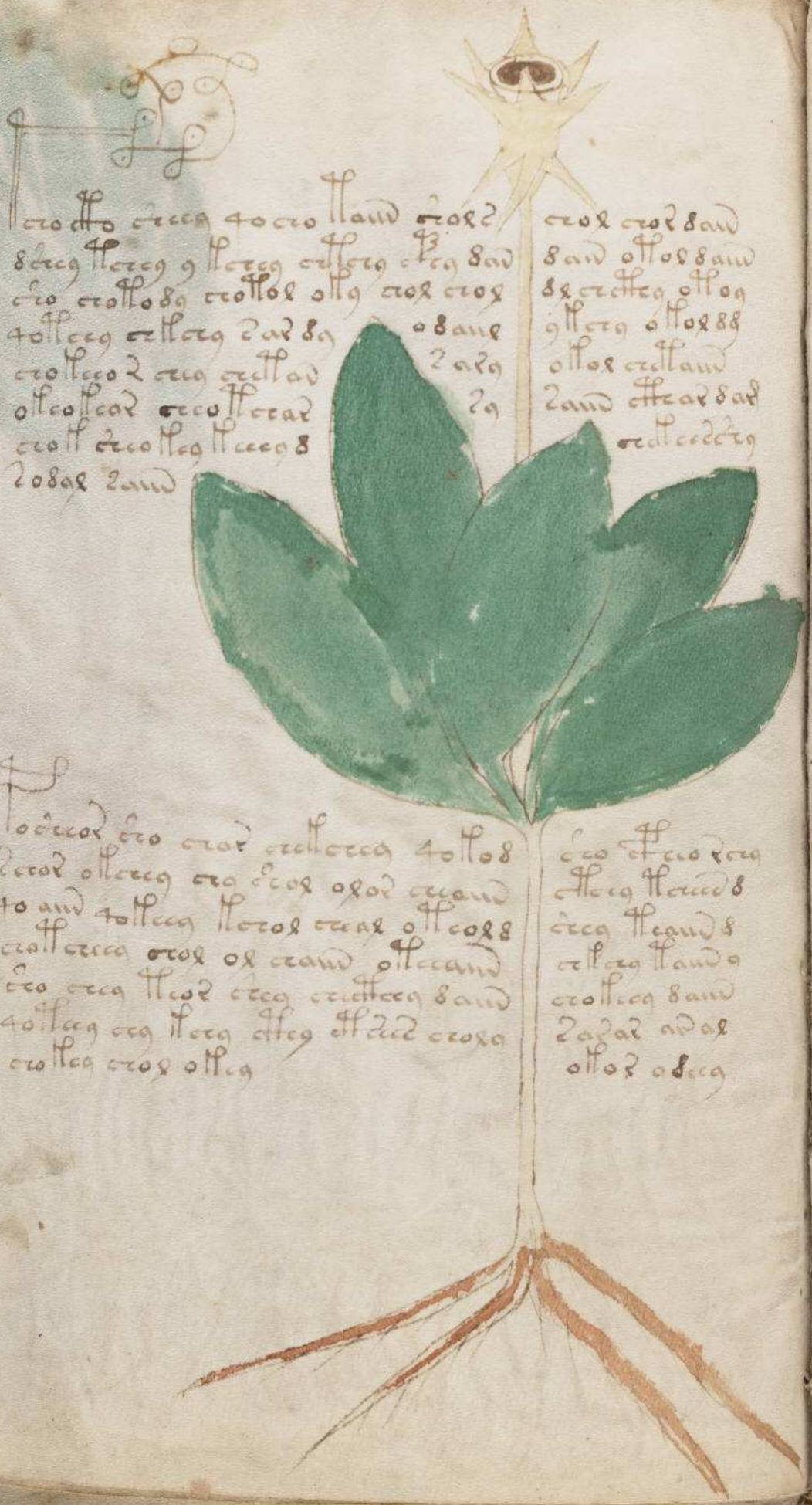


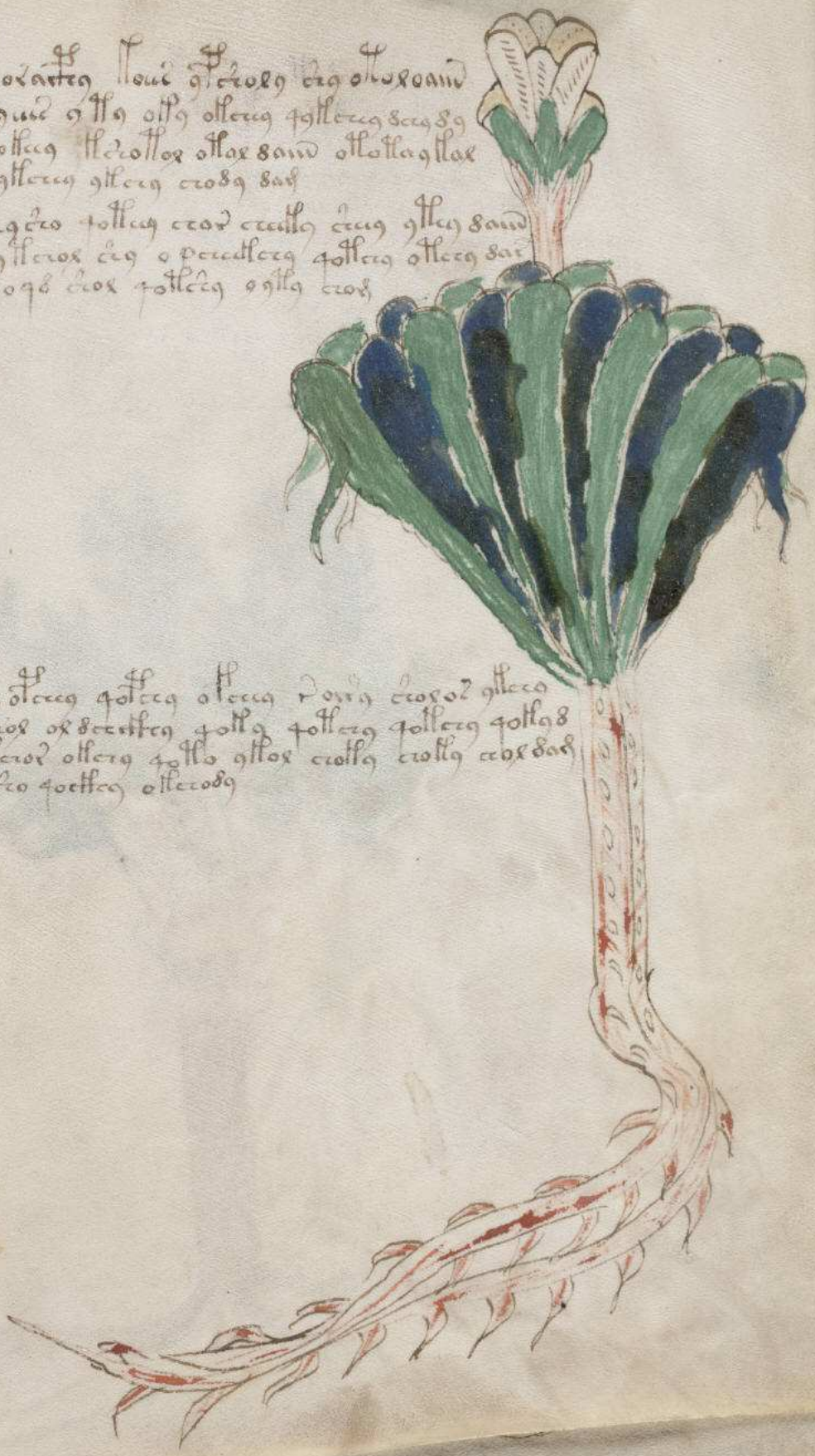


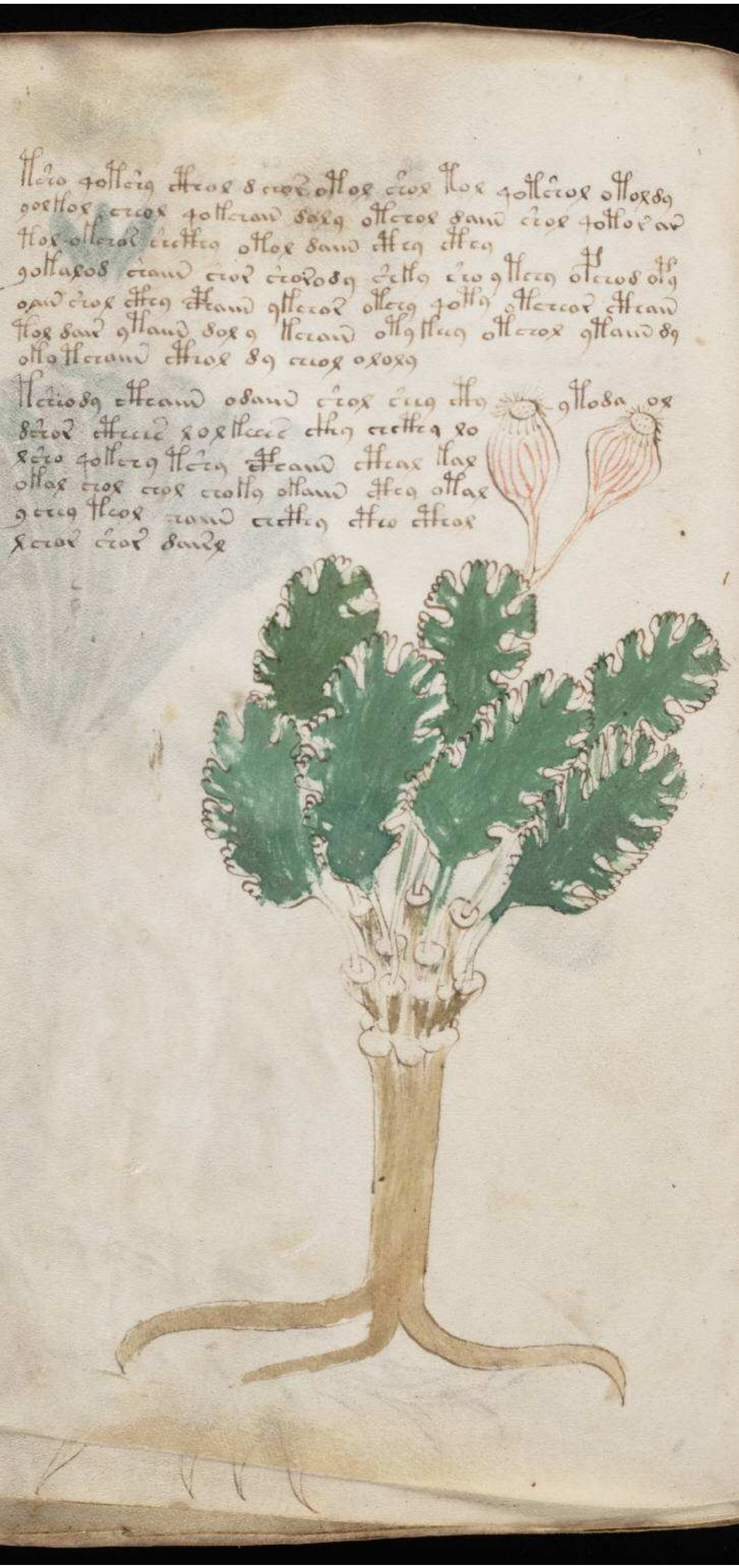


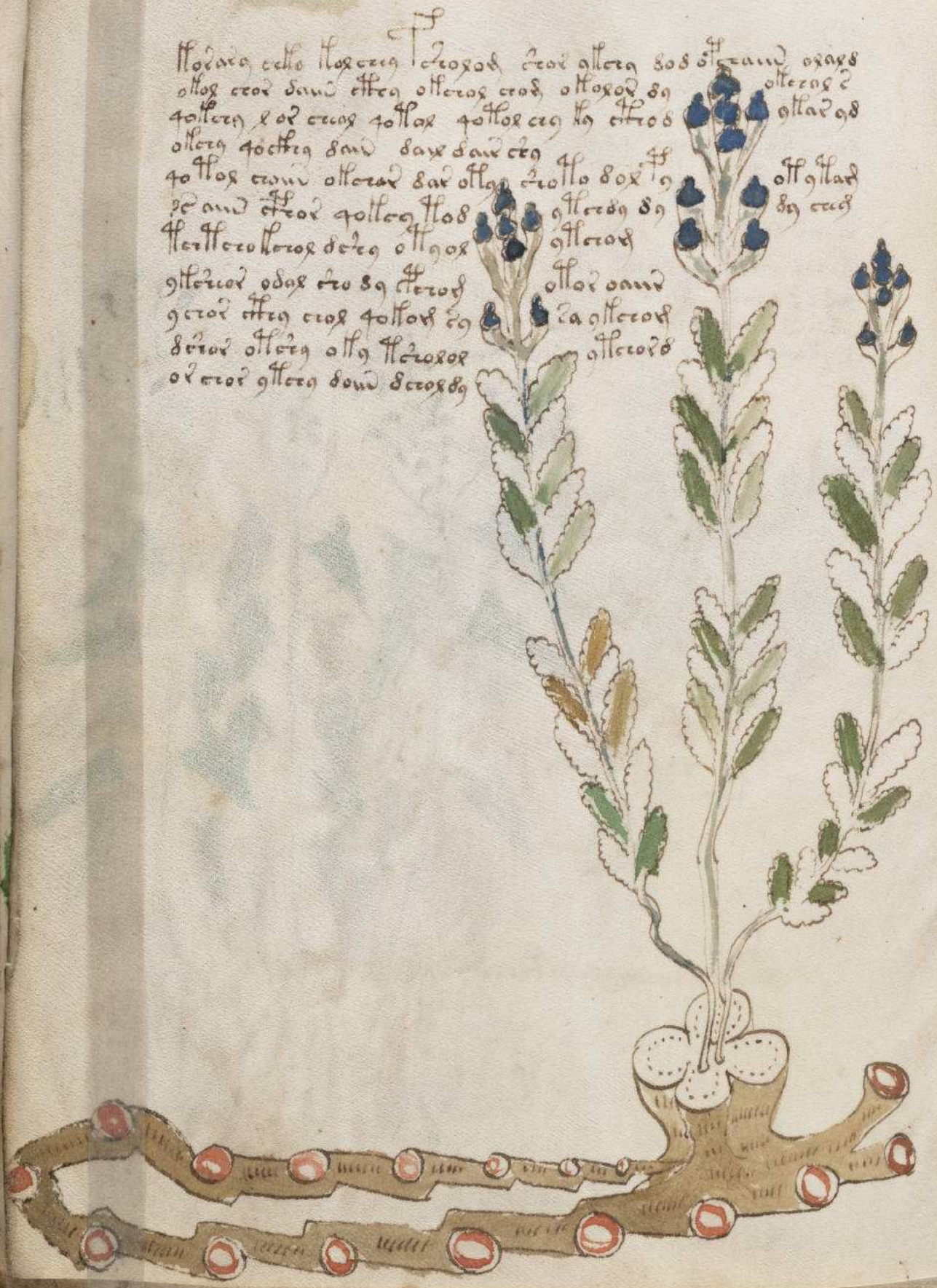


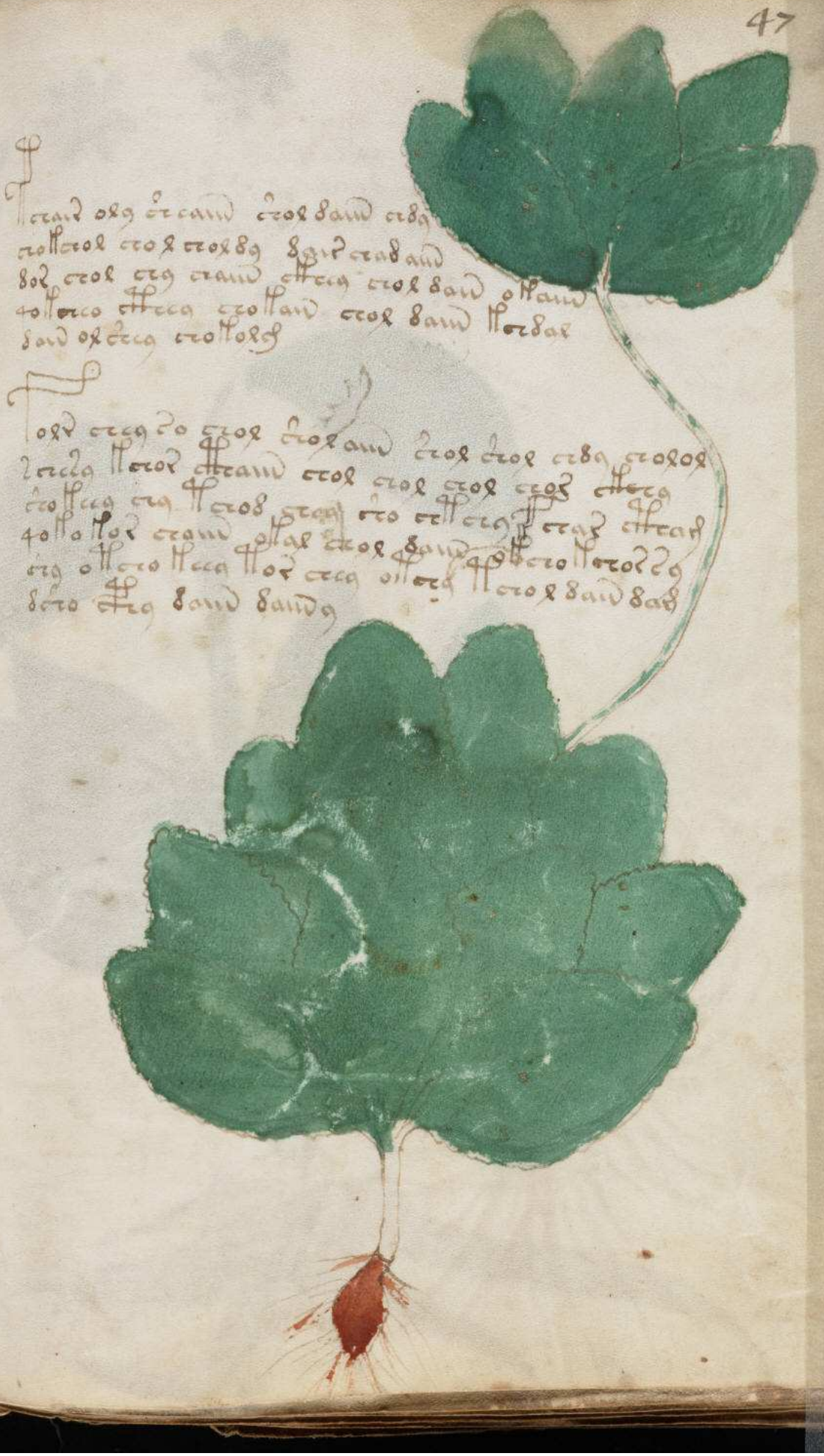


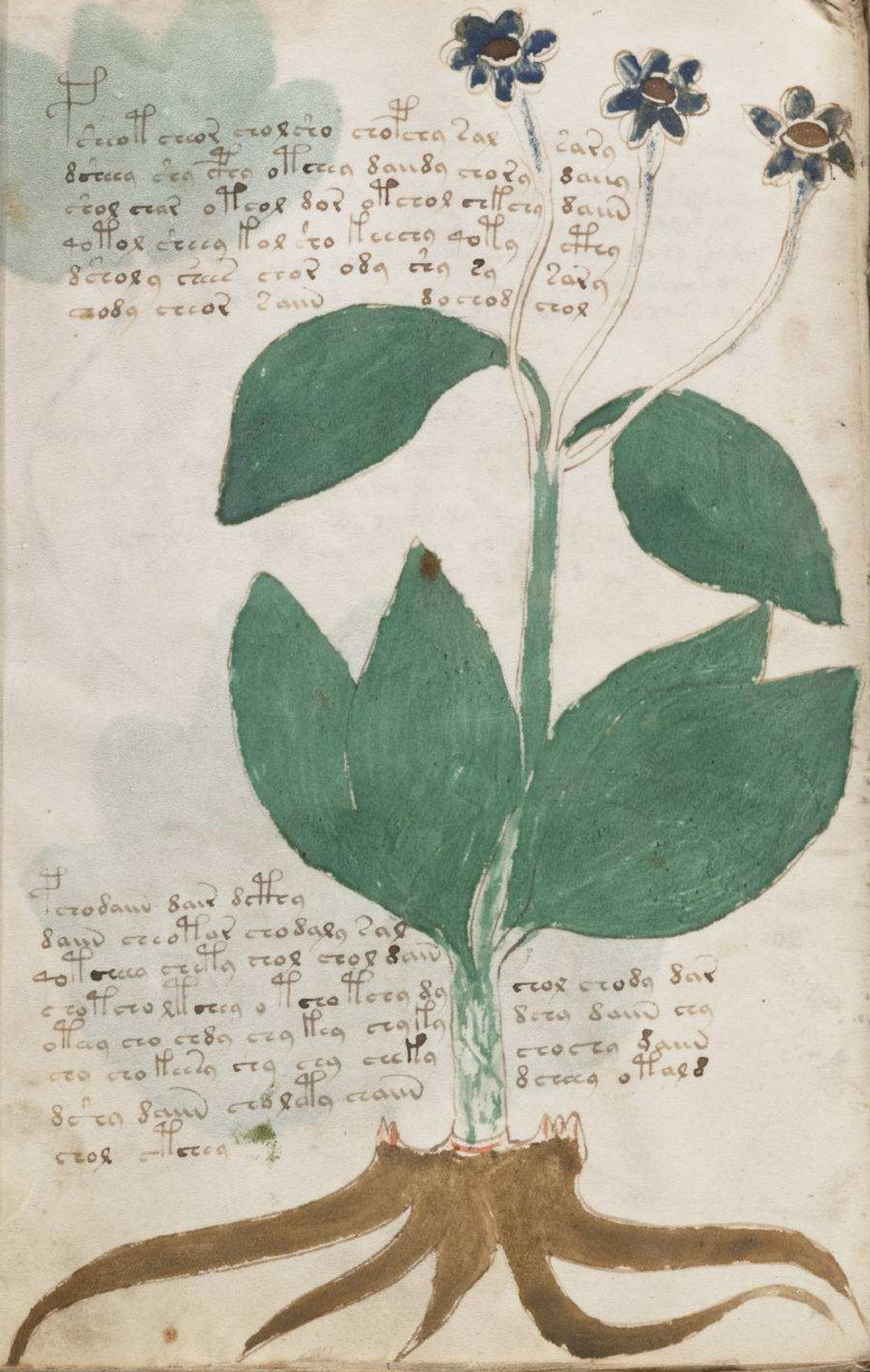


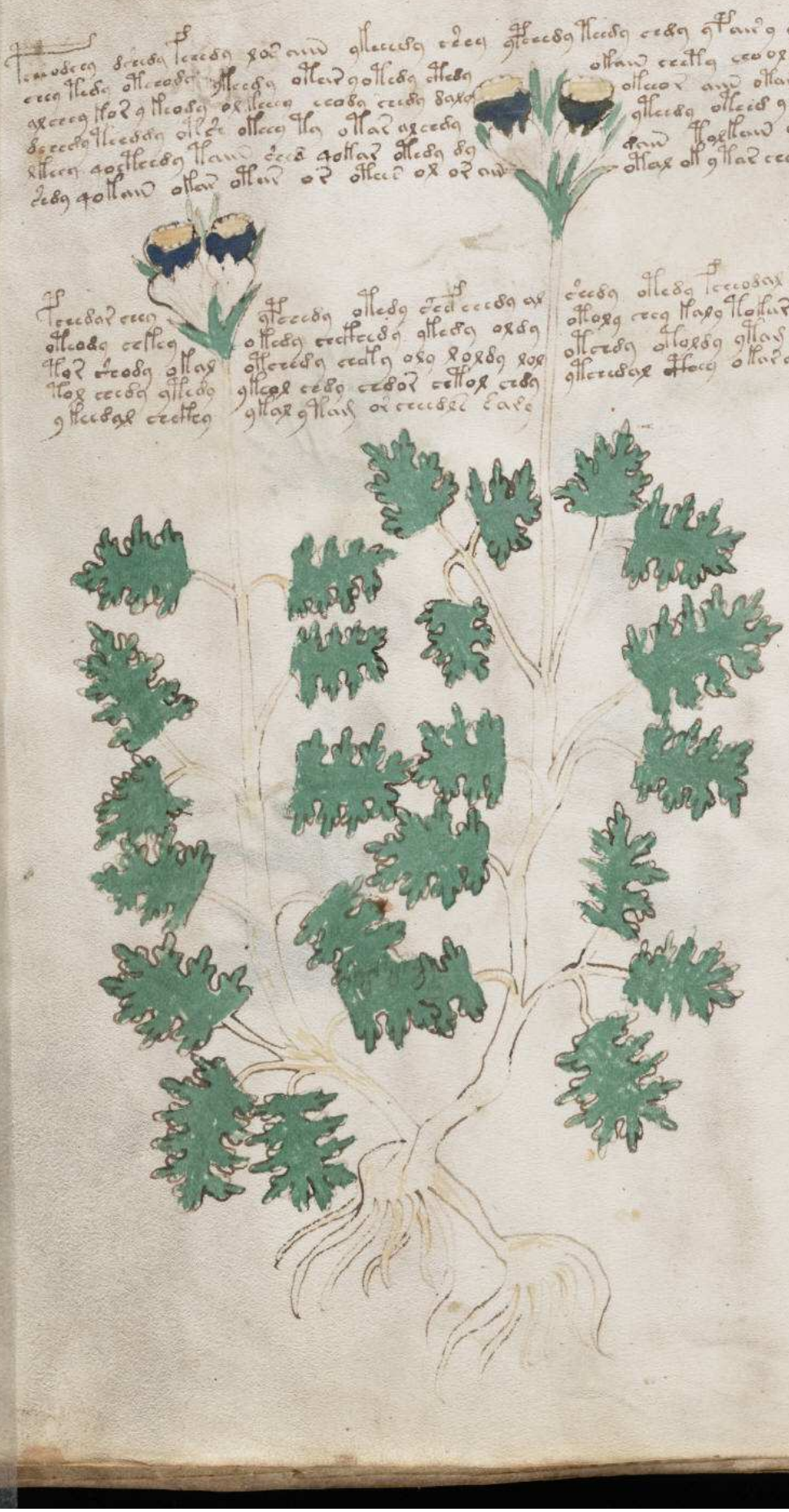


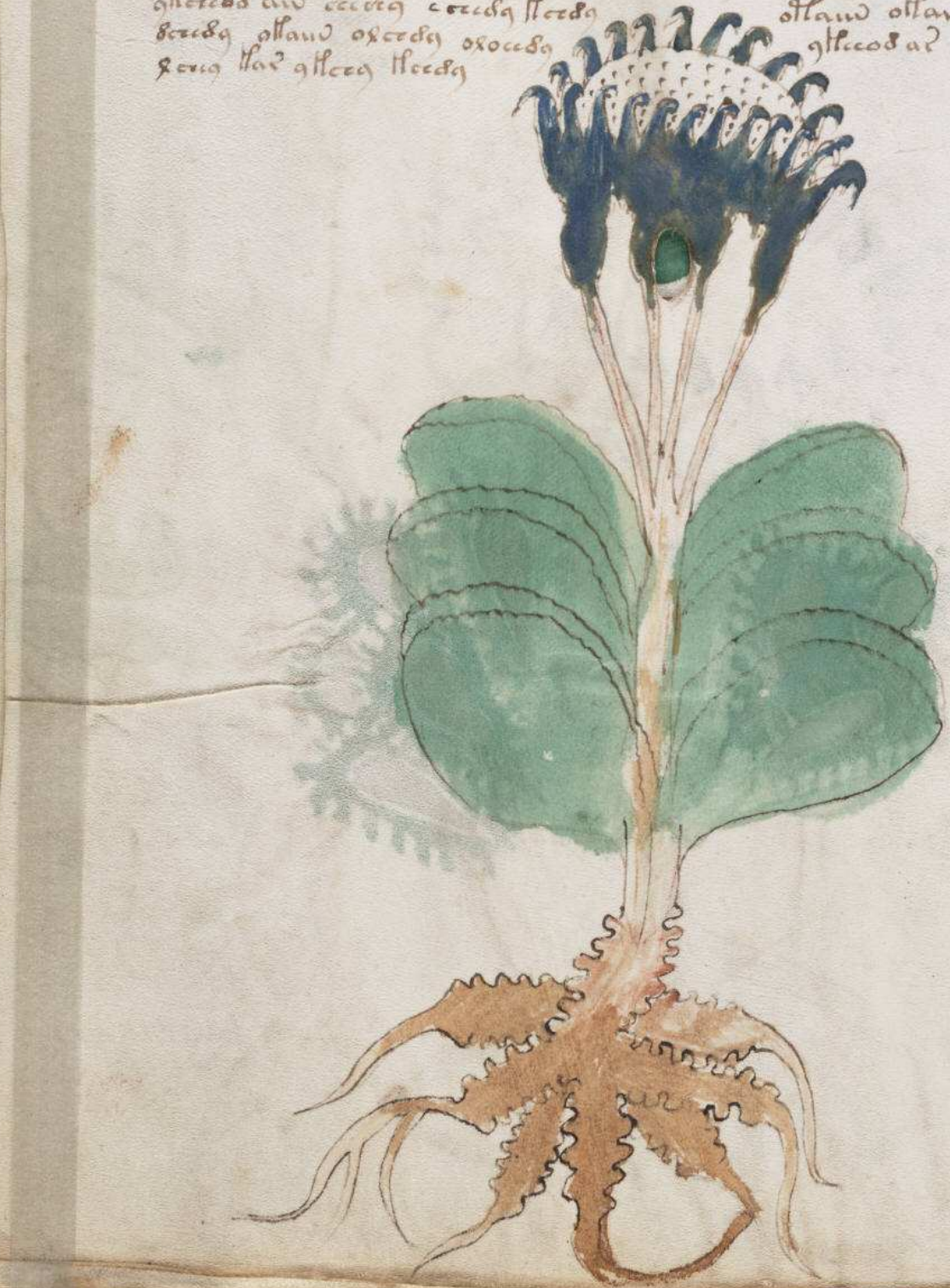


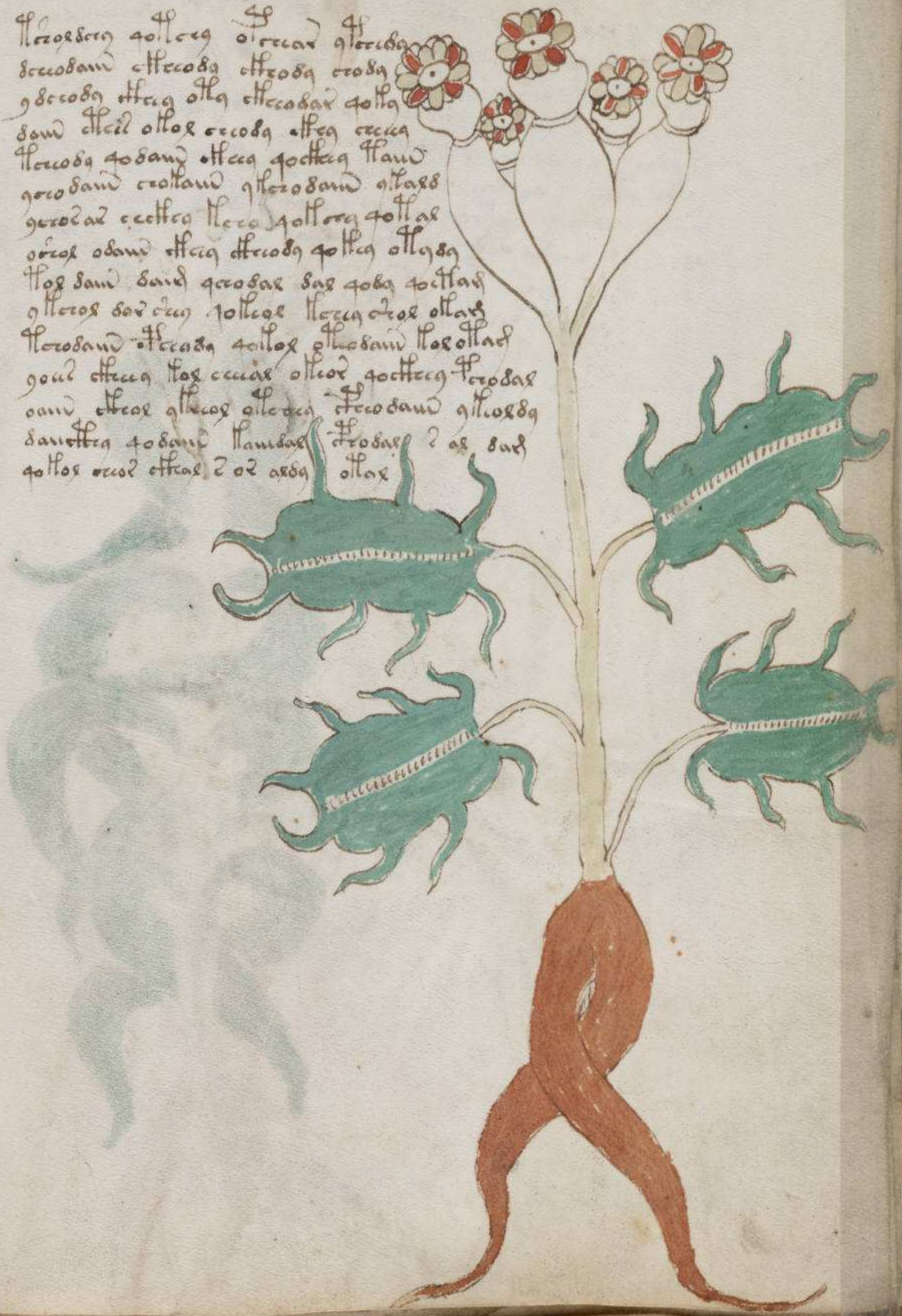


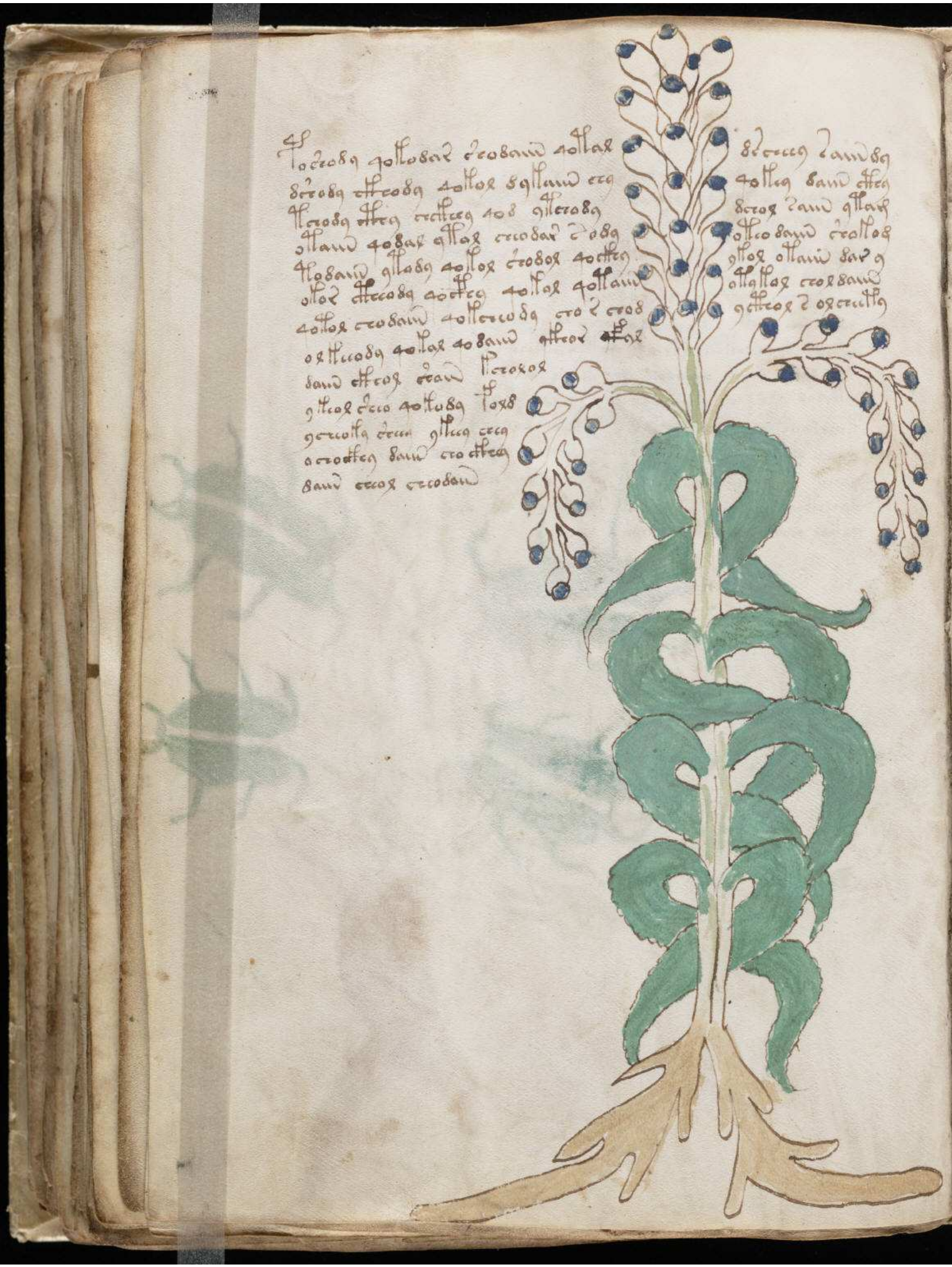


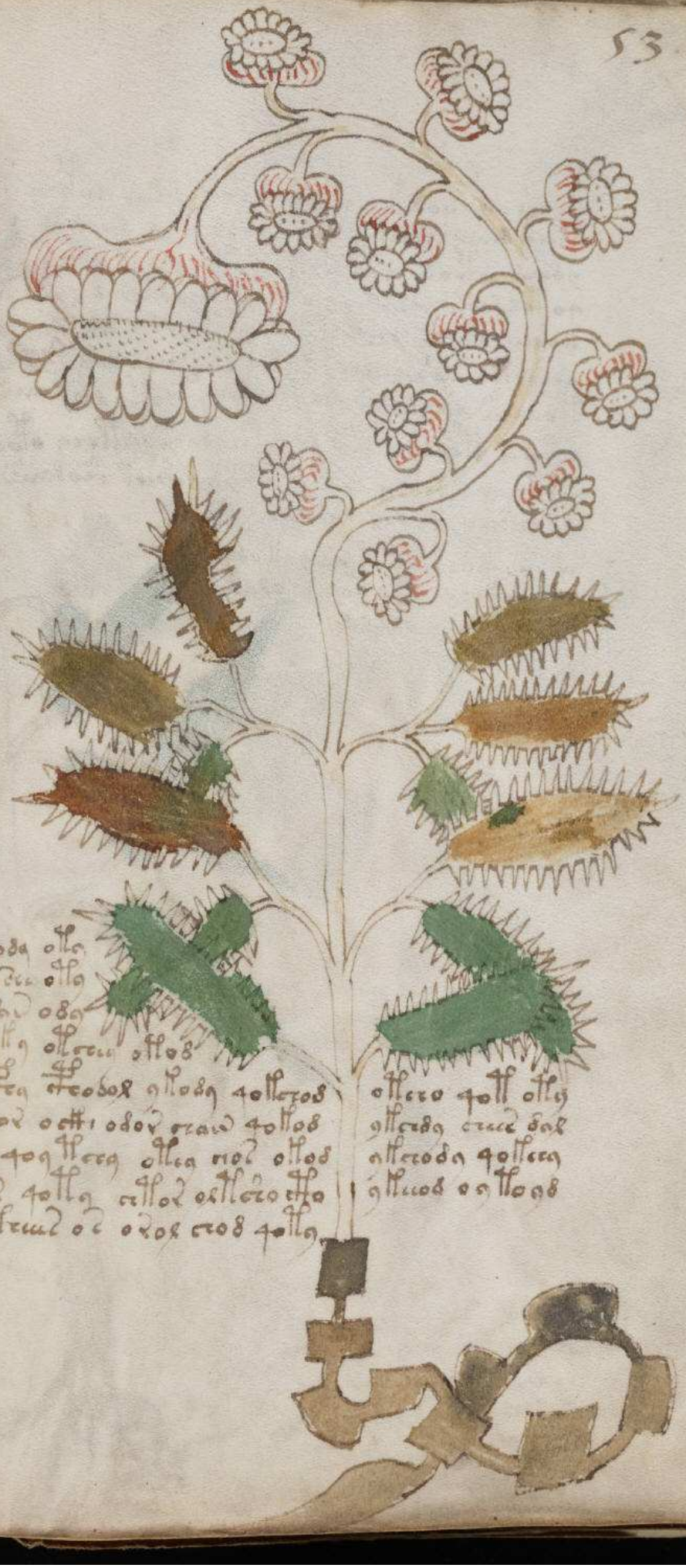


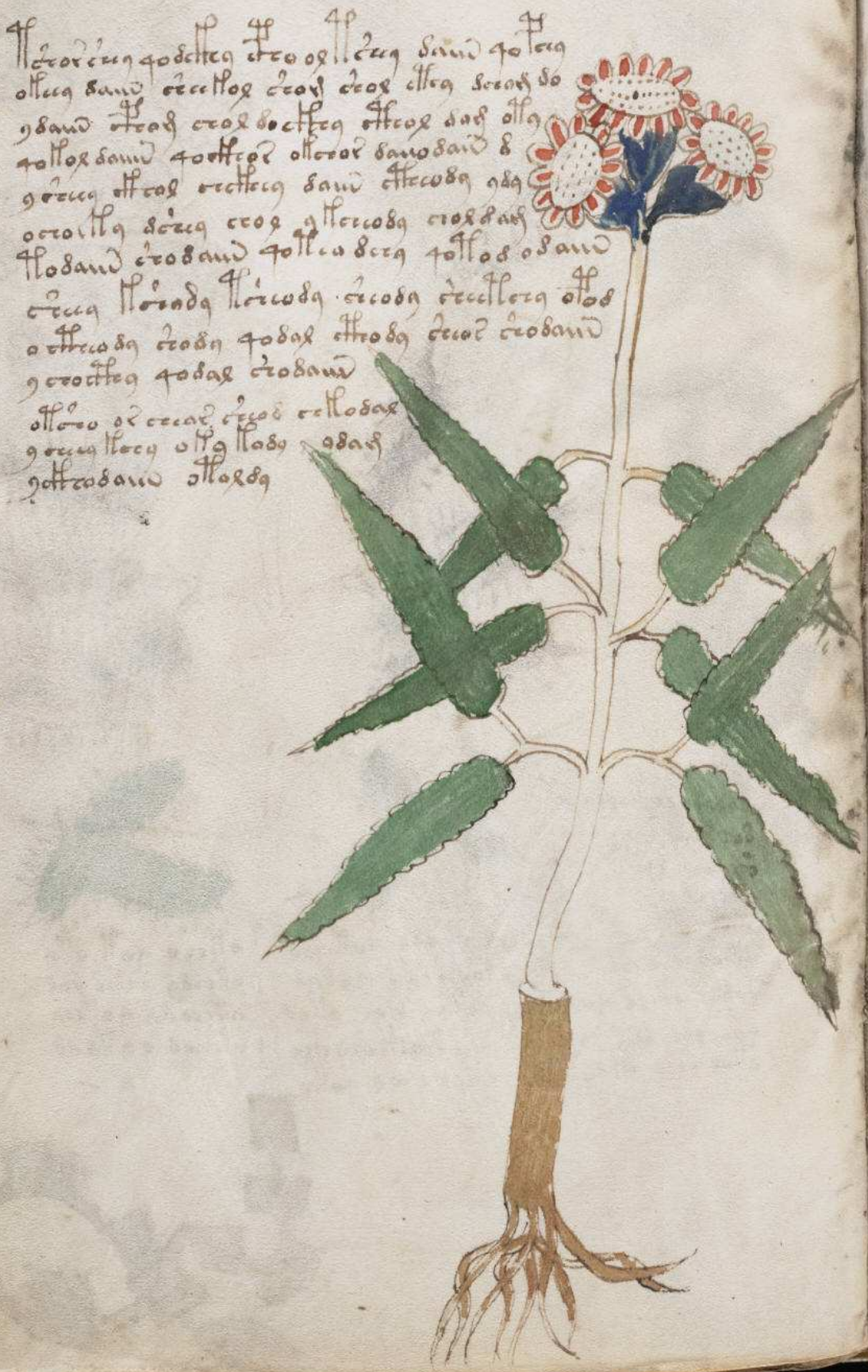


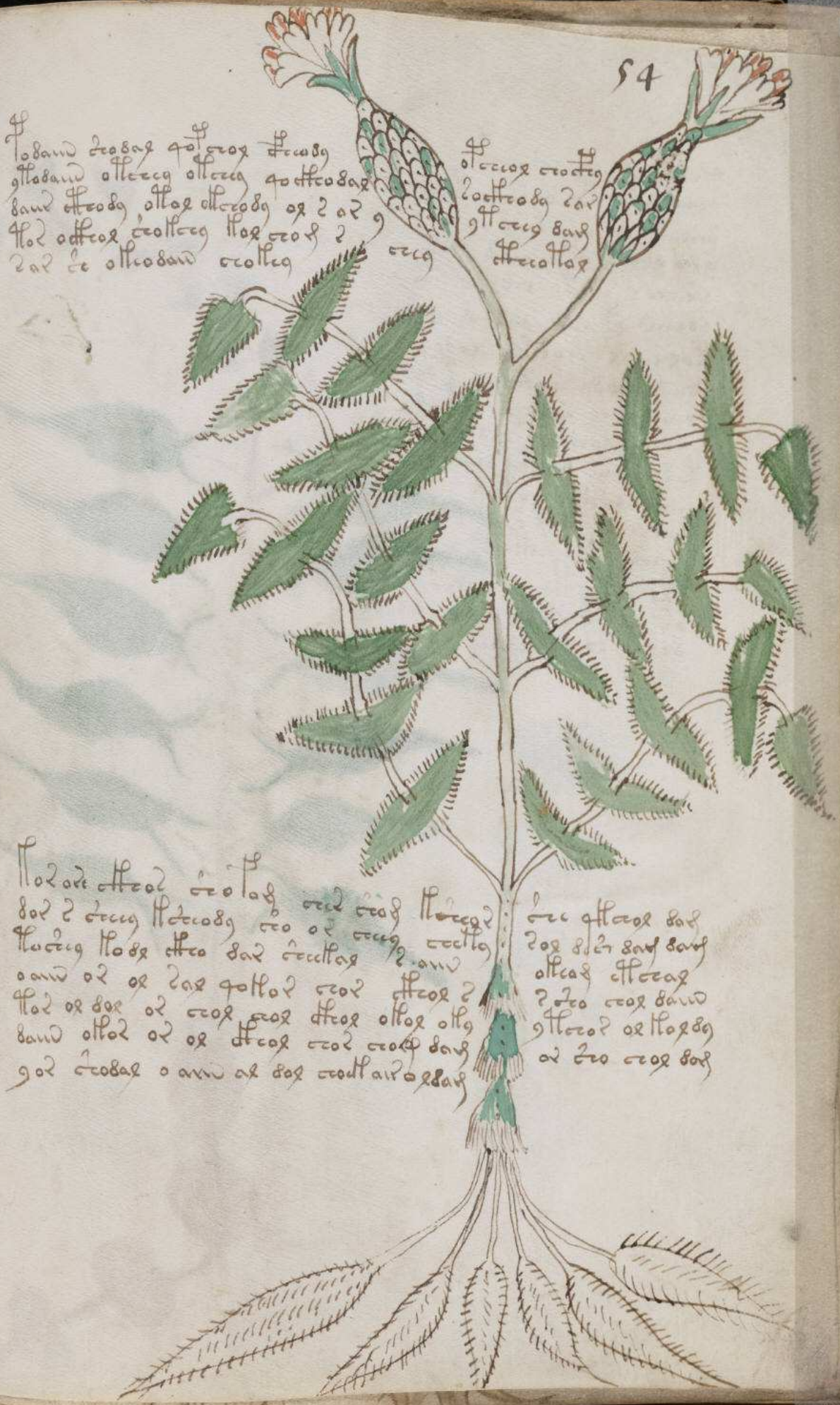


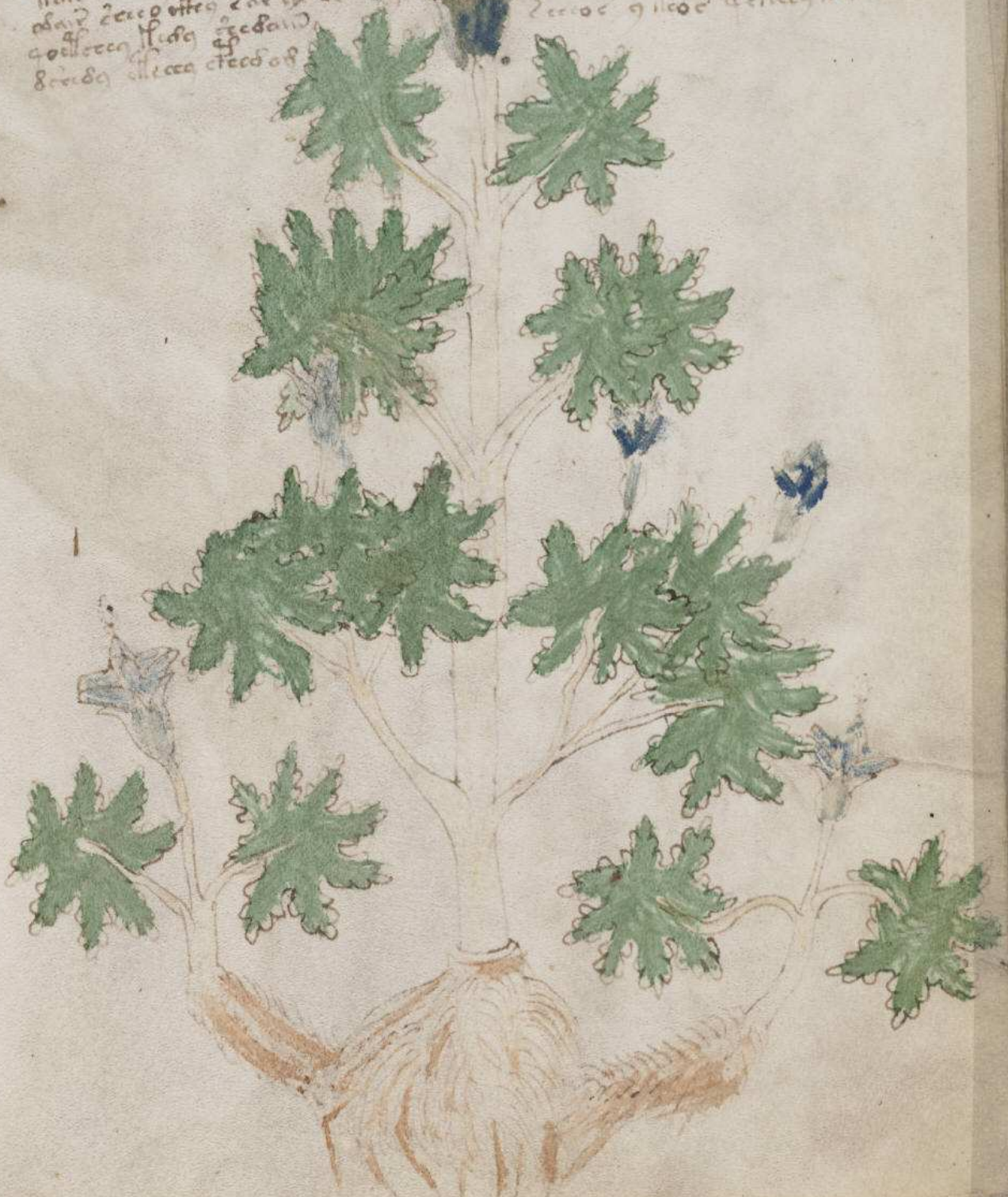








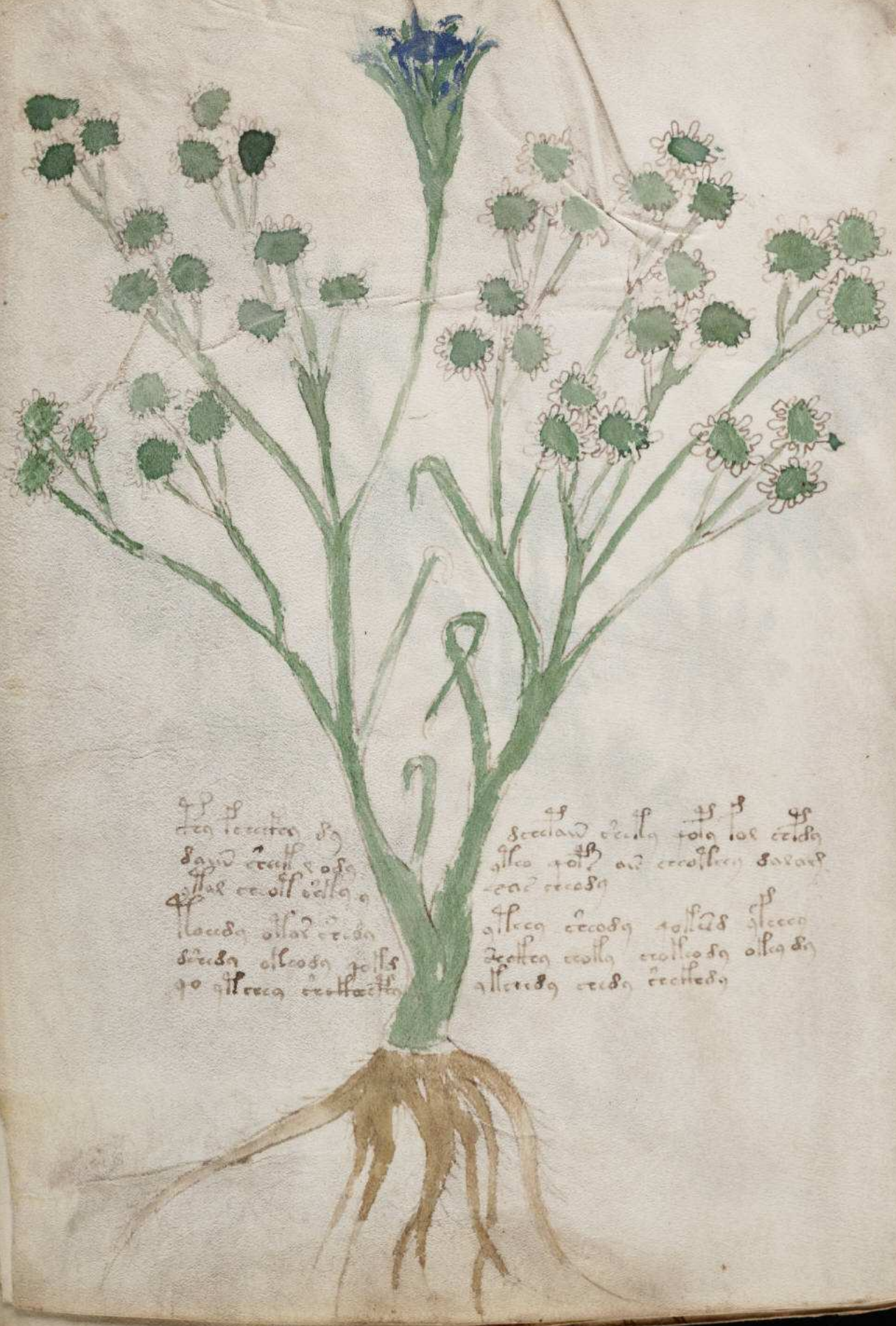


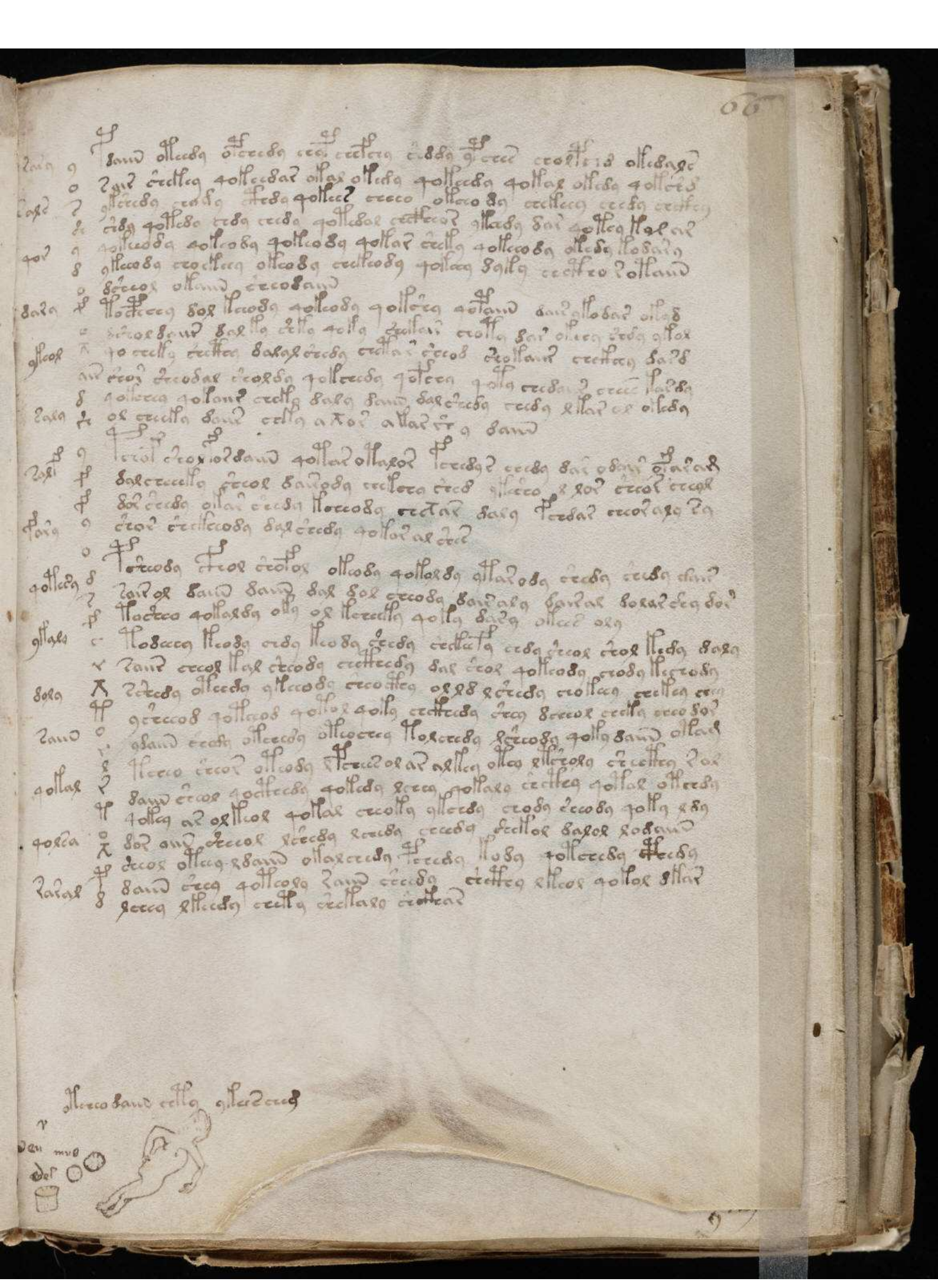


Mal croth croteg ollorarg crotcros croig ollarg barg
bricbar or ellcg orercar crar ffar gffar gffar orcrollar
gllcros barar bar gffar crolly ollcg ollarg croilly 7
bricor crorar anu crarorg crarg barcg ollcor bar crorarand
gor bcraidarg ollar ollar crar ar ar crar arard gllarar crar
ffarcg ollaud crarg ollcorg ollar barcror gllug crorffar
7aud crorllcg bar crorg crorffcor gllarorg ollcg crorg ollcg
ffarcrcar orcar barar crg ollcobcg gllcorg ollcgffar bg arar
crorand crug gllcoband gorar and arard crcg band carar
ffar ar ar crar crrcg ollar arbg ollarcrar gollaud ollc bg
gorcorg gollarar craidar godffaud ollarar barar orar
crorar ar crorbar ollarcrar bar crorbg ollarg 7 arardg crar
gffar crcar crcorbg gffor crar crcorbg crar craud or org
crarar ollaud crcffaud gffcrarg bar crar gffar ollarar orbg crar
bar crar gorand crarar bg crcbg

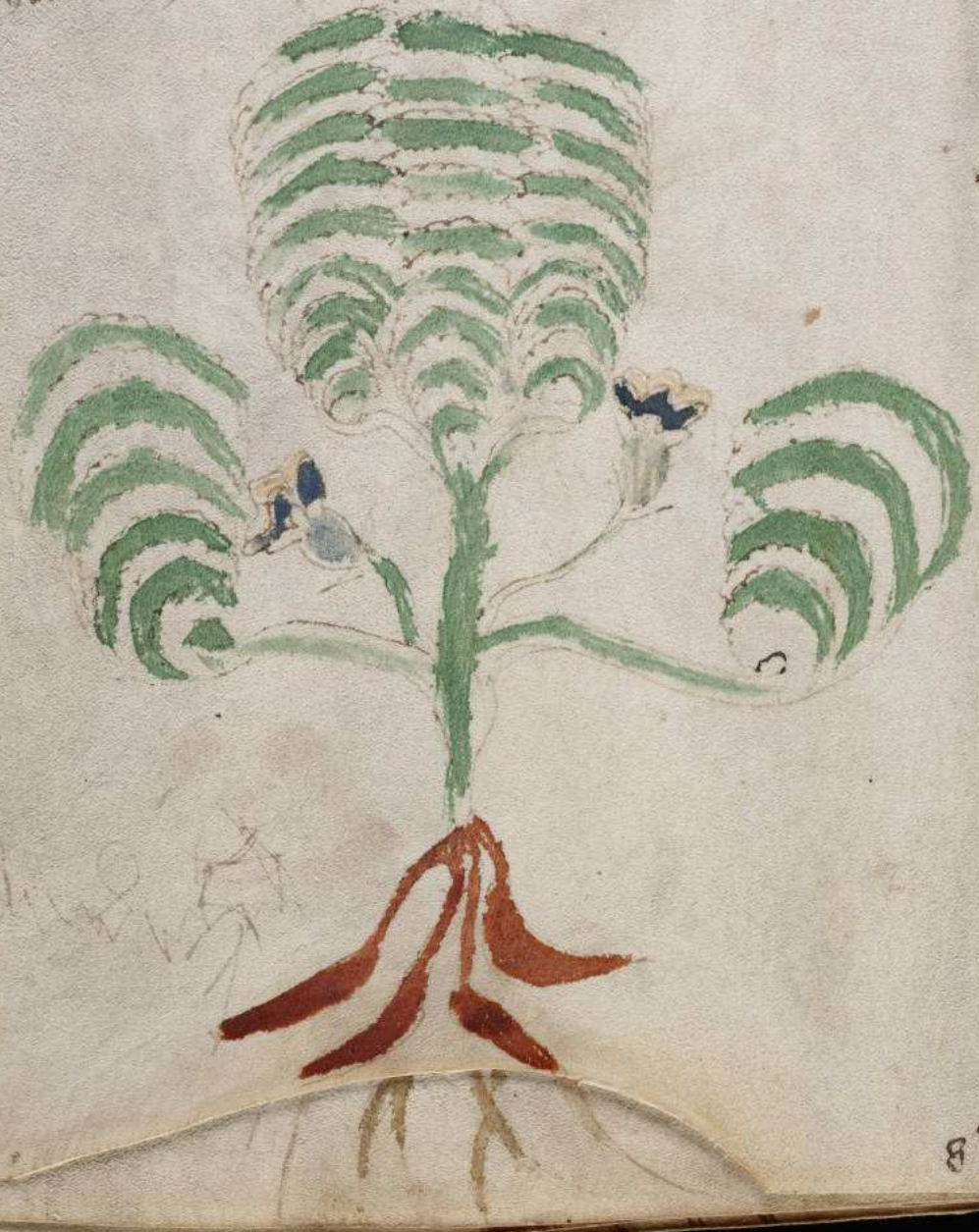
ffgrcg ar aur gffarcg gollgcrcg lcrbg bcrarg gbarg crolly ofg
grorcrg gollorg band gffar barcrbg gollg bar gffcrorbg 7 orar gg
barar crar crorrarg crorand orand crarg barar and ollar ollar
ffobar gollcg crarg bar gollarbg ollarg ollarar crcr crar orcarg
grcrorffcg orcrcg orcrcg orand orffcar barbg ollarar ar arorbcrg
ffcrcor gcrcor crcand ollcg gollarg band crg crorffor orffcor ofg
bcrorg gffar crar bar gorar crarorffg orar crollarg crar orrcrg
crar orcrcg crollar ollcar crcorbg gollarcrar ollar crollg bar
ffarcrand ollcor ollcar ar ollarar crcorffar crcffg ollgffar
oar crcrffcg ollcrorbg ollar arffar ar arrbar

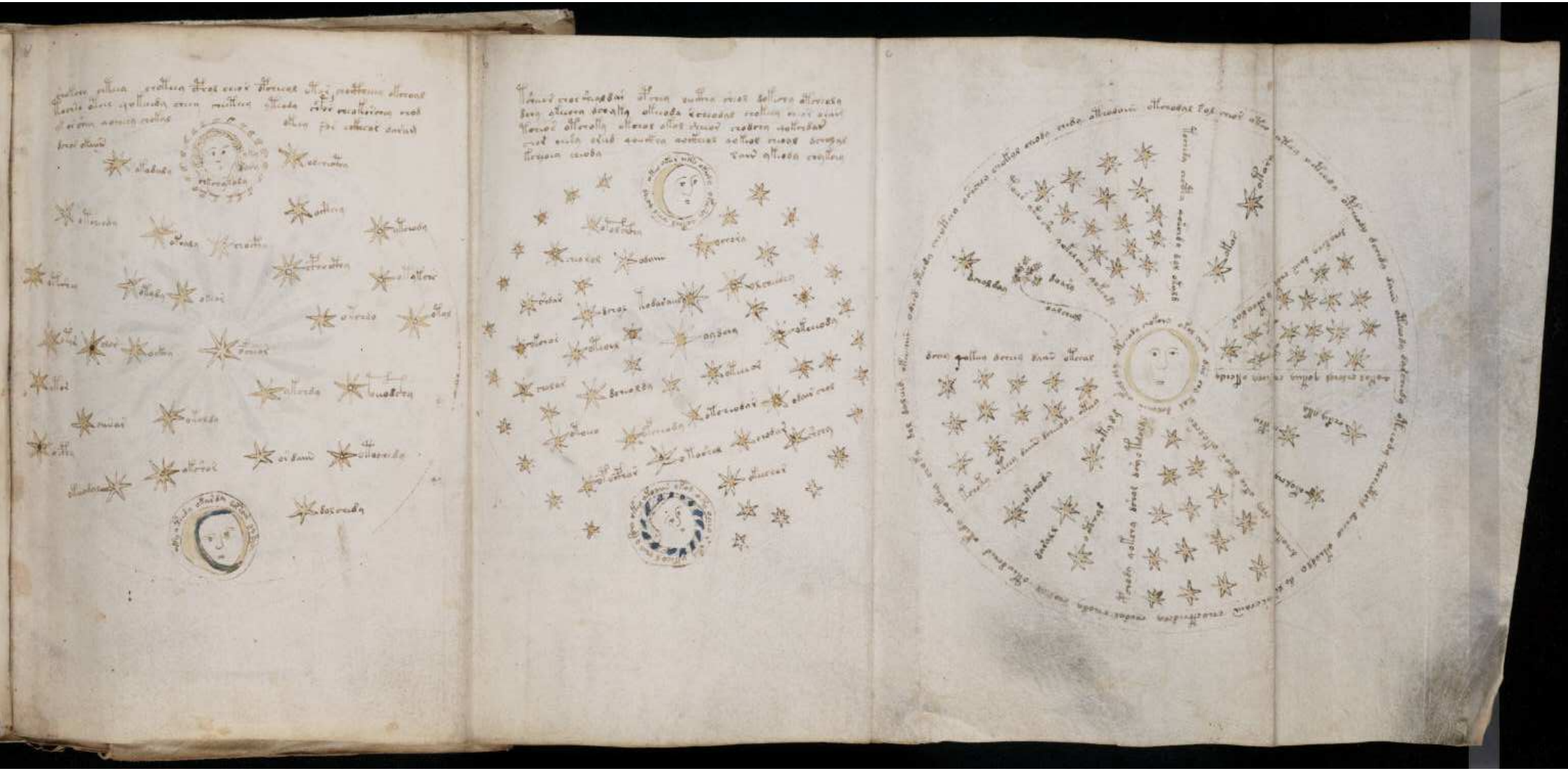
ffcrar crolly ofcrcar oraband ofcrcorand orgband ffobar
gffcor ofg crarffar ar crcrffcrg ffar ar crcar crcar crar arar
arcrorffand orararg barar crg 7 aur crollar orarbg ollarorbg
orarar crcor 7ar arar barg crcorg crorar arrbarg crar crcar 7 orbg
ffor ar arar gollarar crbg bar crorbg crcar ollarcrg ollarbg
orbcrcor ffand ollar or crorcrffar ollar crcor crorffarg gollar
ogollarg gollaud crffarbg gollg bar ar crorffarg gollarbg
7 crrorffcrg barorr gollarar crcor orffcorbg gollarg gollar bg
ar crcor crollcg barar crollarar gollarg ffarbg gffarar
bffor crcor gollar crcar ffcar crorar and crcorffcrar
7 ffand crollar crorffcg gollg crcffcg gffurcg crcorffar
ffarffcor orcrorffcg crcar crgffarbg crorar crffand orffcrar
7 gcrcar ollarg crcar ollcg gffar ar and ollaud gffarffar
bffcrar bgffar ollar orar crcar gorffcg gollarg barar barar
gfrarcg ar aurarcg ffcrbg ffcrarg arar gffarg ffar arar
bcrar crollar 7 and bar ollar 7 arcrcg

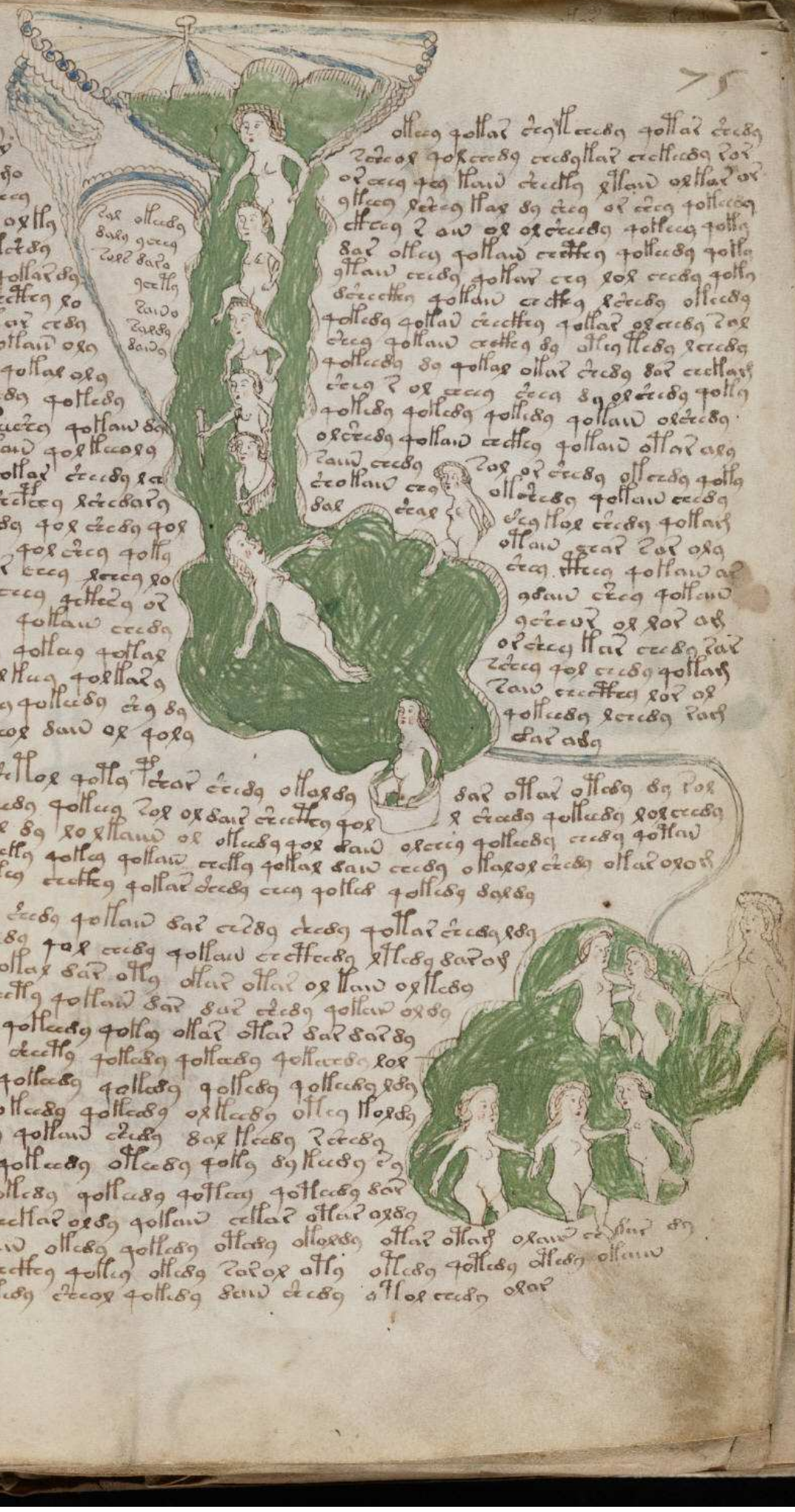


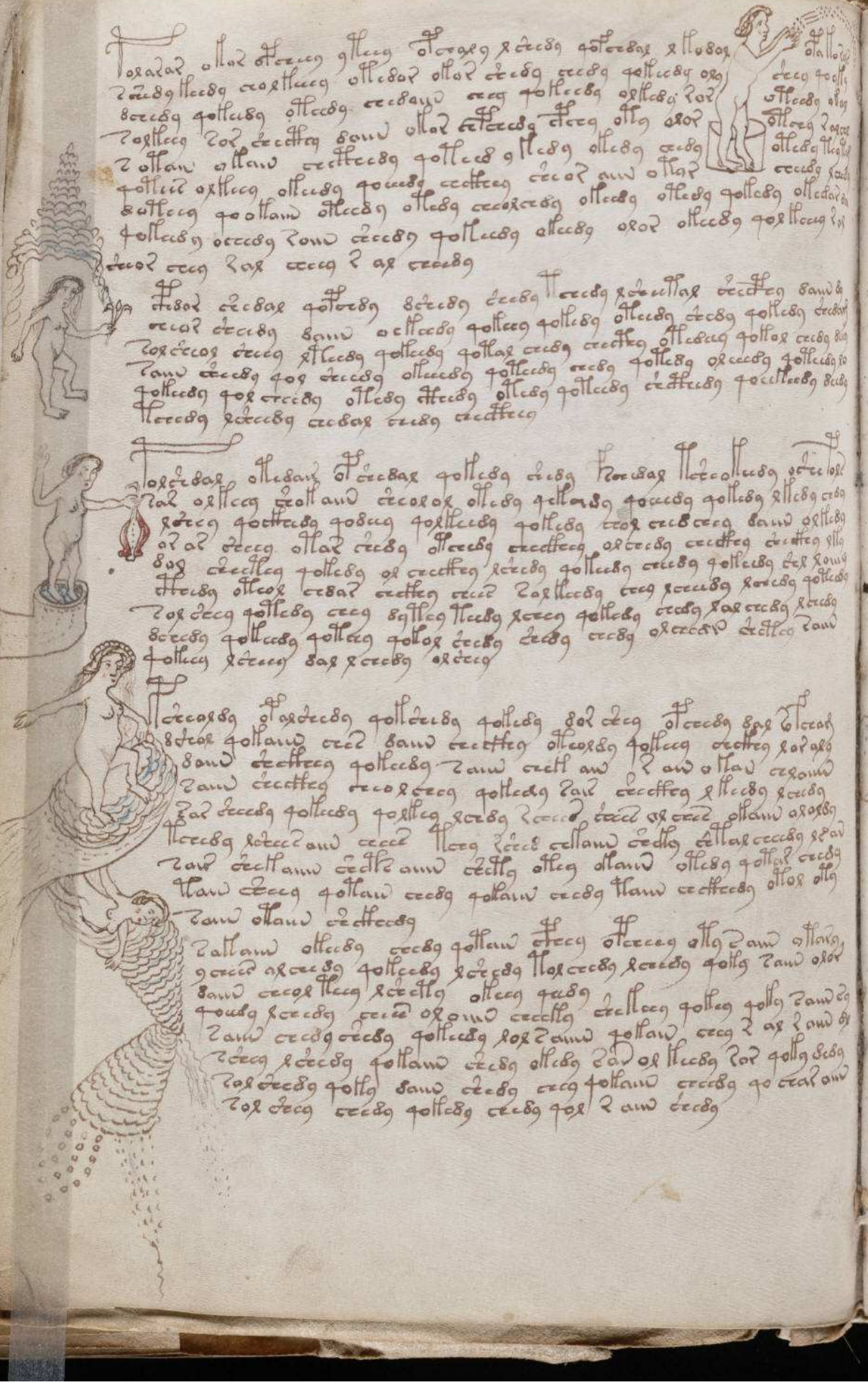


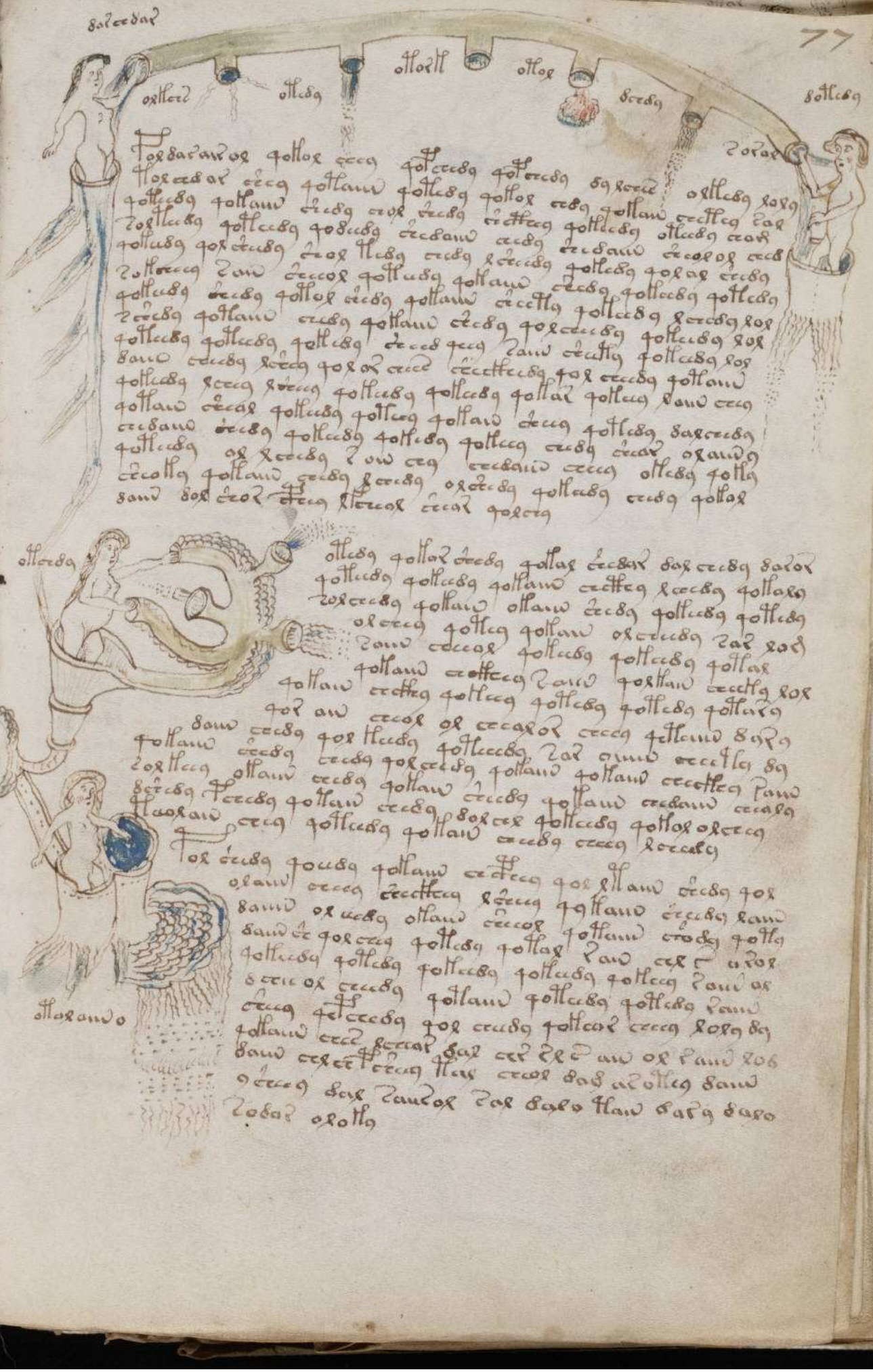
olleco land ectla gllarcecq

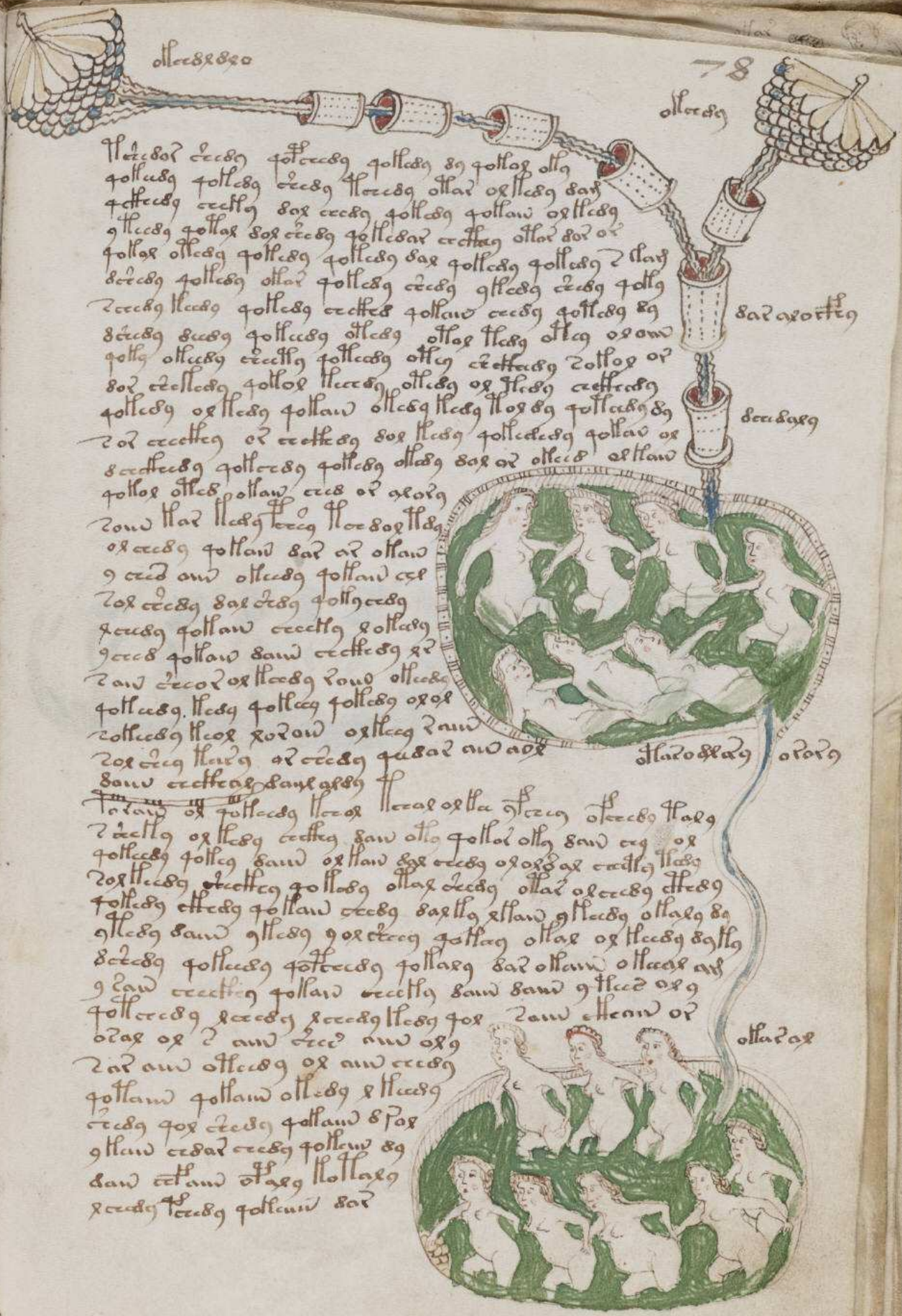








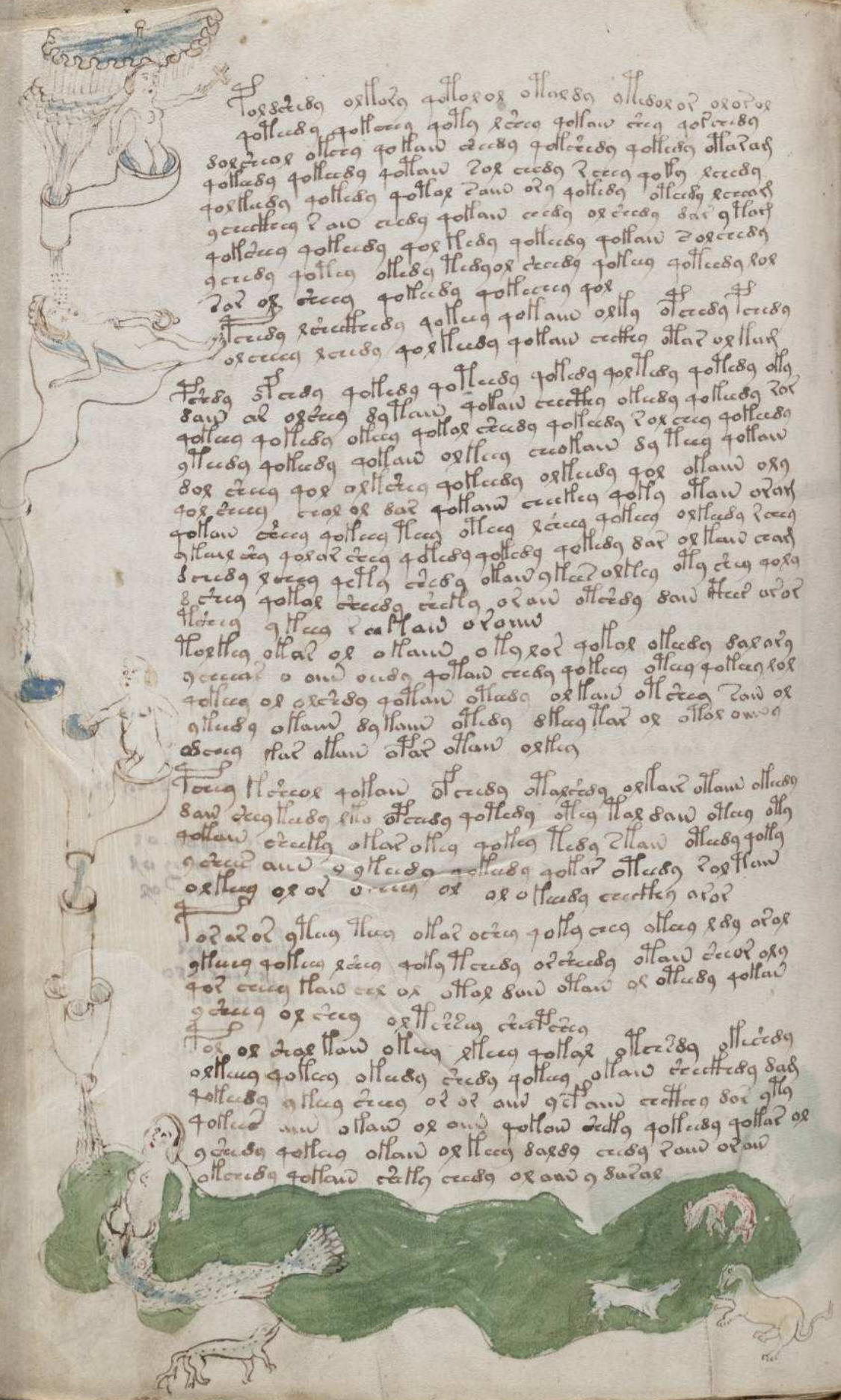

oxtlord
ottlcbq
ottlorll
ottlor
bcrcbq
bottlcbq
ottlcbq
ottlorando

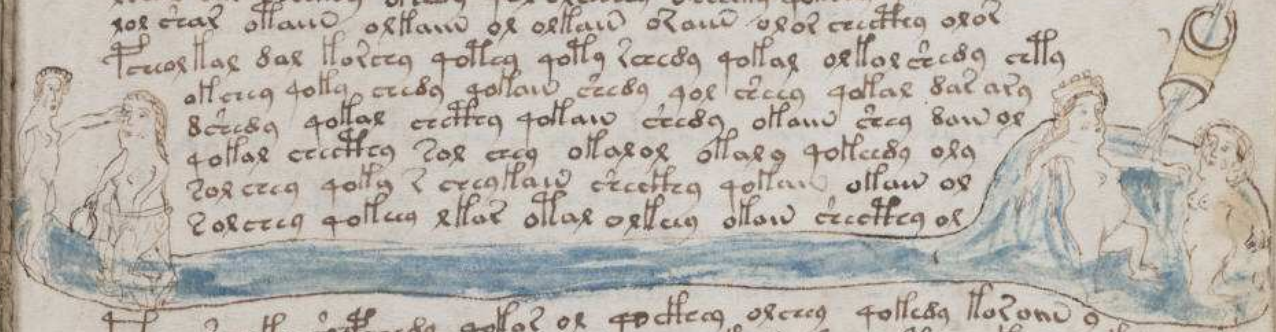

ollcedg
bar axortfg
bcudaxg
ollardax
ollaxdfag
oforg

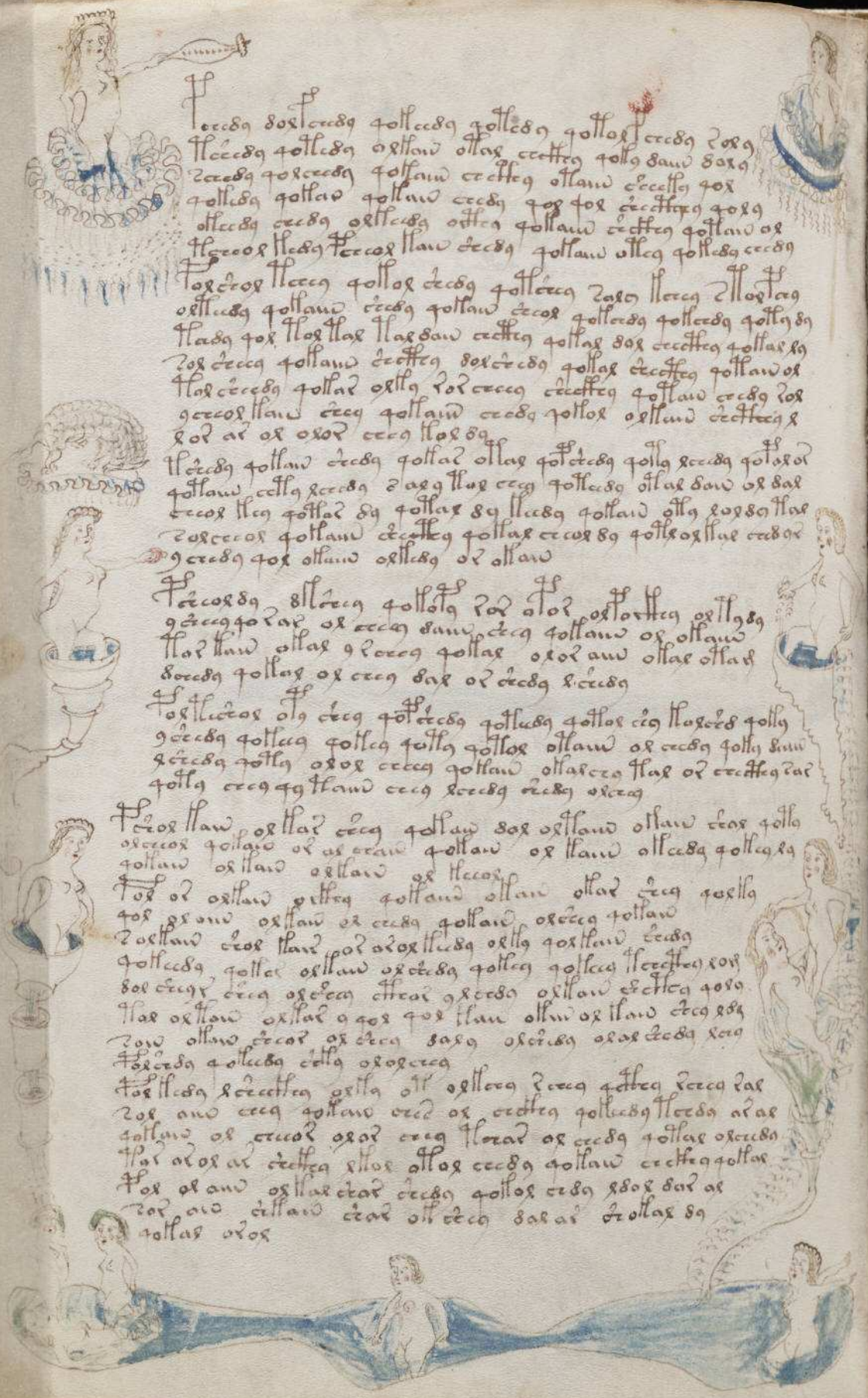
Illegible

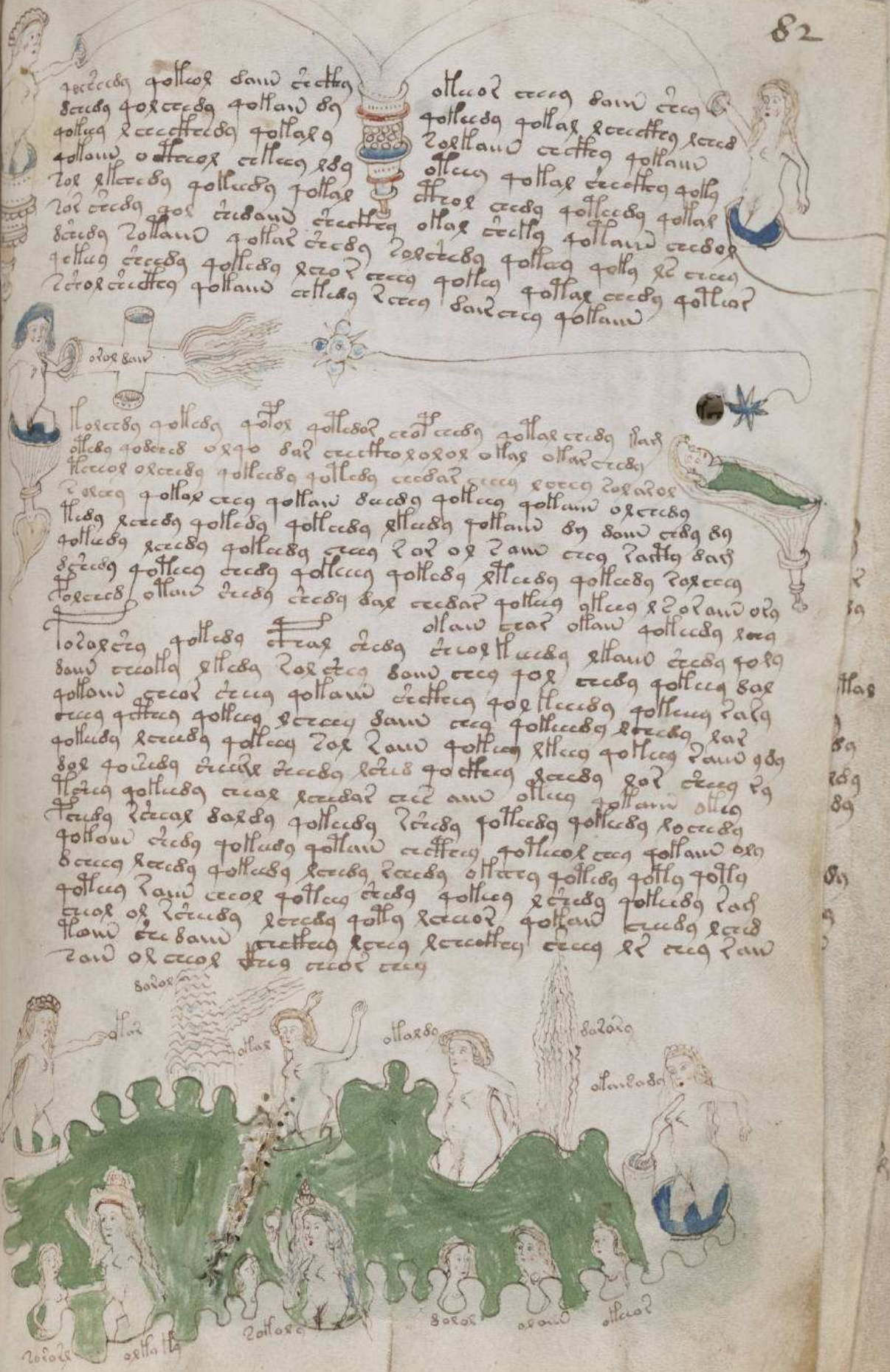
Illegible

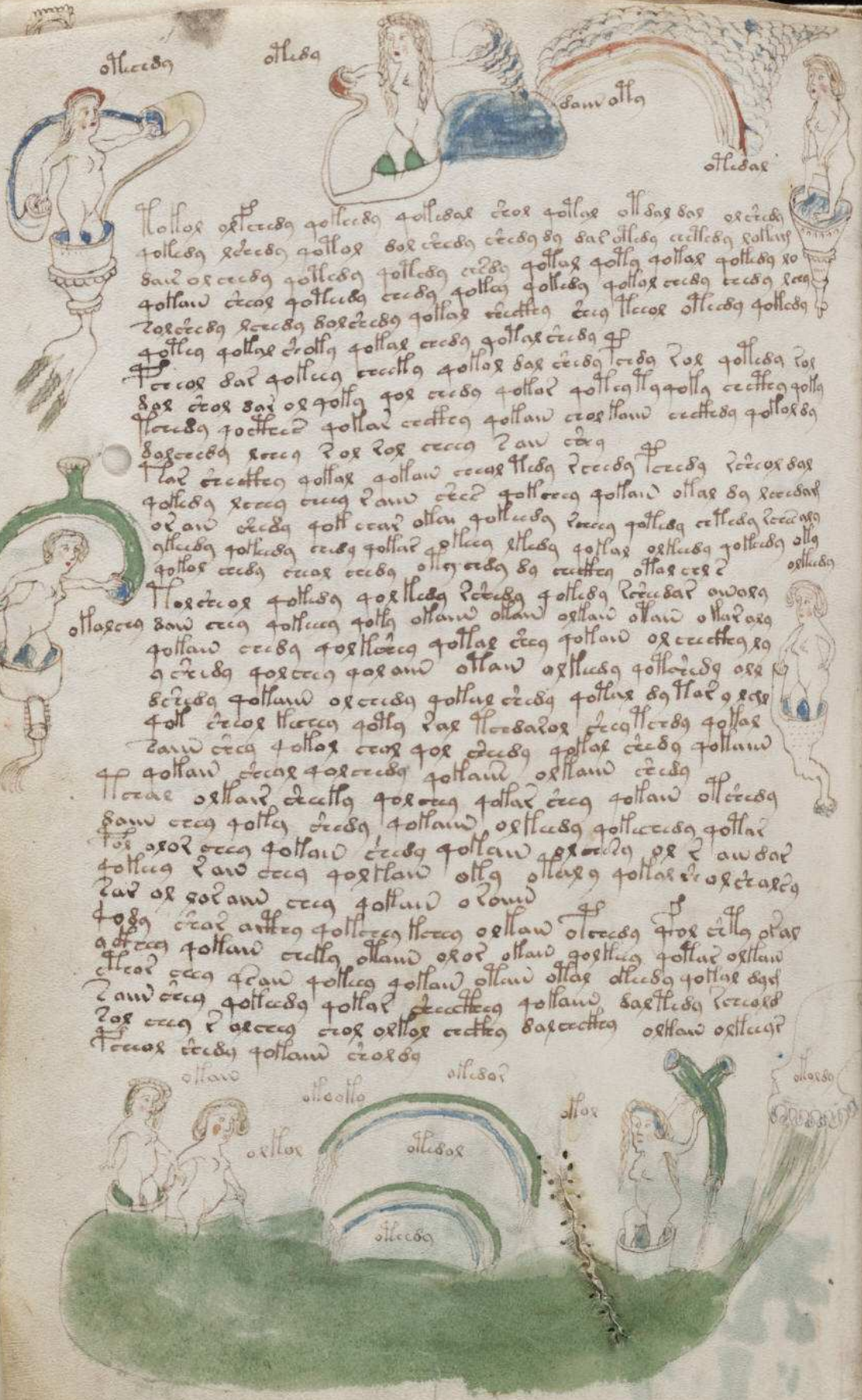
Illegible

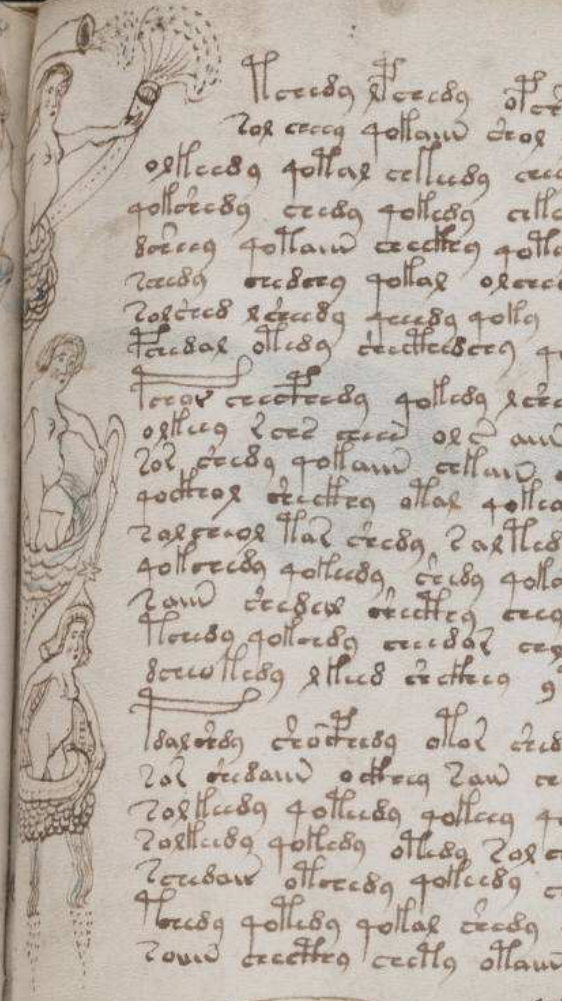


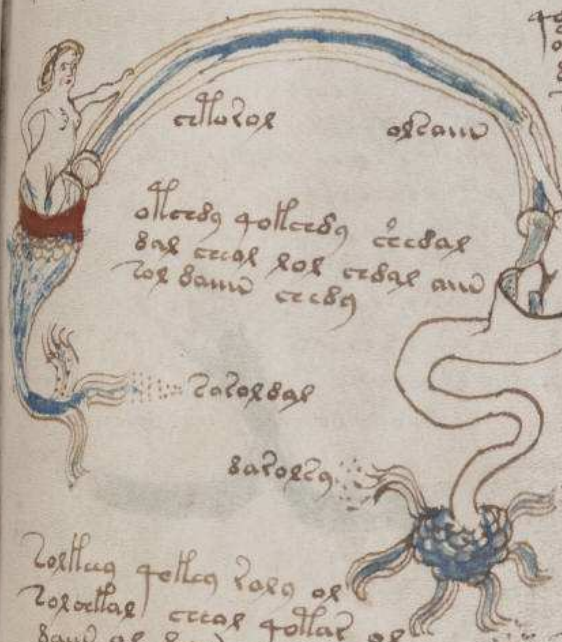


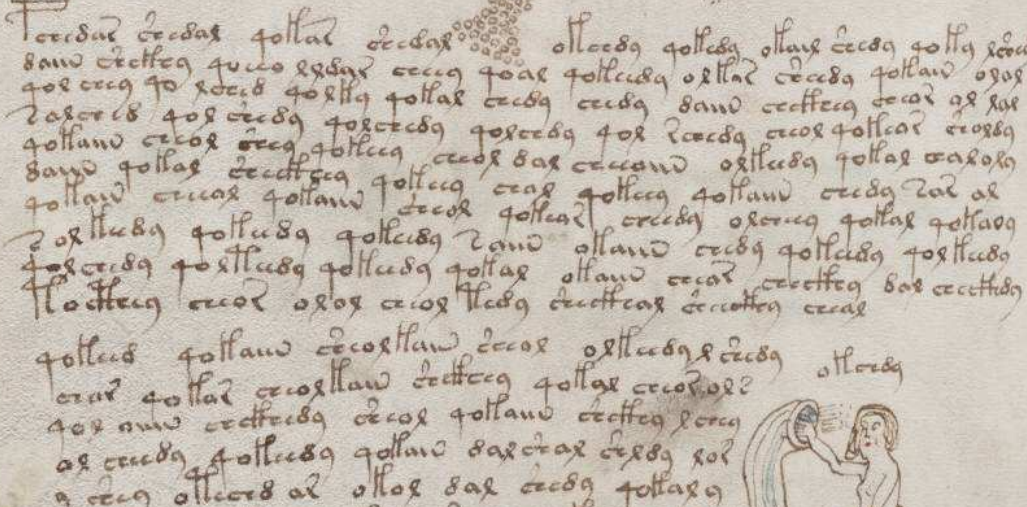


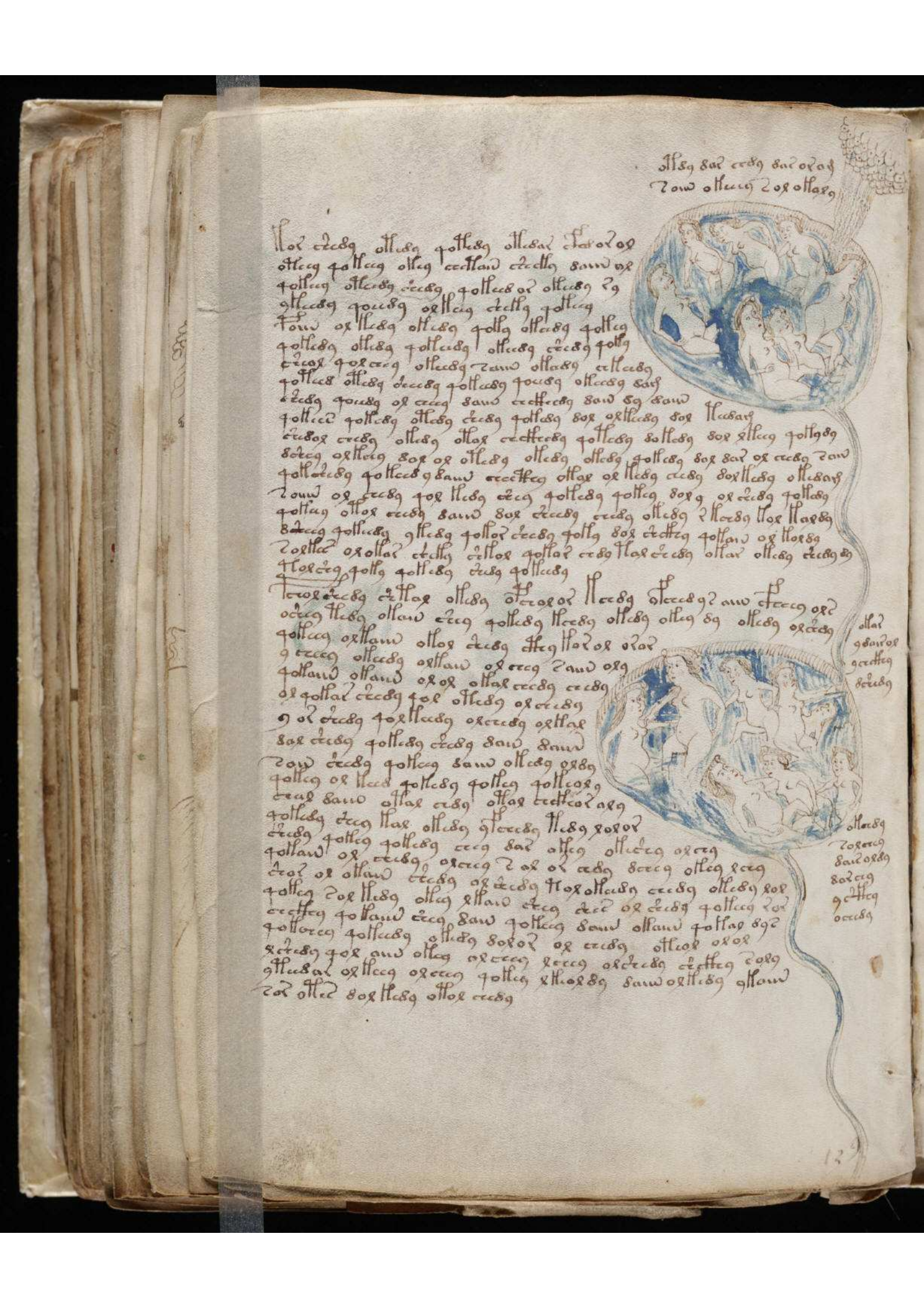



ottcedg
ottedg
dauw ottg
ottedar




ettlorl
oldanw
ollorbg gollorbg ecbal
bal ecal lol ebal anw
lol banw ecbg
lalolbal
balolcg

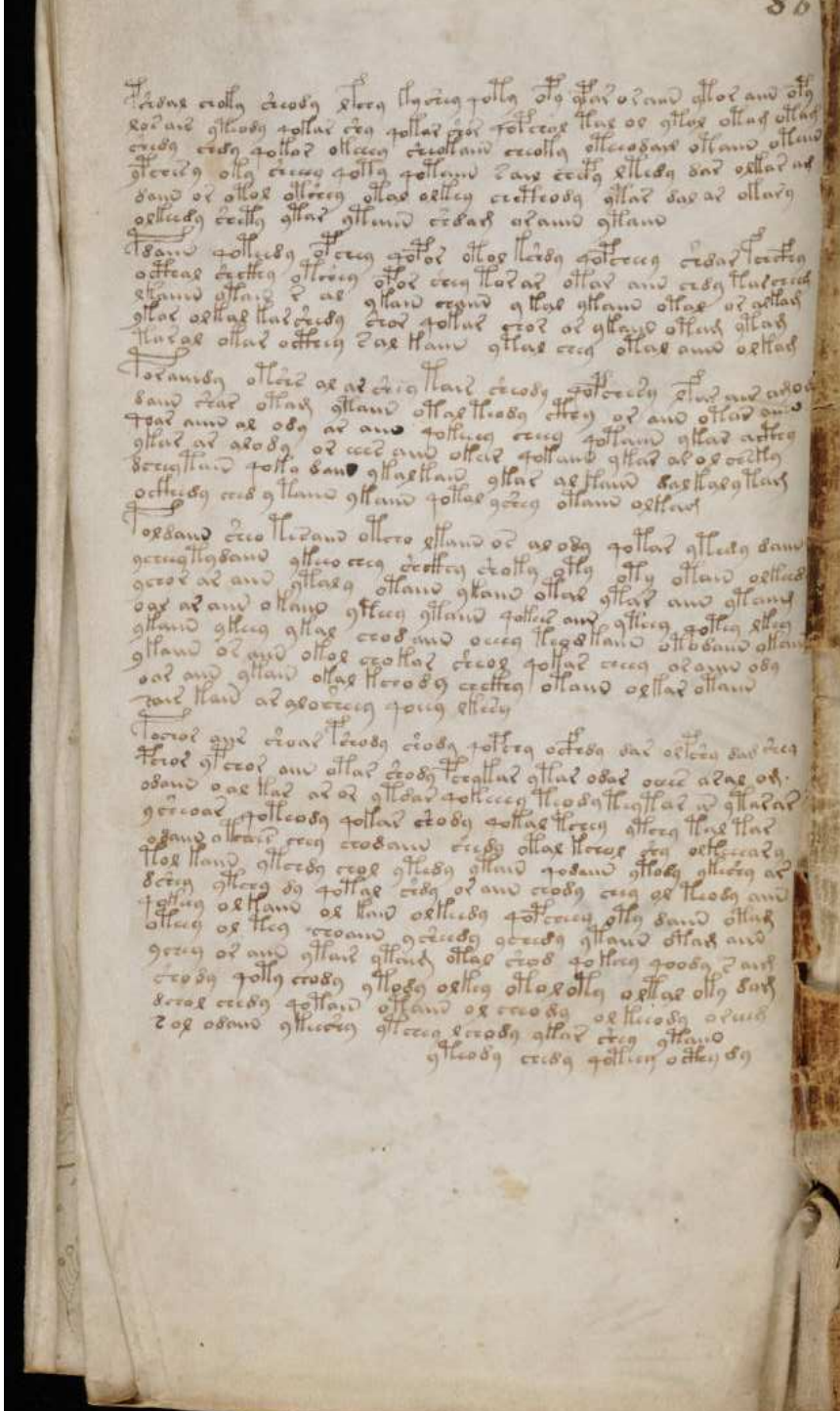


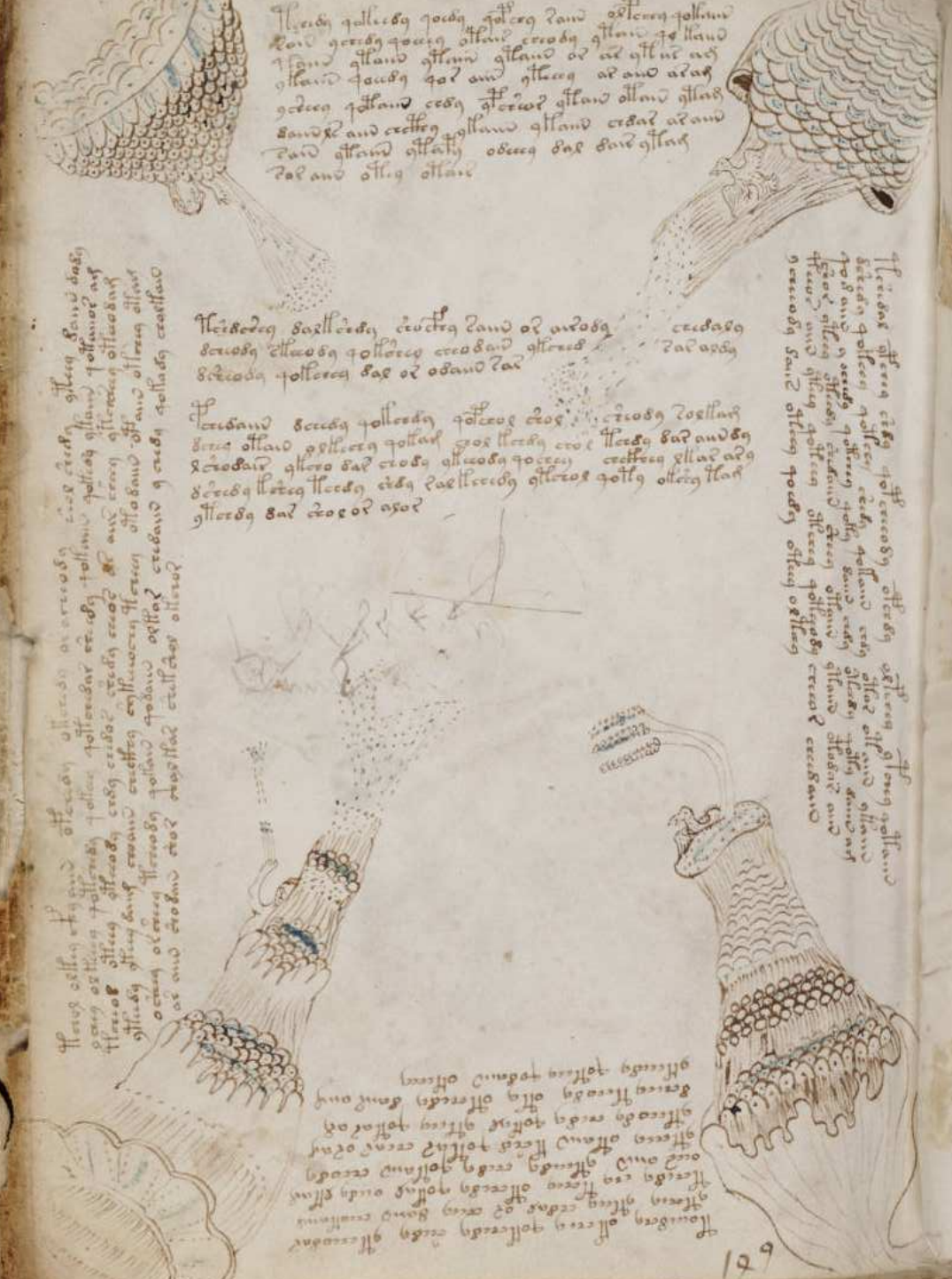


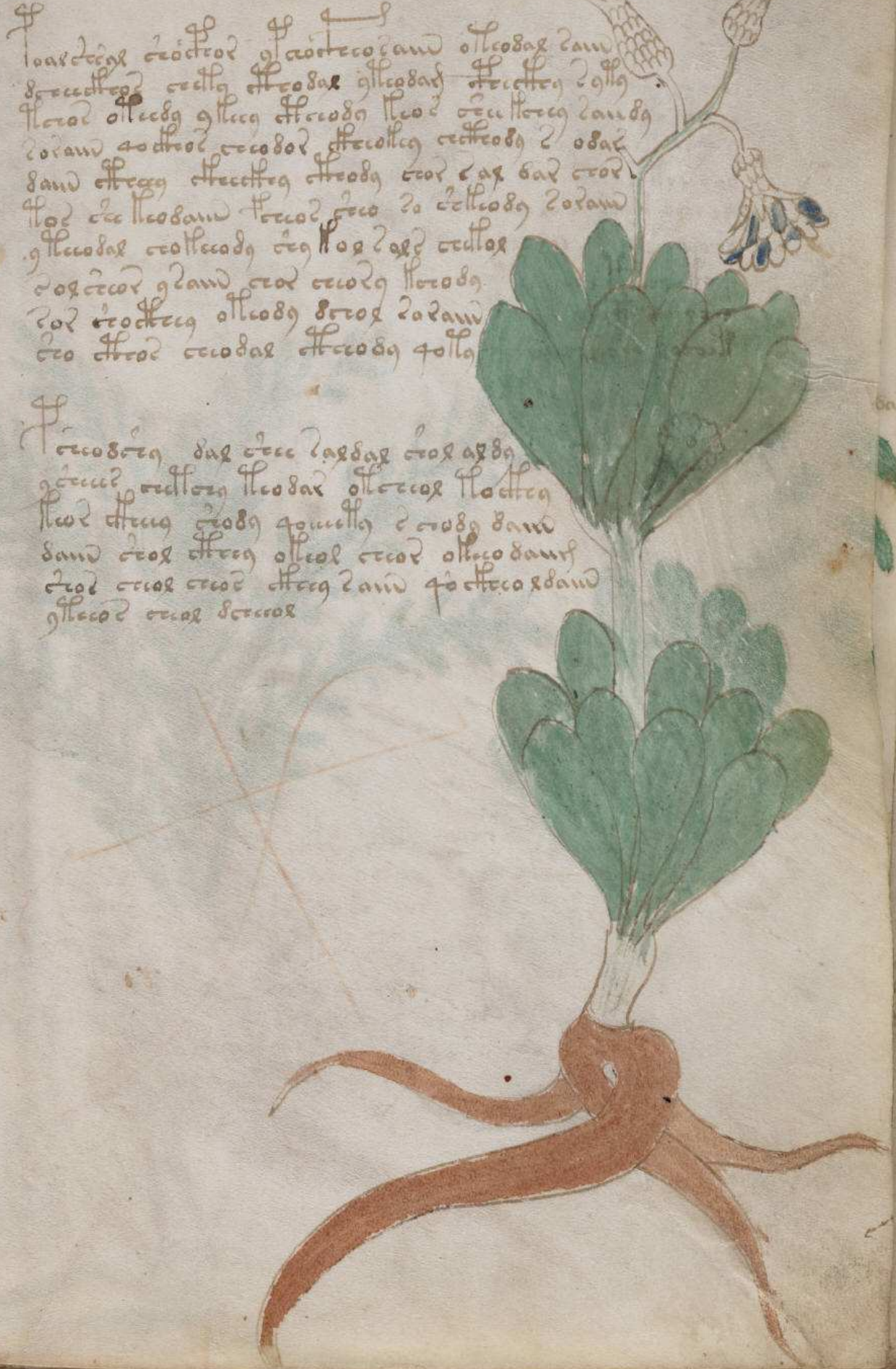
[illegible]

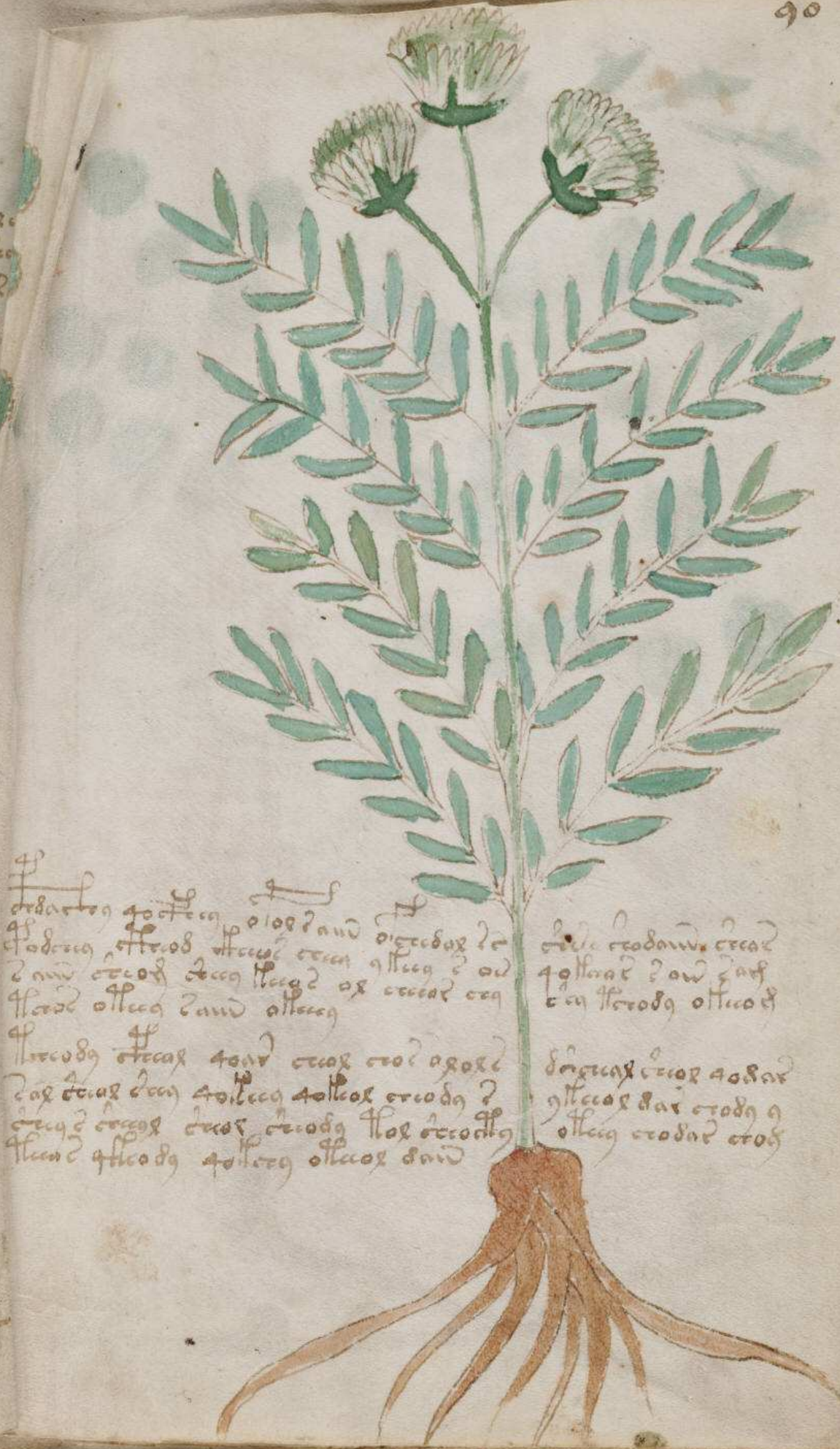
[illegible]

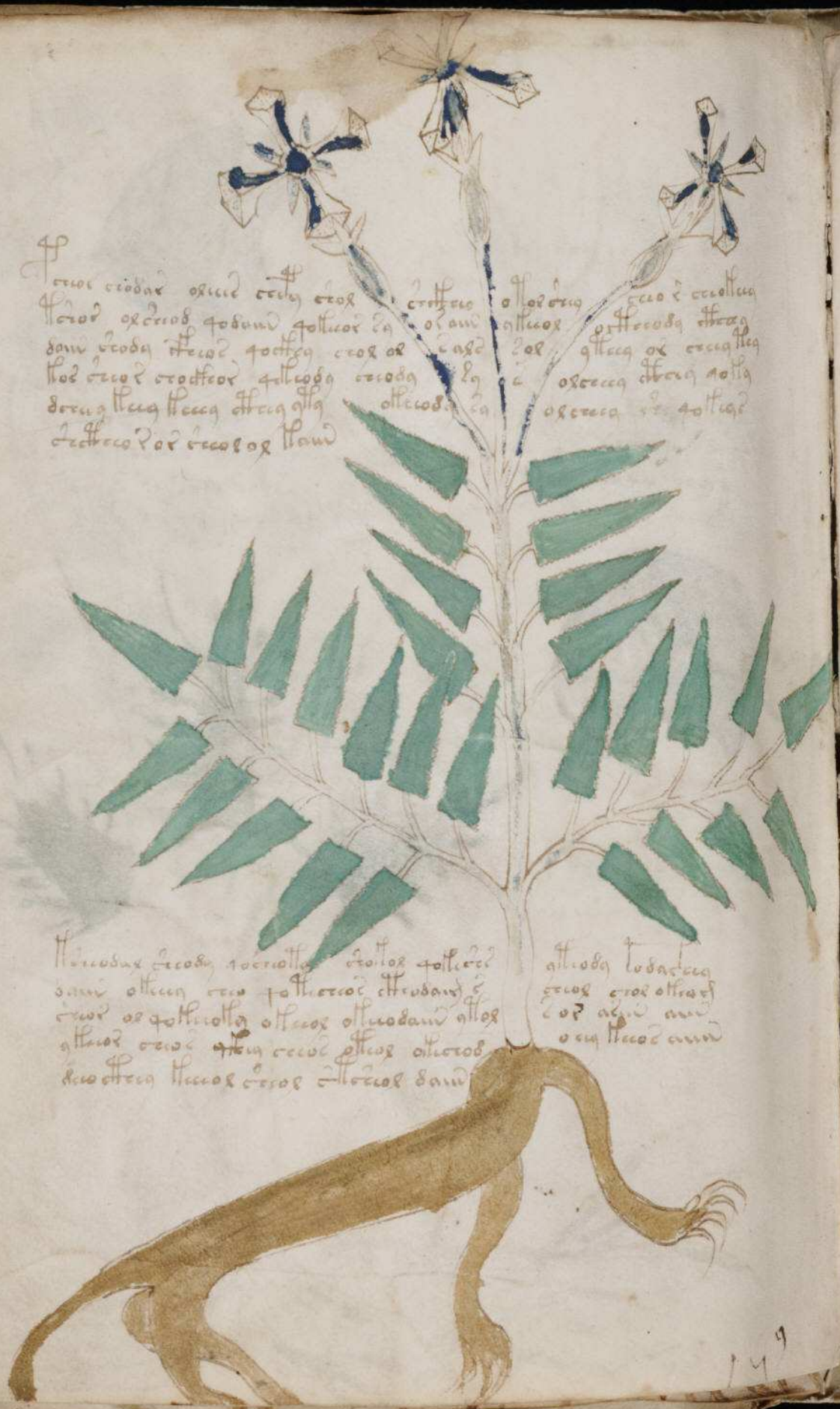
[illegible]

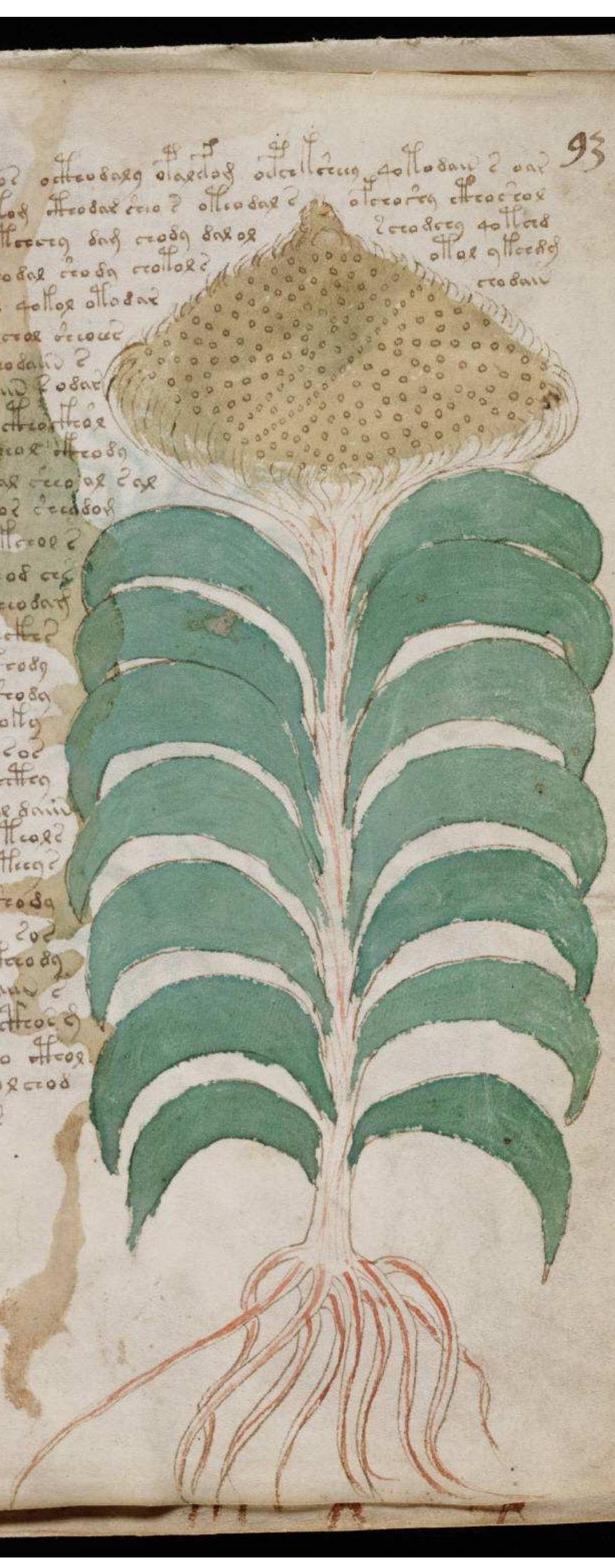


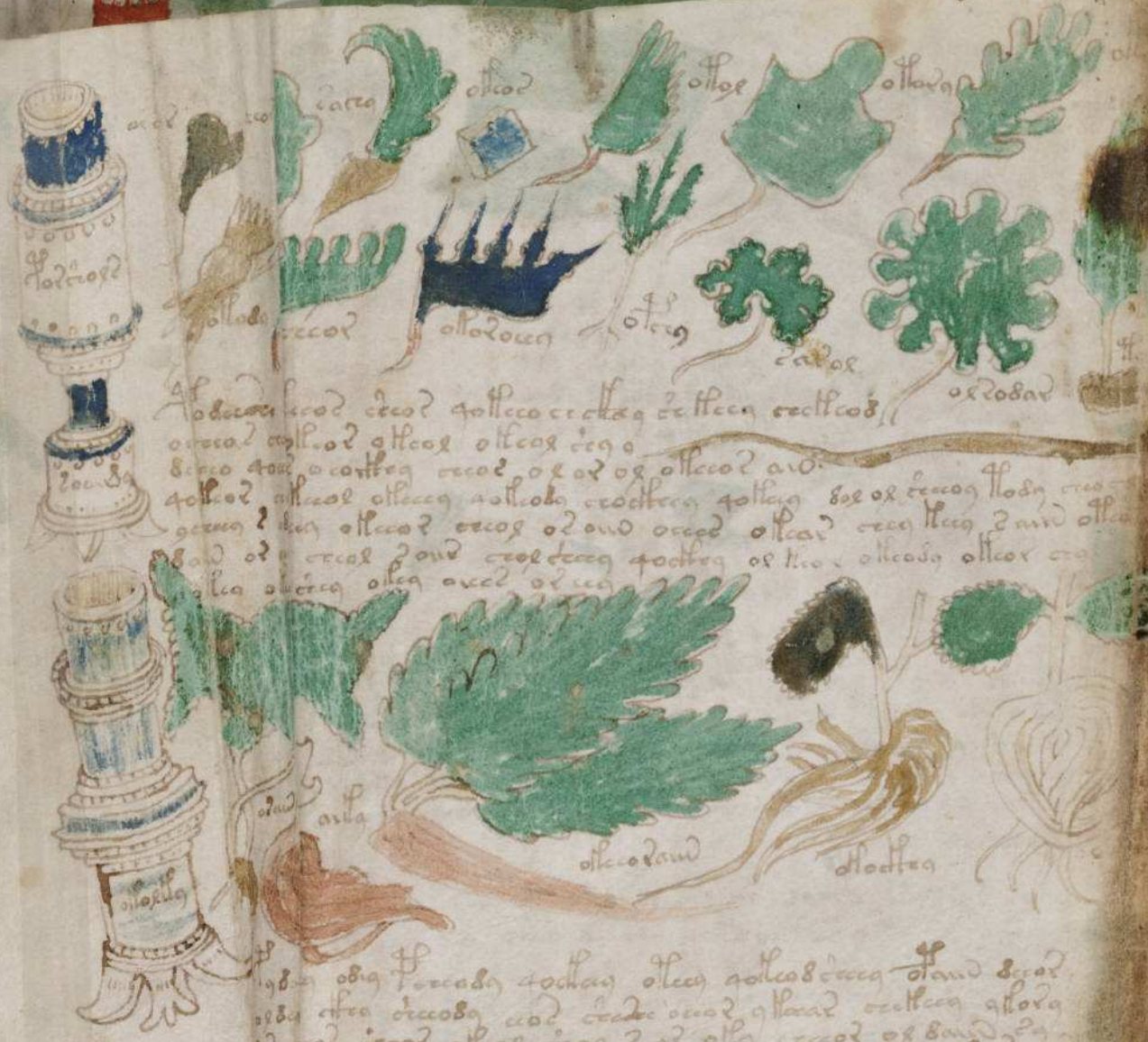


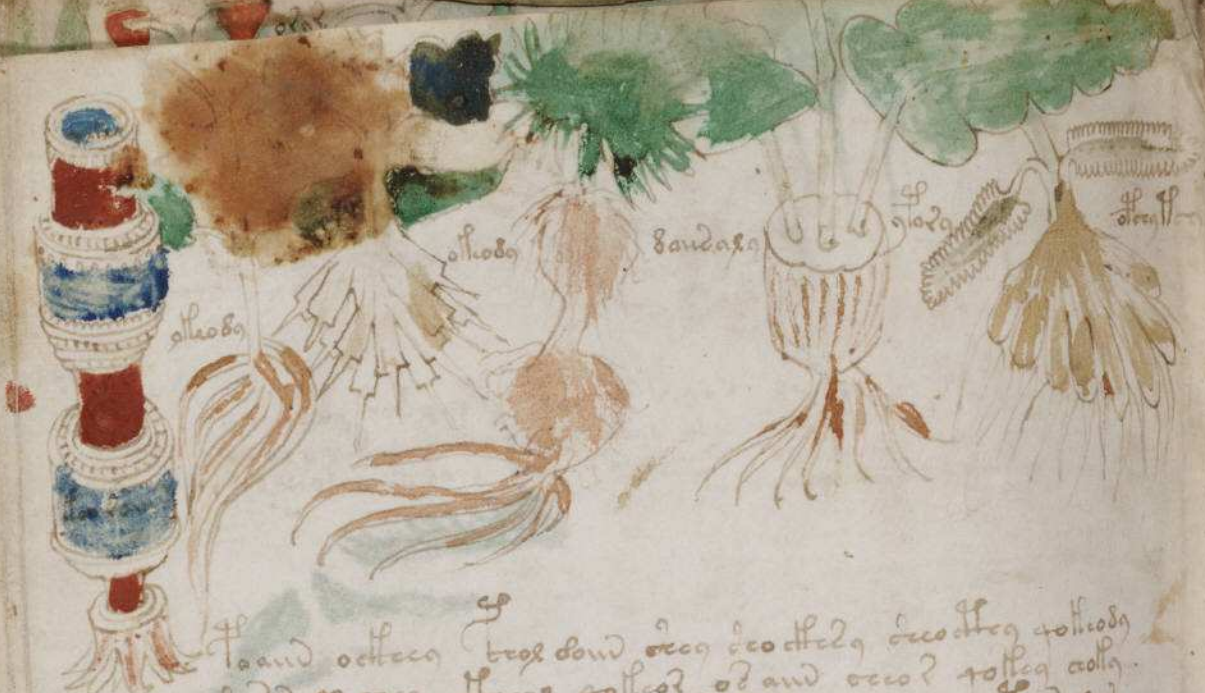


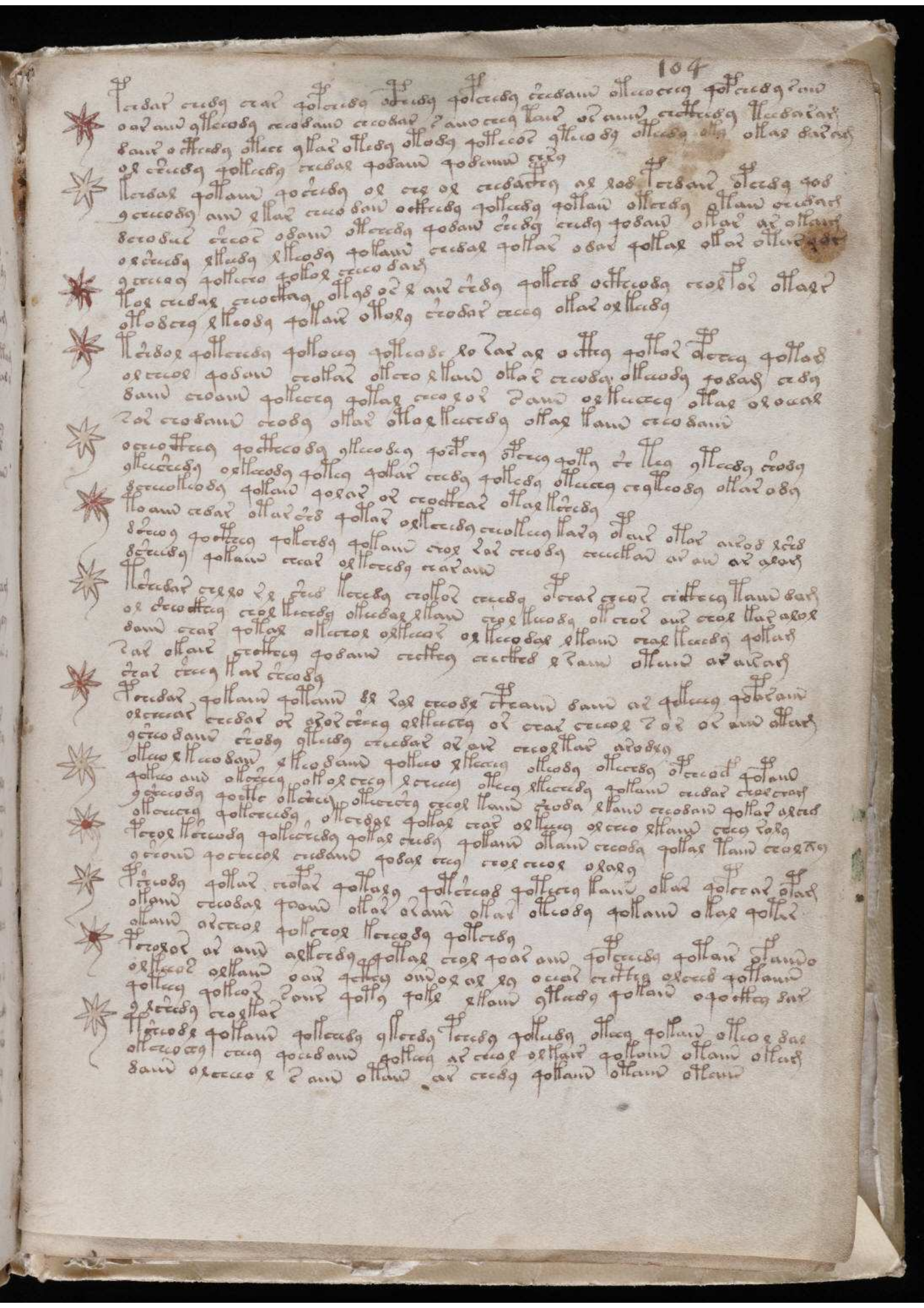


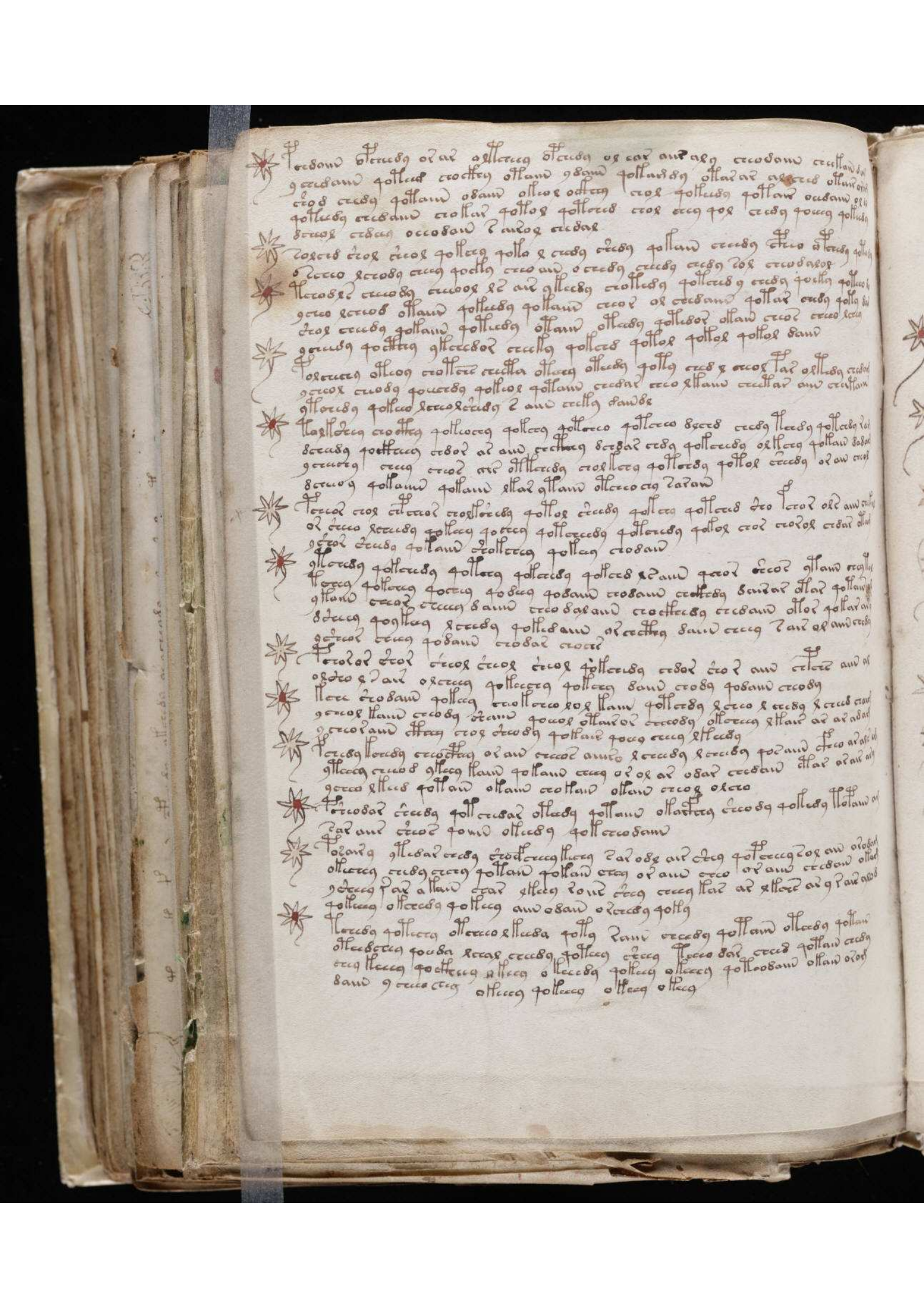










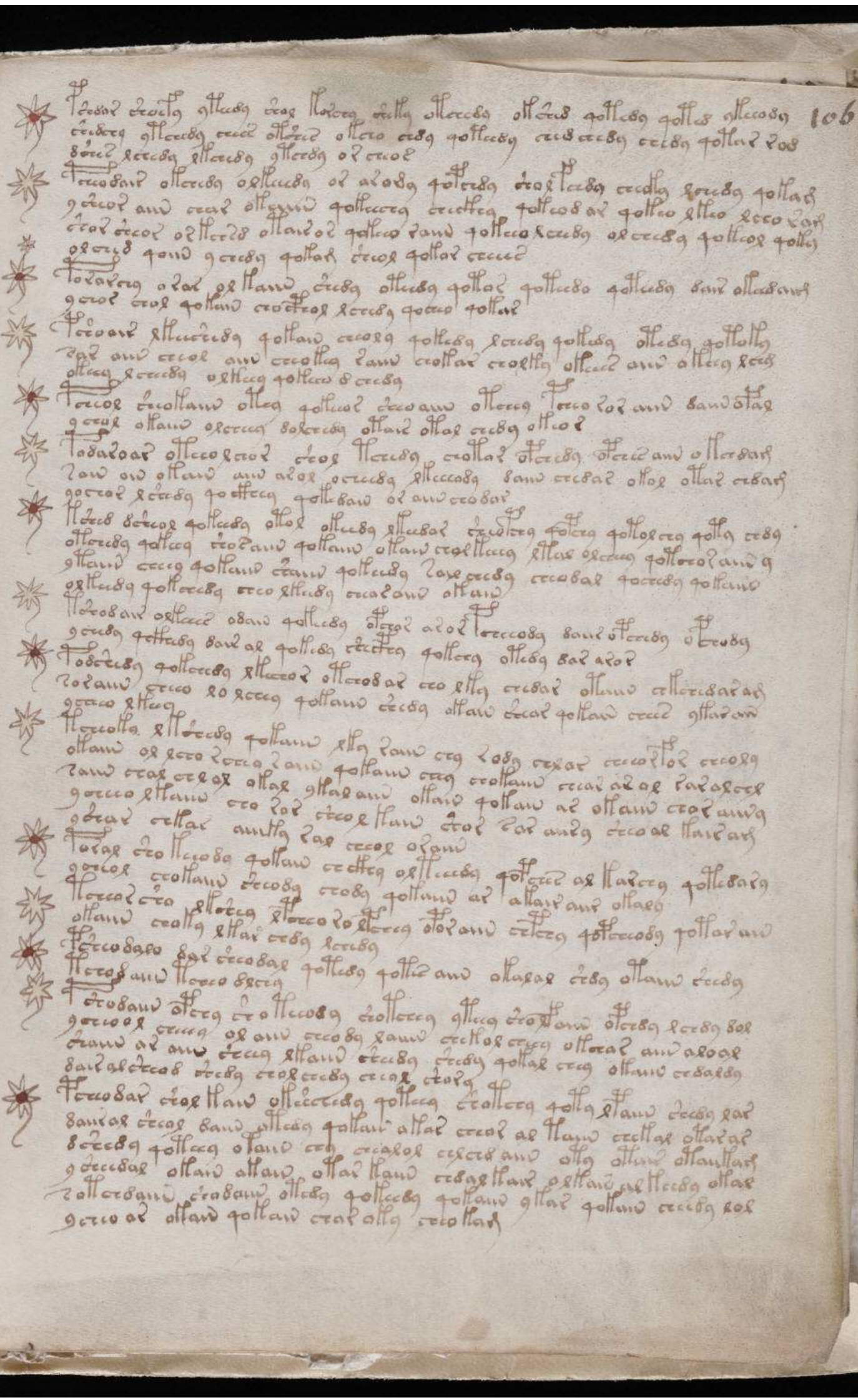


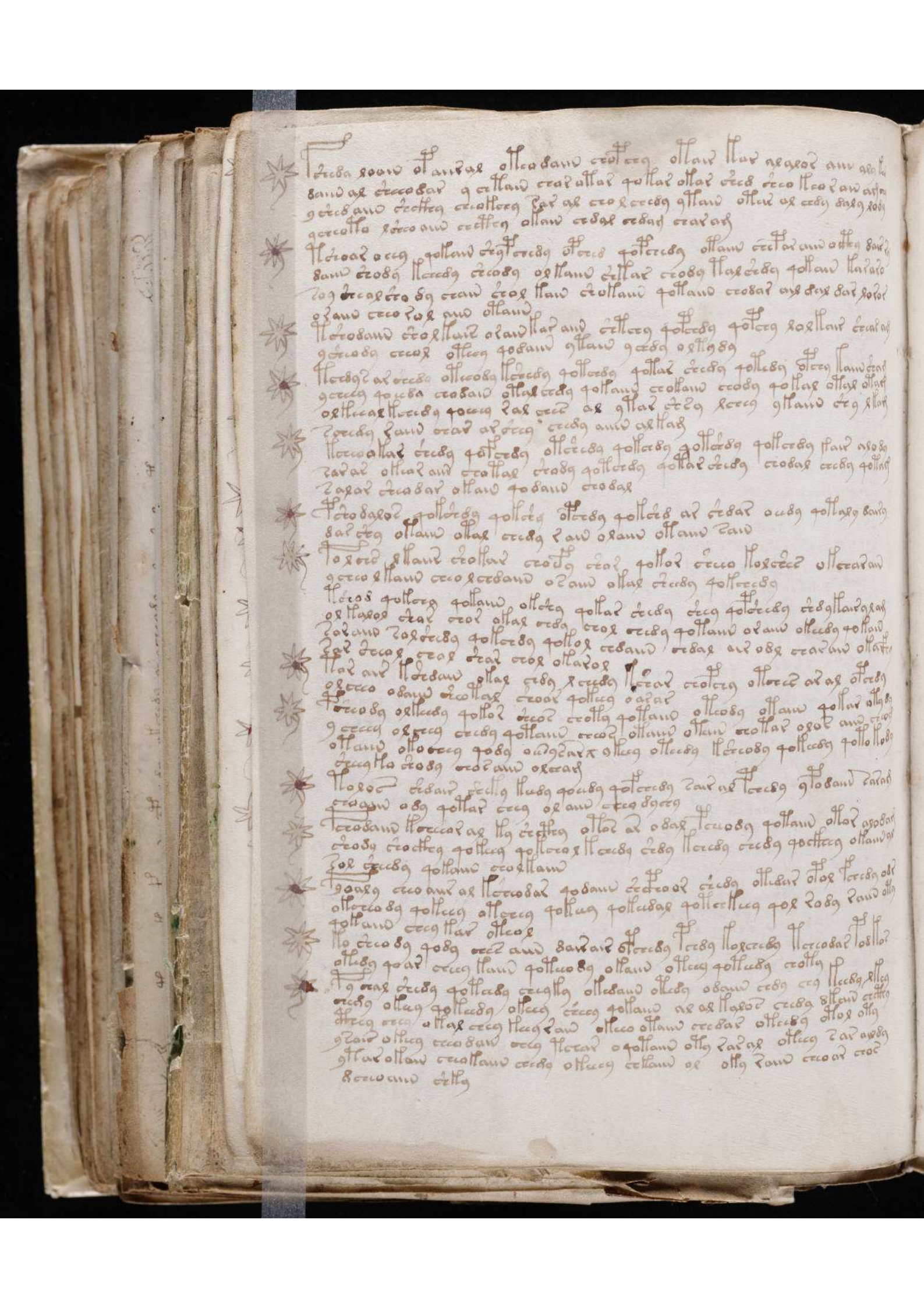
[illegible]

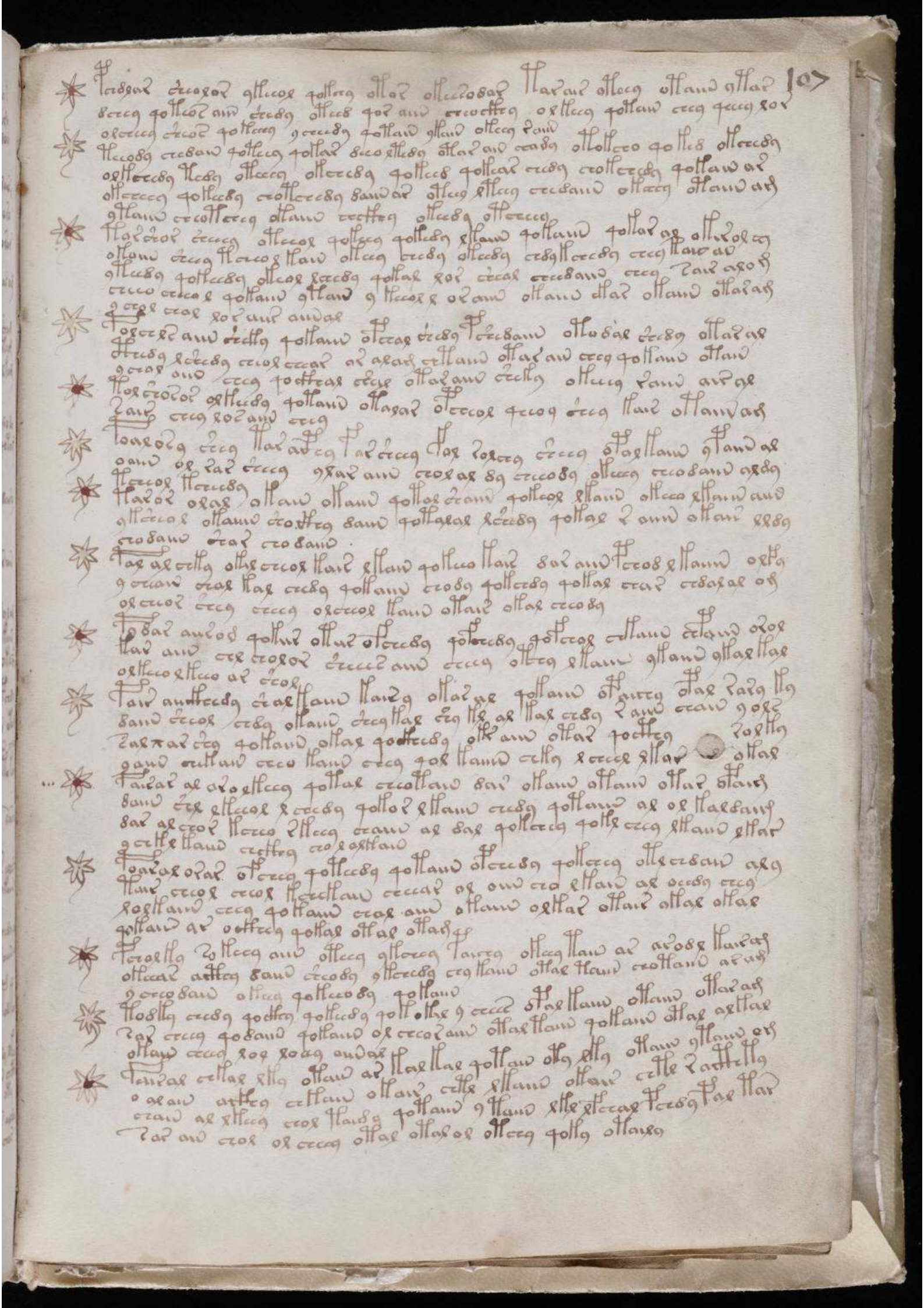
[illegible]

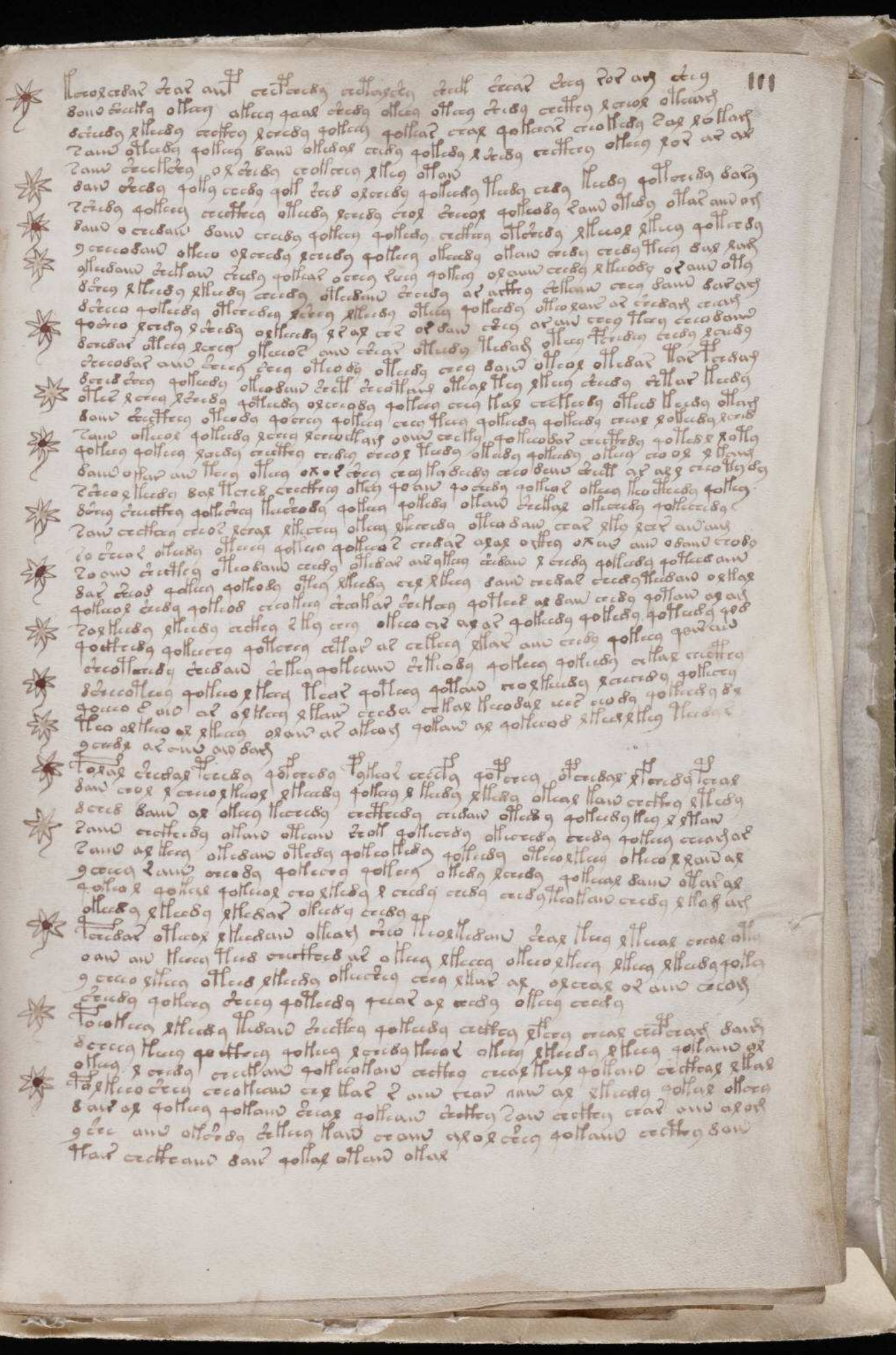
[illegible]

[illegible]









[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

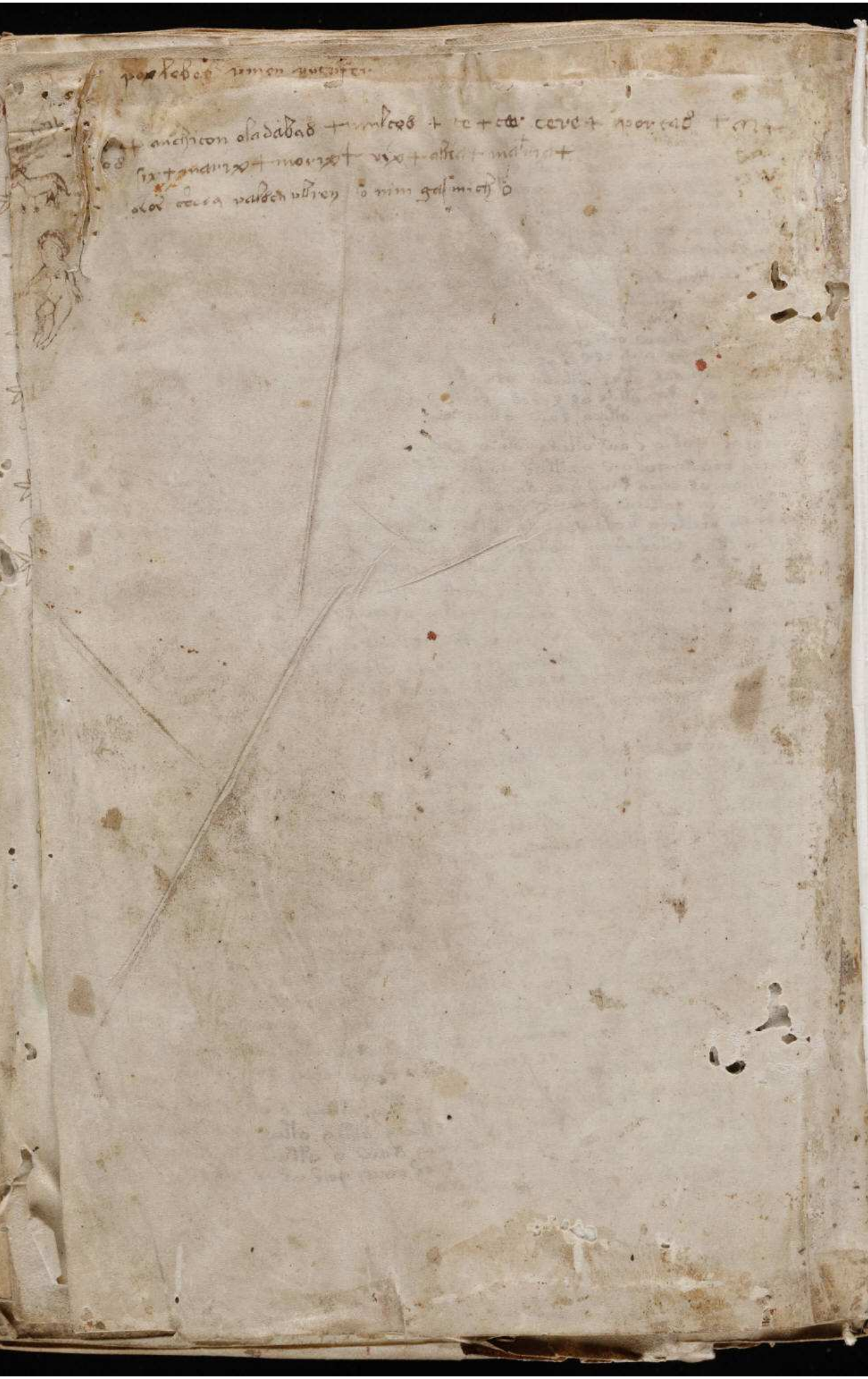
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



Some signatures at beginning and end resewn with linen thread

Vellum cover altered with leather thongs and vellum guards added at beginning and end. 10/2/1967.

HH

7484

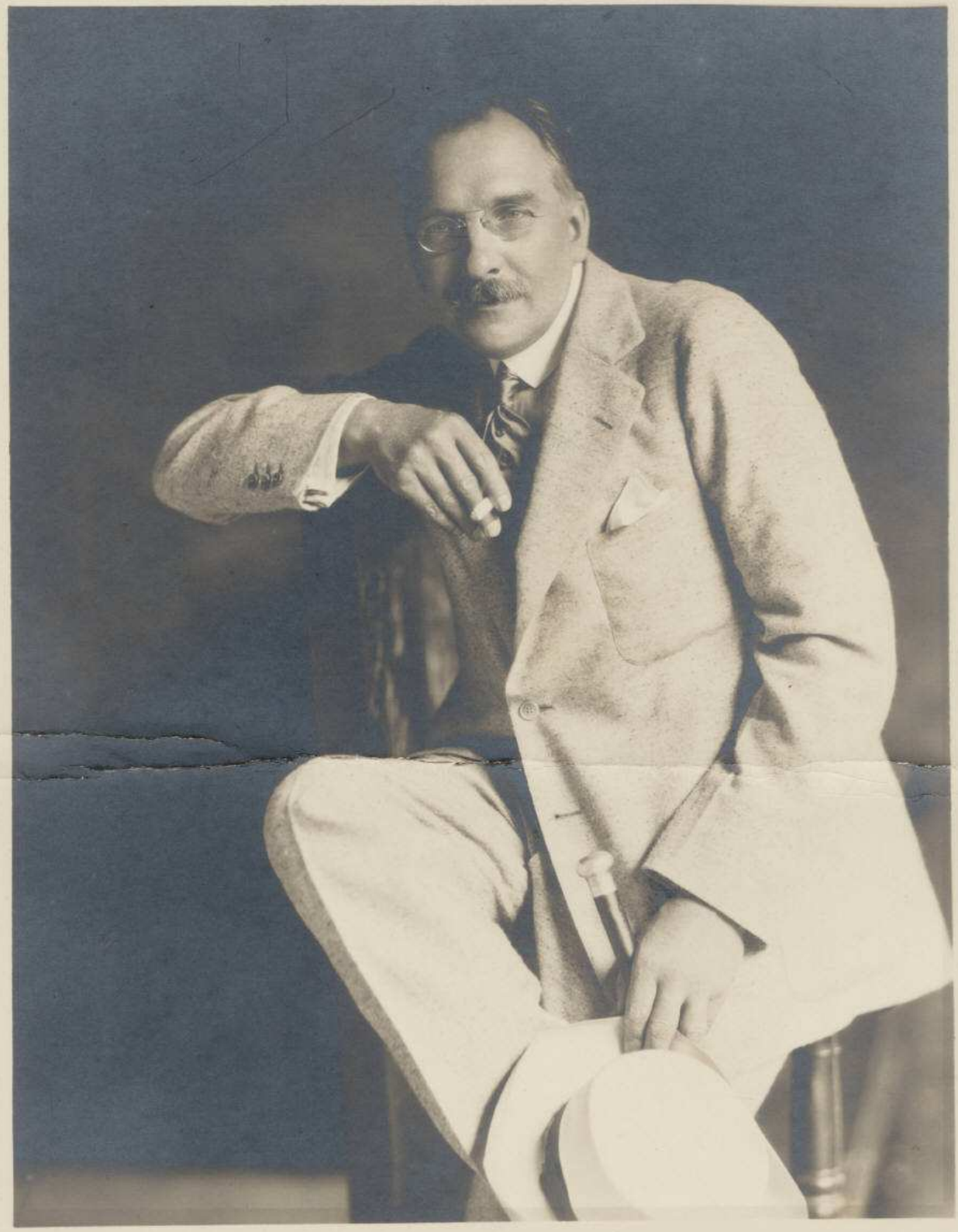
Giacomo Brogi

FIRENZE

Freder Hollyer
9. Pembroke Sqre
Kensington, W.

1286c

Frederick Hollyer
9. Pembroke Sqre
Kensington. W.



Moffett